

CR

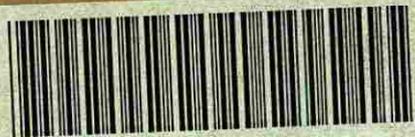
BELOT

LA BOCA  
DE LA  
SRA. X

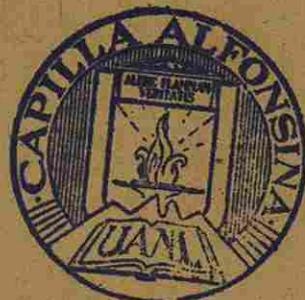
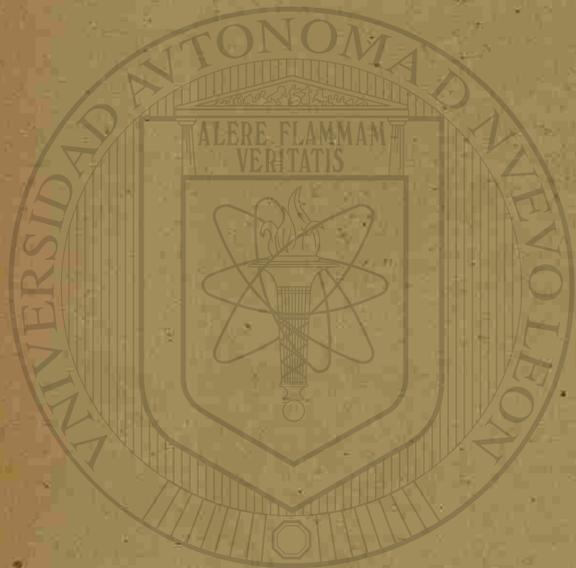
P02193

.B7

B682



1020026080



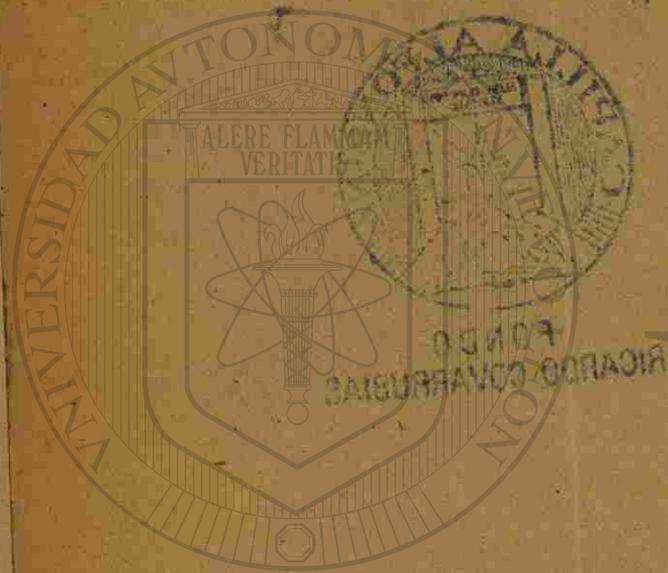
FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

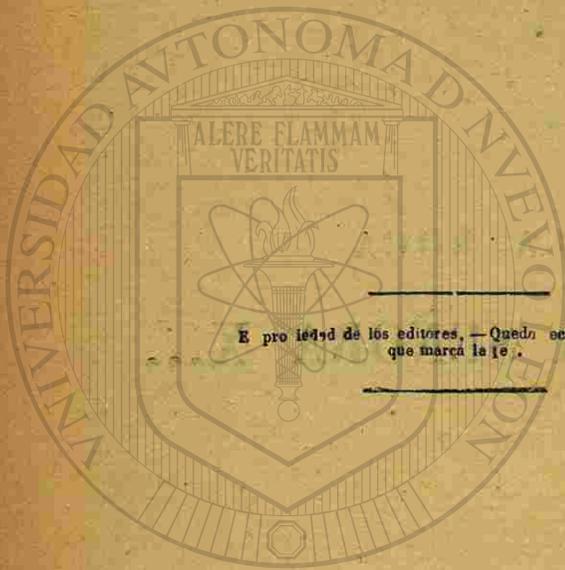




LA BOCA  
DE LA SEÑORA X...

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Núm. Clas. N  
Núm. Autor B4525 h  
Núm. Adg. 29769  
Procedencia -8-  
Precio \_\_\_\_\_  
Fecha \_\_\_\_\_  
Clasificó CG  
Catalogó \_\_\_\_\_



E pro 1899 de los editores. — Queda hecho el depósito que marca la ley.

ADOLFO BELOT

LA BOCA

DE LA

SEÑORA X...



VERSIÓN CASTELLANA

DE

ENRIQUE PASTOR Y BEDOYA



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIV. DE N. L.  
"ALFONSO REYES"  
Año 1825 MONTERREY, MEXICO

PARÍS  
CASA EDITORIAL GARNIER HERMANOS 098146  
6, RUE DES SAINTS PÈRES, 6

Paris. — Imprints PAUL DUPONT, calle Bac d'Asnières (Cl.). 1883.

29769

843  
B.

PQ 2193  
B7  
B682



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

## LA BOCA DE LA SEÑORA X...

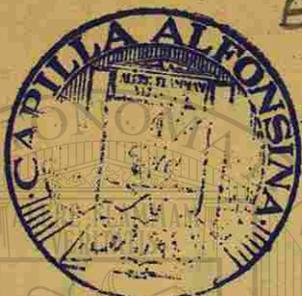
I

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
CARR. 1625 MONTERREY, MEXICO

X..., mi amigo más íntimo, ha nacido el mismo día y á la misma hora que yo, en el mismo punto, y hemos vivido siempre juntos. Casi se puede decir que no ha de sobrevivirme : confidente de todos mis pensamientos, depositario de todos mis secretos, mi compañero de glorias y fatigas, es el reflejo de mis cualidades y de mis vicios, en una palabra : es *otro yo*. En el mes de Setiembre último, se encontraba en Hungría. Había asistido á las fiestas con que los

843  
B.

PQ 2193  
B7  
B682



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

## LA BOCA DE LA SEÑORA X...

I

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
CARR. 1625 MONTERREY, MEXICO

X..., mi amigo más íntimo, ha nacido el mismo día y á la misma hora que yo, en el mismo punto, y hemos vivido siempre juntos. Casi se puede decir que no ha de sobrevivirme : confidente de todos mis pensamientos, depositario de todos mis secretos, mi compañero de glorias y fatigas, es el reflejo de mis cualidades y de mis vicios, en una palabra : es *otro yo*. En el mes de Setiembre último, se encontraba en Hungría. Había asistido á las fiestas con que los

vieneses habían obsequiado á los individuos del Congreso Internacional Literario, y antes de volverse á Francia, se le había ocurrido conocer á Buda-Pesth, esas dos renombradas ciudades, enemigas en tantas ocasiones, y que hoy son hermanas, como atestigua el guión que une su nombre y el magnífico puente que sobre el Danubio va de una á otra ciudad para que nunca vuelvan á separarse.

X... había visitado todas las curiosidades de Buda y de Pesth, sirviéndole de guía en sus excursiones á través de la doble ciudad, el gran novelista húngaro Tokai, el barón de Vaux, nuestro cónsul general, Pazmandy, diputado en su país y parisién hasta la médula; el Sr. Saissy, francés de nacimiento, que está establecido en aquel punto, haciéndonos apreciar á Urvay, Poulzki, de Szemere, Wahrmann, literatos políticos y todos de amable y distinguido trato.

Acababa de entrar en el hotel de Europa, situado en la plaza de Francisco José, un

poco cansado de resultas de sus largas excursiones, cuando el portero le entregó una carta concebida en los siguientes términos :

« ¡Cómo! ¡os encontráis en mi misma  
» casa, en mi país, en mi querida ciudad  
» de Pesth y no habéis venido á verme! Os  
» espero á comer para estrecharos la mano,  
» hablar de París y haceros conocer nues-  
» tros vinos húngaros y nuestros platos na-  
» cionales, el *paprikahuhm* y el *gulyás*.  
» No admito excusas.

» Vuesta amiga,

» PRINCESA W...

» (Gran Hotel Húngaro.) »

A pesar del cansancio que sentía X... aceptó la invitación sin vacilar, porque la consideraba como una suerte loca.

La princesa W..., persona muy conocida en París, es una de las reinas de la colonia extranjera. Hermosa, discreta y de maneras distinguidas, frisaba en esa edad en que las mujeres no confiesan tener más que treinta

años. Emparentada con las principales familias de su país y algo parienta del general Goergey, que se señaló bastante en la guerra de 1849, es húngara de nacimiento, parisién de corazón, y cosmopolita por sus gustos y costumbres.

Viuda pocos meses después de haberse casado, se propuso no tener residencia fija en ninguna parte, y hacer una existencia errante, pasando los inviernos en París, Viena y Florencia, y los veranos en Dieppe, en las estaciones balnearias de Austria, y en los bosques de Bohemia.

De carácter independiente, modales un tanto desenvueltos y gran instrucción, es un tipo sumamente original, casi excéntrico, que sabe oirlo todo, y que cuando se le apura un poco, después de una succulenta comida, ó una alegre cena, se atreve á decir: ¿Es irreprochable mi conducta? Instintivamente se duda que lo sea; pero sin basarse más que en probabilidades, puesto que no hay pruebas en qué apoyarse; y

sus caprichos, si es que se ha permitido tenerlos, están envueltos en el misterio, y los confidentes de aquéllos, son discretos, lo cual demuestra que la princesa sabe esconger.

X..., después de vestirse con cierto esmero, salió del hotel de Europa, torció á la izquierda, atravesó el muelle, y llegó al hotel Húngaro, y preguntó por la princesa W... Hiciéronle subir al piso principal y esperar en la sala donde muy poco después se presentó la autora de la carta.

Después de estrecharse ámbas manos, dirigiéndose amistosas frases, que podían muy bien ser inspiradas por dulces recuerdos, pasaron ámbos al comedor, donde reanudaron la conversación.

X..., rompió el fuego diciendo:

— Nunca hubiera imaginado que estáis aquí, princesa. Os dejé en Dieppe en el mes de Agosto último.

— ¡Y qué! En cuanto terminaron las carreras de caballos, dirigí mi vuelo hacia

París. Fui á Viena, pasando por Suiza, y me instalé en Hungría para asistir á nuestras grandes cacerías. Todo esto es sencillísimo ¿no sabéis la afición que tengo á viajar? Un poeta de mi país me comparó un día á una estrella; lo cual es pura adulación, porque yo no soy más que un cometa errante á través del espacio.

— Prefiero la estrella... errante.

— Sea estrella. ¿Y cómo es que os encontráis tan lejos de París?

— Eso es más raro todavía. He sabido vuestra llegada por el periódico la *Gazette d'Hongrie* y no quería dar crédito á mis ojos.

Y mientras decía esto, se servía un excelente pescado del Danubio, llamado *jogasch* y el *gulyás* (pedazo de carne estofada cargada de especias).

— X... refirió algunos detalles de su viaje, manifestando un gran placer al recordar las fiestas que le habían dado en Viena.

Después habló del cordial recibimiento que el día anterior en Pesth le había he-

cho la Asociación de Escritores y Artistas.

Ayudado por sus recuerdos, todavía frescos, y aguijoneado por el Ruster, excelente vino blanco de gran fuerza, contó tanto y tanto, que la princesa W... se vió obligada á interrumpirle :

— Dejemos vuestras fiestas, dijo sonriéndose, y hablemos un poco de Pesth.

— ¿Qué os parece? ¿Vale la pena de hacer el viaje?

— Sí; pero únicamente en el caso de estar en Viena, cuando ya no se está separado de vuestra querida ciudad, como la llamáis en vuestra carta, más que cinco horas de ferrocarril ó doce de navegación.

— Es decir : que nos concedéis algún mérito, carácter especial, algo de originalidad.

— Sí, la vista al llegar por la parte del río es magnífica; los muelles no dejan de ser suntuosos; pero la mayor parte de vuestras calles se asemejan mucho á algunos barrios de Viena.

— Si Pesth os entusiasma tan poco, casi nada debe interesaros Buda.

— Iba á hablaros de eso. Si no fuera por el amarillento color con que embadurnáis vuestras antiguas murallas, encontraría á Buda muy pintoresca con su fortaleza, su castillo real, sus azoteas que dominan el río y sus iglesias, que recuerdan á las mezquitas por su forma. Se conoce que aquí concluye la Alemania y empieza el Oriente. Si en alas de la imaginación se baja el Danubio en uno de vuestros grandes paquebots, se llega hasta las Portes de Fer y después al mar Negro, encontrándose uno enseguida en Persa ó en Constantinopla.

— No está mal ideado el viaje. Ya os veo casi en camino. Sois un viajero intrépido. Pero por ahora tened la bondad de quedaros en este país, y decidme :

— ¿Habéis visto la galería Esterhazy?

— Sí señora, y he encontrado en ella maravillas de arte de todas las escuelas : Van-Dick, Jourdaens, Ruysdaëls, Rem-

brandt, Teniers, Velazquez, Ticianos y Pablos Veronese de incomparable belleza.

Os doy gracias en nombre de mis paisanos por ese entusiasmo.

Pero, ¿qué me decís de la isla Santa Margarita?

— Que es un parque muy bonito rodeado por un gran río; pero nada más.

— ¿Habéis visitado nuestros baños?

— ¡Ya lo creo! Esta es una de vuestras curiosidades y de las que más agradables son á los viajeros. ¡Pobres gentes!

— ¿No habéis quedado contento?

— ¿En qué sentido me lo preguntáis?

— En todos, contestó su amiga la princesa W..., sin bajar la vista.

— Entonces debo deciros que el baño general lo encuentro sucio, y el baño especial, sin gabinete particular, feo.

— ¡Así como suena! ¿Será sin duda porque no os gusta el tipo húngaro?

— ¡Ah, Princesa! ¿Cómo podéis hacerme semejante pregunta?

— De sobra sabéis que...

— ¡Oh! He sabido. Los gustos cambian: hablemos únicamente de mis compatriotas; es decir, que las que habéis conocido...

— Las de Kaiserbad dejan mucho que desear, porque tienen más de Alemanas que de Húngaras. En cambio he visto en los paseos, en las calles y en las tiendas algunas caras muy hermosas, de grandes y rasgados ojos negros, y sobre todo, una boca de labios rojos, gruesos, pronunciados y algo remangados.

— Es decir, ¿qué os gustan esa clase de bocas?

— También me gustan de otra clase, Princesa.

— Pero éstas son las que preferís. Sois el segundo de mis amigos que me habla de esa manera. Uno de vuestros compatriotas pregona su admiración con vuestras mismas palabras.

— ¿Quién?

— El conde D...

— ¡De veras! ¿El conde D...?

— ¿Le conocéis?

— ¿Quién no conoce en París ese parisién de pura sangre, que asiste á todos los estrenos, alterna en todas las fiestas y es un gran vividor?

— ¿Sabéis dónde está ahora?

— Estamos á fin de Setiembre; en Biarritz ó de caza.

— No lo creo; debe vivir retirado en algún asilo misterioso.

— ¿Y para qué?

— Para saborear mejor sus amores.

— ¡D... enamorado! ¿qué me decís?

— Lo que él me ha dicho, ó más bien lo que me ha escrito. En estos últimos días he recibido la relación detallada de su última aventura, que es en verdad una pequeña novela bastante original.

— ¿Se ha dedicado ahora á la novela?

— Tan sólo por encargo, cuando le pide este favor alguna antigua amiga como yo. El no verle en ninguna parte, hacia ya bas-

tante tiempo me tenía inquieta; así es que le he escrito diciéndole:

« Si estáis todavía en este mundo, decidme lo que hacéis. » Y á vuelta de correo me ha contestado: « Ved lo que he hecho; ved lo que hago; adivinad lo que haré. » En esta lacónica carta venía adjunta la novela de que os hablaba.

— ¿Y de qué género es la novela?

— Género de estudio.

— ¿Estudio del corazón?

— No, de los sentidos.

— Es un poco arriesgado.

— Es audaz.

— Y vos, Princesa, ¿la habéis leído?

— Con verdadero recogimiento. Estaba escrita para satisfacer mi deseo por un amigo á quien veía retratado allí de piés á cabeza, con sus cualidades y sus vicios, y que además es uno de los amigos que me son más simpáticos.

— ¿Por sus vicios?

— Nó por la mezcla que hay en él. Y

me atrevo á añadir que su novela está escrita de una manera muy discreta, á pesar de ciertos pasajes escabrosos.

— ¿Y hay en ella muchos pasajes escabrosos?

— Nó, á D... no le gustan, y por el contrario, los mira con desdén. Es muy fácil decir al lector: « Me paro aquí. No sé cómo explicaros esto; tratad de comprenderlo, yo dejo un espacio en blanco que podéis llenar con vuestra imaginación. »

— Y á falta de puntos y de espacios en blanco, ¿él echa mano de frases de doble sentido y de indirectas?

— Algunas veces, cuando no tiene más remedio, sí. ¿Preferís acaso una palabra dura?

— Al parecer, se prefiere hoy día.

— ¡Error! no se prefiere eso; lo que se hace es soportarla á falta de otra cosa mejor. Creed que ciertas mujeres no podrán nunca acostumbrarse á expresiones de cierto género, ni á ciertas trivialidades de len-

guaje. Las mujeres cuando viven como yo vivo al aire libre, en plena independencia y son un poco independientes en su manera de ser, cuando han visto mucho, han leído mucho, han oído mucho y *vivido* mucho, son curiosas de corazón, de espíritu y de temperamento, quizá soporten una conversación picante y una lectura algo acentuada; pero tened por cierto que siempre será con la precisa condición de que se las hable el lenguaje á que están acostumbradas. Admiten lo atrevido en la idea, pero á medida que ésta es más osada, son más exigentes con la forma.

— En una palabra, lo que vos queréis, princesa, es que la forma obligue á aceptar el fondo.

— Seguramente.

— Sin embargo, ciertos fondos exigen una forma algo ruda. No es posible mojar siempre la pluma en agua de rosas, ni vestir de frac y chaleco blanco al hacer hablar á los pilletes de los barrios ba-

jos, ó al describir un monton de basura.

— ¿Y qué necesidad hay de hablar de esos pilletes y de esas basuras? Todo ello me es indiferente. En estos últimos años se han ocupado mucho de esa clase de gentes y de esa clase de cosas desagradables.

— ¿Es acaso necesario concretarse únicamente á pintar la virtud?

— La virtud no implica nada en el asunto, y hay personas que la pintan tan brutalmente, que la hacen odiosa, mientras que, por el contrario, existen otras que poseen el arte de saber decirlo todo, hasta el punto de llegar á presentar el mismo vicio como decente.

Y cuando se os le presenta decentemente, ¿no os incomodáis por la presentación?

— Nó, pero á condición, sin embargo, de que sea un vicio *comme il faut*, un vicio lavado, peinado, cepillado y bastante cubierto para que cause ilusión. ¿No queda ya nada que aprender, nada que estudiar,

nada que profundizar en este mundo, sin que se nos amenace sin cesar con el otro, que es precisamente el que queremos ignorar? ¿Por qué hacemos descender á la profundidad, á las cuevas, á los sitios oscuros y cavernas, cuando es posible hacernos subir al piso principal ó al segundo, y abrimos los salones, los gabinetes y las alcobas que desconocemos, á las cuales dirigiríamos gustosas una mirada tímida y furtiva, pero intensa? Verdaderamente, señores novelistas, os olvidáis más de lo conveniente de agradar á ciertas mujeres curiosas por verlo *todo*, ávidas de aprender *todo*, puesto que se sienten bastante dueñas de sí mismas para estudiar sin correr peligro; valientes de espíritu, pero de espíritu solamente, para poderos agradar, colocándose á vuestro nivel y saber reteneros á pesar de vuestros casinos, gracias á sus concepciones; las llamáis extravagantes, locas, bueno; pero con frecuencia son mujeres honradas á pesar de su desenvoltura, y en

último caso, siempre son mujeres de agradable compañía.

— ¡Qué bien habláis!

— ¿Eso quiere decir que hablo mucho?

— De ninguna manera, todo lo contrario.

— Entonces, guardad silencio, escuchad y comed de esta pieza que maté ayer en *Sauwinkel*, que quiere decir el cercado del javalí.

— Como, bebo y escucho, ¡tres placeres!

— ¿Es decir que sois sensual?

— ¡Ya lo creo! ¡pues no faltaba más sino que no lo fuera!

— La princesa W... reanudó su interrumpida conversación, diciendo:

— Vosotros, señores, os limitáis solamente á dividir vuestras lectoras en dos ó tres categorías. Incluis en la primera las jóvenes casadas que se satisfacen con lo que acaban de aprender y las que llevan ya bastante tiempo de matrimonio, pero que sus maridos, por sistema, tienen sumidas

en una eterna ignorancia; aquí se incluyen también las sordas y las ciegas, sin malicia, sin curiosidad y sin deseos para quienes escribís novelas dulces, insípidas, emolientes, refrescantes que les conserva su primera castidad, y...

— Su virginidad moral, interrumpió X..., entre dos bocados.

— Gracias por vuestra colaboración. Para la segunda categoría, compuesta de idealistas del amor, de temperamento tranquilo y de corazón ardiente, tenéis libros en que se desborda el sentimiento y la pasión; pero pasión etérea en que no se encuentra más que almas que van en busca de otra alma y donde la materia, que también tiene su fuerza, queda desterrada de rigor.

Estas obras, escritas desde una gran altura, desde las nubes, son muchas veces dignas de atención por cualidades de primer orden. Pero desde los tiempos de los libros de caballería no han variado en nada siendo siempre el mismo diálogo moderni-

zado, digámoslo así, apropiado al lenguaje usual, la misma conjugación del verbo amar en pasado, presente y futuro, á la sombra de un árbol, en un campo ó bajo un cielo estrellado. La mujer no aprende nada nuevo con esto; nos tienen suspendidas en el aire desdeñando hacernos conocer los sitios que habitamos, los séres con quienes vivimos y las costumbres de nuestros tiempos... ¿Queréis un dedito de este magnífico *Ofener*? Os lo recomiendo.

— Si es así, dadme dos, Princesa.

— Tened la mano entera. He comprado vuestra atención, continuó:

— Me he vendido, escucho.

— Por último, cuando se trata de la última categoría de vuestras lectoras, pasáis bruscamente al extremo opuesto. Mientras más moderados, circunspectos y reservados habéis sido con las primeras, lo sois menos con las últimas. « No tenemos nada que enseñarlas, decís: han sacudido ya el árbol de la ciencia, para probar toda clase de

frutos; podemos decirselo todo sin rodeos, sin riesgo para ellas y sin temor de hacerlas ruborizarse.» Y encantados de nuestra presumida inmodestia, porque lisonjea la vuestra y os acerca á nosotras, dáis rienda suelta á vuestros gustos algo vulgares sin que esto os ofenda. Vuestros instintos, vuestras flaquezas, vuestros apetitos demasiado materiales, contenidos por mucho tiempo, se presentan en la superficie y se desbordan. Os lanzáis sin miramiento alguno en el detalle inmundo y la frase atrevida, incurriendo en todo género de trivialidades. Algunas veces la idea es buena, vigorosa, bella; pero la presentáis de tal manera, que se pierde, se marchita, se mancha y se descompone.

— Tened cuidado, Princesa, porque vais á caer en el defecto que nos criticáis.

— Me levantaré si caigo, lo cual no os sucede á vosotros, porque cuando caéis en lo vulgar continuáis complaciéndoos en ello durante capítulos y volúmenes enteros.

— Eso es convicción.

— Eso es provocación, sí, porque lo que parece es que provocáis todos nuestros gustos para que se subleven.

— ¿Y por qué nos leéis?

— ¡Ah! ¿Por qué? ¿por qué? Porque esos novelistas que me exasperan tienen, en general, mucho talento. Se les puede muy bien llamar coloristas, anatomistas, disecadores de primer orden; nos olvidamos de que somos mujeres y nos vamos en su busca necia y locamente. Un día nos conducen al borde de un río, silencioso, límpido, lleno de sombra, cuajado de flores en su orilla y resplandeciendo un brillante sol á lo largo de su corriente. Encantadas, un poco soñadoras, caminamos llenas de confianza á su lado dispuestas á seguirles por mucho tiempo todavía, escuchándolos siempre. Pero de repente nos abandonan de una manera brusca para sumergirse en el fondo del río y sacar un cadáver que extienden sobre la orilla para estudiarle en

su descomposición y en su podredumbre.

Al día siguiente abren el palco de una actriz joven, hermosa y llena de gloria: esto es nuevo para nosotros y además fruto prohibido, nos la hacen ver en el bosque y en la escena; pero no la conocemos desnuda. Nuestra curiosidad se estremece de alegría y nuestra imaginación toca á rebato. Estamos con ellos: ¿qué van á presentarnos y á describirnos? La mujer, la artista, ¿no es esto? ¿Su rostro, su medio desnudez, sus costumbres? No, se paran á analizar con minucioso cuidado su palan-gana llena de agua y los demás utensilios que tiene para su tocador. Esta vez nos hacen aspirar una flor de encantador perfume que nos embriaga y nos obliga á acercar nuestros labios. En seguida nos presentan el gusano que la corroe, estudiando en todos sus detalles la podredumbre que le ha engendrado, llegando, por último, á dar por marco á sus más hermosas escenas de amor, salas de hospital, cementerios,

establos y cuadras. Sus heroínas, fuertes por la carne, subidas de color, soberbias Rubens á quienes tenemos que admirar; sueñan, sucumben sobre montones de estiercol en plena fermentación, cerca de metafísica charca. ¿Es esto verdad?

— Confieso, Princesa, que costeáis la verdad con muchísima habilidad. Sin embargo, esa gente que maltratáis de esa manera tan dura, ¿no os ha dado alguna vez hermosas y grandiosas puestas de sol, y admirables páginas de amor?

— Sin duda alguna. ¿Pero para qué han escrito esas páginas? Para demostrarnos que si quisieran encantarnos, podrían hacerlo, y que sin embargo, no quieren con intención deliberada. Las han escrito, para presentar á la luz las narraciones que nos interesan, y en efecto, lo bello es lo que á ellos les sirve de estimulante y lo que está reservado á hacer resaltar la fealdad, la monstruosidad, la rudeza del lenguaje, á que no podemos acostumbrarnos, porque nos hace

sonrojar por más de lo que ellos digan.

— Pero ¿os ruborizáis de veras?

— De veras, ¡insolente! No es nuestro pudor el que se subleva, son nuestras costumbres en la manera de vivir, es nuestra elegancia, es, en una palabra, nuestra educación. Sí, nuestros primeros principios de educación no podrán borrarse, porque es precisamente lo que menos se pierde. Perdemos la honra; pero conservamos los buenos modales. Una mujer que las circunstancias ó quizás su instinto, la hagan que sea atrevida en acciones, ha conservado sin duda alguna un oído delicado, y las palabras mal sonantes, groseras ó aventuradas, la asustan, mortificando su amor propio. Querido mio — decia la marquesa de B... á un joven artista que ella educaba — haced lo que se os permita y también lo que no se os haya permitido, pero no digáis nunca á una mujer de nuestra clase lo que vayáis á hacer, y sobre todo, tened mucho cuidado de no recordarla lo que habéis he-

cho. Así piensan muchas mujeres, son indulgentes con ciertos atrevimientos y no perdonan ciertas expresiones: admiten toda clase de libertades, á excepción de la del lenguaje. Sucede muchas veces, que aquel de quien gustaban y que estaba á punto de conseguir su objeto, lo echa á perder todo por haber hablado mal. Había robado un beso sin que se le recriminase por ello, y porque dijo una palabra ligera, ó se permitió una familiaridad *hablada*, le pusieron en la calle.

— ¿Y qué deducís de esto, princesa?

— Deduzco, amigo mio, y vuelvo al punto de partida, que los novelistas deberían escribir para una cuarta clase de lectoras que no tienen lo bastante en cuenta, y que la constituyen las mujeres que ya saben mucho, pero que quieren y pueden aprender más aún; á las que es preciso adular y mimar, porque son golosas del misterio y de lo desconocido más bien que grandes comedoras; las que no rechazarían

el vicio si es de elegante aspecto y buenas formas; las que quieren salir de su círculo moral, con la condición de no salir de su círculo físico; y por último, aquellas que de los cinco sentidos tienen cuatro muy desarrollados y muy finos: el oído, el olfato, la vista y el gusto.

La comida avanzaba: á los postres nacionales se habían sucedido las pastas y helados (*gefrones*); los vinos húngaros fueron reemplazados por vinos de Dalmacia.

X... creyó que podía ya decir á la princesa W...:

— Quisiérais que hablásemos de la novela del conde D...

— Con mucho gusto.

— Por lo que veo, y según os explicáis, el autor no se ha separado del lenguaje que os gusta y ha permanecido en el tono que preferís.

— Sí; dice bastante sin decir demasiado, y permite á mi imaginación que desempeñe algún papel tomando parte en ello.

Quizás pueda criticársele por falta de franqueza y de fuerza y valor en la expresión. ¿Pero podía hacerlo de otra manera? La reserva que se impone ¿no excluye el vigor? ¿Hubiera conseguido su objeto escribiendo á golpes de maza? ¿No es mucho más justo decir que la palabra es un poco descarnada, y por lo tanto algo fuerte, puesto que es muy cierto, que un sinónimo, una perífrasis, bastante clara para comprenderse, es también lo bastante indecisa para que no lastime?

— Decididamente, Princesa, no veis más que por los ojos de vuestro amigo D... indudablemente, su estudio ha sido para vos un regalo delicadísimo.

Lo confieso. Ha sido un verdadero regalo para mi naturaleza curiosa é investigadora, y para mi imaginación, quizá un poco ligera, así como también para mi gusto por las cosas del mundo.

— ¿Y no invitáis á nadie para que con vos participe de ese regalo?

— Qué queréis darme á entender con eso?

— Quiero decir que ese estudio, que tanto os gusta, podría muy bien gustarle á otros.

— Sin duda, á las lectoras de mi cuarta clase: á las *audaces delicadas*.

— ¡Buena! ¿No os manda la caridad tener compasión de vuestros semejantes?

— ¿Y queréis acaso que las reuna para leerles en alta voz el estudio de D..., y darles una conferencia?

— No os pido tanto. Pero es muy fácil que hayáis oído hablar de la invención de la imprenta.

— ¡La imprenta! Adivino, nunca perdéis de vista vuestra profesión. ¿Queréis publicar la obra de mi amigo?

— ¿Y por qué no?

— Antes sería necesario el permiso del autor; ¿le daría?

Es un episodio que cuenta su vida, ó mejor dicho que él me cuenta: quizá no

quiera que todo el mundo sepa su aventura.

— Yo os doy mi palabra de no hablar nunca de él ni decir jamás su nombre.

— Haré valer esa consideración. Pero no os vayáis á equivocar: en esta novela apenas existe acción y falta el interés dramático. Es una especie de monólogo en que D... se pone en escena, cuenta sus impresiones, levantando un poco el velo que nos oculta al París misterioso, se extiende, para nosotras las mujeres, porque para ustedes, señores, y para algunas de mi sexo, ya no hoy misterios. El estudio es de un caso patológico, como dicen, según creo, los eruditos.

— Permitidme que lo lea y podré juzgarlo.

— Ya veremos. Mientras tanto encended un cigarro, yo os doy el ejemplo.

Algunas semanas después recibió X..., ya de vuelta en Francia, el manuscrito que esperaba, y así se explica cómo esta novela,

esencialmente parisién y escrita por un parisién, viene en línea recta de Buda-Pesth, de ese país en que la Europa está próxima á concluir y el Asia va á empezar.

## II

Esto es una desbandada general, una verdadera emigración desde el día en que se ganó en las carreras de caballos el gran premio de París. Todos y todas, amigos y conocidos del club, grandes y modestas señoras, á las que se saluda con respeto y hacen que se muestre uno orgulloso al presentarse con ellas y las que al pasar se las saluda con una mirada y una sonrisa; en una palabra, toda mi sociedad verdadera y postiza ha dirigido su vuelo

esencialmente parisién y escrita por un parisién, viene en línea recta de Buda-Pesth, de ese país en que la Europa está próxima á concluir y el Asia va á empezar.

## II

Esto es una desbandada general, una verdadera emigración desde el día en que se ganó en las carreras de caballos el gran premio de París. Todos y todas, amigos y conocidos del club, grandes y modestas señoras, á las que se saluda con respeto y hacen que se muestre uno orgulloso al presentarse con ellas y las que al pasar se las saluda con una mirada y una sonrisa; en una palabra, toda mi sociedad verdadera y postiza ha dirigido su vuelo

hacia otros puntos. Trouville, Etretat, Dieppe sirven para hacerlos descansar de las fatigas del invierno y comprometerlos para la estación siguiente. En Luchón, Caunterets, Vichy toman baños, duchas y gárgaras para suavizar su áspera garganta, dar elasticidad á sus entumecidos miembros ó reanimar su salud. En una palabra, París, nuestro gran París está en el campo, en los bosques y en la montaña; en todas partes que no sea París.

— Ayer y anteayer he pasado revista á los catorce círculos de que soy socio. Sí, nada menos que de catorce, lo cual no quiere decir que yo me prodigue en ellos. Tengo el derecho de entrada, y eso es todo; porque generalmente sucede, que cuando se tiene un derecho cualquiera, es lo bastante tenerlo para que no se ejercite nunca. Unicamente por orgullo y para que nadie dude de mis pergaminos y de mi título, es por lo que me he hecho inscribir en la Unión, que es el más exclusivista y más

aristocrático de todos los círculos de París. También por amor propio y por decir que pertenezco á ellos, he ingresado en el *Jockey* y en el *Agricole*, formando también parte del *Petit Cercle*, el *Cercle des Champs Elysées* (antiguo Imperial), el *Mirlitons*, el *Ganaches*, *Eclaireurs*, *Deux Mondes*, el *Cercle Volney*, por debilidad, por complacer á algunos amigos y encontrarme entre ellos. El poderoso aliciente del *baccarat* debía atraerme al *Sporting*, al *Yaek-Club* y á los *Américains*, y las fiestas únicas que da la *Presse*, me decidieron á hacerme socio también de éstos. Así es cómo de un círculo va uno á otro, acabando por hacer que se gire dentro de un gran círculo vicioso.

— Pues bien, de mi larga revista á mis dominios, he sacado una impresión dolorosa. La *Unión*, en donde he comido, conserva á pesar de la estación su buena mesa, que es la mejor de París á la vez de la del *Agricole*; pero eran tan pocos los comensales, que se entristeció mi estómago, lo

cual después de todo, no le importó nada.

En los desiertos salones del *Jockey*, no hay conversaciones chispeantes, y la crítica mundana está muerta, viéndose cruzar por ellos algún que otro amante fiel de la equitación que viene á mirar un rato el libro de las apuestas para hablar por referencia y adquirir noticias para las carreras de otoño. Todos se han olvidado de aquella partida de *besigue* cuyas peripecias seguían con tanto interés durante el invierno, cuando el barón de G... lo jugaba á cinco francos el tanto, diciendo los días de pérdida á los que apostaban por él: *Caballeros, hacedme el favor de guardar el secreto, porque si mi hermano Alfonso lo supiese, me reñiría.*

En el *Cercle des Champs Elysées* he vuelto á ver con gran satisfacción la vajilla de plata que con las armas imperiales nos regaló el emperador y la emperatriz, y de que continuamos sirviéndonos, después de haber llevado á la guardilla los retratos de los donantes. Pero allí tampoco hay juego, y

el *ecarté* ha desaparecido por la ausencia de Br..., que estaba siempre dispuesto á jugar contra todo el mundo, la de H. C., antiguo ministro del imperio, la de P..., que ha sido siempre el héroe de los concursos hípicas, la de los dos S..., y la de los tres condes de Abraham, Isaac, Nessim, de los cuales el último no contento con haber dado á la señorita de L... su negro Luciano anda buscando ahora el negrito de la Dubarry, para regalárselo también.

La nobleza augevina que está en mayoría en el *Sporting* descansa en sus posesiones. ¿Y qué otra cosa mejor puede hacer? El conde de C..., uno de sus más estimados colegas, no está aquí para demostrar su buen humor, tallando, apuntando y perdiendo siempre.

— En el *Mirlitons* he encontrado tres personas, á pesar de que cuando he dicho encontrado, he exagerado. Han huído al ver que yo me acercaba, avergonzados de haber sido sorprendidos en flagrante delito de es-

tar en la plaza de Vendome en el mes de Julio. Para no molestarles, dirigí mis pasos hacia el círculo la *Presse*, donde según dicen no pára nunca el *baccarat*. ¡Error! allí también está el vacío, siempre el vacío. Sin embargo, serían las once de la noche cuando en medio de un profundo silencio, Carlos L... se atrevió á decir sin esperanza y sin fé :

« Caballeros, ¿hay alguno que quiera poner diez luises de banca? » Una voz triste respondió : « Vámos ». Y en el momento algunos desgraciados puntos, últimos restos de los náufragos del invierno anterior, después de haberse colocado melancólicamente alrededor de la mesa y sacar del bolsillo algunas fichas que se admiraban de poseer aún, se entregaron á ese terrible trabajo que consiste en ganar con las cartas el pan nuestro de cada día, á lo que los jugadores llaman sacar el tanto.

— Decididamente, nada de esto puede seducir, y me he retrasado mucho. Ya es

tiempo de que yo también parta y haga la maleta, tomando el billete para ir á encontrar en el Norte ó en el Mediodía á todos aquellos con quienes he vivido siempre, y sin los cuales no podría vivir.

— ¿Qué es lo que aquí puede retenerme?

¿La cuestión de dinero? Nunca he llegado á inquietarme por ello, puesto que soy rico y mi fortuna está colocada de una manera segura, sin que pueda tener temor á ninguna quiebra. ¿Mis ocupaciones? Nunca he hecho nada. Si; he seguido la carrera de derecho : aunque no me atrevo á asegurar que esto puede considerarse como trabajo; pero después de este grande esfuerzo, he querido hacer alto para mirar cómo trabajan los demás y aprovecharme de su trabajo. Todos los libros nuevos, lo mismo literarios que científicos, me son remitidos por los editores, y aunque no pretendo asegurar que he leído muchos, me parece que puedo decir sin inmodestia que es muy

29769

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1625 MONTERREY, MEXICO

meritorio eso de haberlos comprado todos. Conozco todas las comedias, dramas, zarzuelas, sainetes, bailes, óperas y operetas que se han representado desde hace veinte años en la Comedia Francesa y en el Chateau d'Eau. He contribuido con mi óbolo en las grandes escenas y en sus éxitos. De modo que puedo vanagloriarme de haber protegido las artes bajo todas sus formas y también algunas artistas de baile, de canto y de verso. ¿No es esto mucho mejor que escribir malos libros y hacer peores comedias?

Si me he impuesto el deber de no embadurnar ningún lienzo para enviarlo á la Exposición; en cambio, yo y otros Mecenas de mi clase somos los que hemos contribuido á hacer la fortuna de los pintores de hoy. Efecto de la concurrencia que nosotros mismos hemos organizado, los comerciantes se han visto obligados á manifestarse más generosos y se ha producido un alza bastante acentuada. Pagamos nuestros capri-

chos cinco ó seis veces más caros que en otras épocas; nuestra bolsa padece, pero las artes progresan, que es lo esencial. No contento con haber formado una galería de paisajes, cuadros de género, naturaleza muerta y marinas, he llevado mi abnegación hasta el extremo de encargár tres veces mi retrato de tamaño natural y cuatro veces mi busto en barro, cera, mármol y bronce. Todas estas obras me han costado un precio fabuloso; pero en cambio, ninguna de ellas tiene el más pequeño parecido, lo cual es un consuelo.

En una palabra, ni soy hombre de letras, ni pintor, ni abogado, ni diputado, ni aun ministro intermitente: no soy nada, absolutamente nada. No he hecho nunca nada y espero confiado en que seguiré siempre haciendo lo mismo.

Como se ve, mis numerosos trabajos no son los que me retienen en París; vamos á ver si me sujeta alguna otra cosa. ¿Serán mis amigos, mis relaciones? Ya he dicho

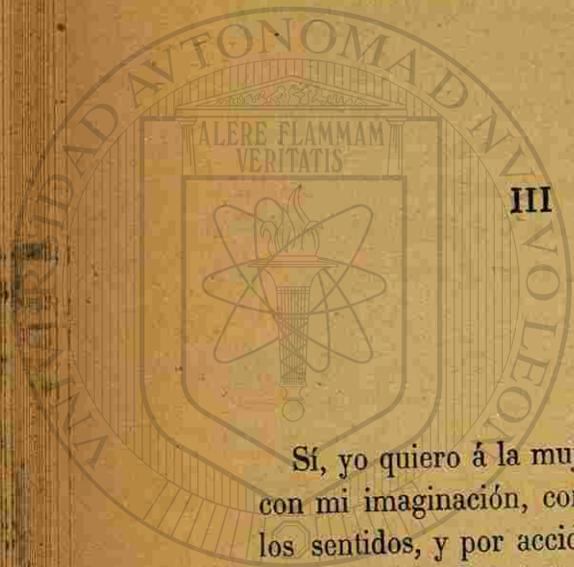
P. J. P. S.

que todos se han marchado. ¿Un padre y una madre de avanzada edad que no se atreve uno á abandonar por temor de no volverlos á ver? Desgraciadamente los he perdido. ¿Una mujer? ¿hijos? No estoy casado á pesar de los treinta y cinco años que acabo de cumplir : he sabido escapar de todos los peligros. ¿Una querida? Ni la tengo ni estoy muy seguro de haberla tenido nunca. Podéis dispensaros vuestra sonrisa y ahorraros toda suposición que pueda ser desagradable. Tengo tan buena salud, que hasta ahora ningún médico ha podido vanagloriarse de haberme tomado el pulso. Soy ancho de espaldas y la estructura de mi pecho es buena. En *Mirlitons* os podrán dar noticias de mi muñeca nuestros amigos S... y de B..., que son los héroes de la sala de armas y con los cuales he competido algunas veces, y cuando sujeto un caballo entre mis rodillas, puedo asegurar que no trata de dar una huida. Conservo mis cabellos, lo cual es hoy una rareza; mi mirada es pene

trante, mis dientes hermosos y mi presencia no causa admiración, lo cual me molestaría mucho, las mujeres dicen de mí : « No está mal. »

¡Pues bien! si, á pesar de todas estas ventajas, no tengo querida. ¿Por qué? Queréis saberlo? Sea.

Porque me gusta demasiado la mujer para querer á una sola.



Sí, yo quiero á la mujer con mi cabeza, con mi imaginación, con mi espíritu, con los sentidos, y por accidente, con el corazón. La quiero bajo todas sus formas, bajo todas sus fases, bajo todos sus aspectos y con todas sus variedades de color: de pálido semblante ó rostro encendido, cobriza ó blanca, rubia, morena, de pelo rizado ó encrespado. Me gusta la gruesa y un poco desarrollada según la moda oriental; pero no por esto dejan de gustarme las engañosas

delgadas y las delgadas verdaderas, porque también tienen su lado apreciable. Una mujer alta, muy alta, más alta que yo, no me es desagradable, porque ha de costarme algún trabajo llegar hasta su altura, y las dificultades me sirven de aliciente. Cuando es pequeña, y la tomo en mis brazos para acercarla á mis labios, me lleno de entusiasmo : una mujer que pierde pié, está á punto de perder la cabeza.

Me gusta lo que me dan y también lo que me rehusan; lo que me enseñan y mucho más todavía lo que me ocultan.

La mujer de mundo me conmueve, la de la clase media me encanta, la obrera me interesa y la jovencita me entretiene.

Me encuentro muy á gusto al lado de una ignorante ó de una inocente, sin que por esto desdeñe el saber y la experiencia. El talento de una me encanta y me tiene soliviantado, y la ignorancia de la otra me tranquiliza; aunque á decir verdad, yo no creo que una mujer bonita pueda nunca ser

tonta, porque también tiene su género de inteligencia.

Si tienen corazón, las hablo de su infancia y lloro con ellas; si no tienen más que sentidos, entonces me callo y consigo ser más elocuente.

La primera juventud no me es indiferente, pero la segunda me llama más la atención. En cuanto á la tercera, está con mucha frecuencia llena de sabor, y bastante picante, de todo lo cual, sé sacar un buen partido.

Por último; es tanto lo que me gustan, que nunca tengo en cuenta su nacionalidad; pueden muy bien proceder de un país que sea hostil al mío, sin que á su lado se me ocurra otra revancha más que la del amor. Confundo en una misma simpatía todas las razas y todos los tipos, las mujeres del Mediodía y las del Norte, las del Occidente y Oriente. La Alemana, rica de formas y subida de color, á la vez material y vaporosa, exalta mi fantasía y me hace soñar.

La frialdad de la Inglesa me enciende la sangre, y creo que es un ejercicio saludable romper el hielo. La Rusa tiene muchos puntos de contacto con la Parisiën, y por lo tanto, no me permitiría nunca pensar mal de ella, mucho más, cuando en algunas ocasiones llega á ser una parisiën perfeccionada. Tengo un verdadero culto por la Española, de mirada eléctrica y penetrante y de redondas caderas, lo cual no impide el que aprecie, la tierna mirada, esbelto seno y hermosos dientes de la Italiana. No tengo mala voluntad á la mujer oriental cuando va envuelta en su gran velo, pero la prefiero mucho más cuando le deja caer. Y últimamente, no tengo miedo á la India ni á la mujer de la China, de Java, ni de Ceylan, ni tampoco á la mujer negra, aunque venga del Senegal, ó del Soudan.

Quizá habrá alguno que me diga, para hablar con tanto entusiasmo de esas mujeres, debéis conocerlas, haber penetrado en

sus países, vivido en su intimidad y haberlas estudiado del natural. ¿Sois un gran viajero, un explorador, una especie de Stanley en mujeres?

— De ninguna manera: he hecho mis estudios en París, en mi casa ó en mi barrio. Soy un gran explorador; pero explorador de alcoba, porque creo que un parisién rico y bastante generoso, un parisién que sepa ocupar su puesto, puede, sin dejar su casa, ni apartar los piés de la chimenea, saborear los productos del mundo entero y encontrarlos mucho mejores á medida que vienen de sitios más lejanos. La piña de América que se come en el país en que se producen, no es más que una piña, de la cual se hace tanto caso como de una manzana. Pero si viene del Brasil, en una caja de metal blanco, seduce á la vista, se respira con fruición su aroma de allende el mar, y se la parte lleno de voluptuosidad. Así es, que solamente después de haber hablado con verdaderos viajeros, es cuando

he resuelto no abandonar nunca á París.

— Las mujeres de Ceylan y las de Java, según decís, son muy agradables, ¿no es verdad? -- Muy agradables, me repetían ellos como un eco. — Lo cual quiere decir, que cuando estabais por allá, ¿cultivabais el género? — Cuando estábamos allá, repetían en coro, no teníamos más que una sola idea: ver una parisién. De buena gana hubiéramos dado todas las bailarinas del Egipto y las bayaderas de la India, por una bailarina de tercer orden del cuerpo coreográfico de la Porte-Saint-Martin. — ¿Son preferibles nuestras mujeres de París á todas esas criaturas? — No siempre; pero lejos de París, únicamente gusta lo que recuerda á París.

De todo esto deduje que era inútil viajar, puesto que había de sentir pena por haberme marchado, ¿por qué, pues, abandonar mis boulevares, si con esto me condeno á llorarlos continuamente? Sería verdaderamente una locura correr detrás

de las mujeres de otro color, puesto que al lado de ellas no podría pensar más que en las blancas.

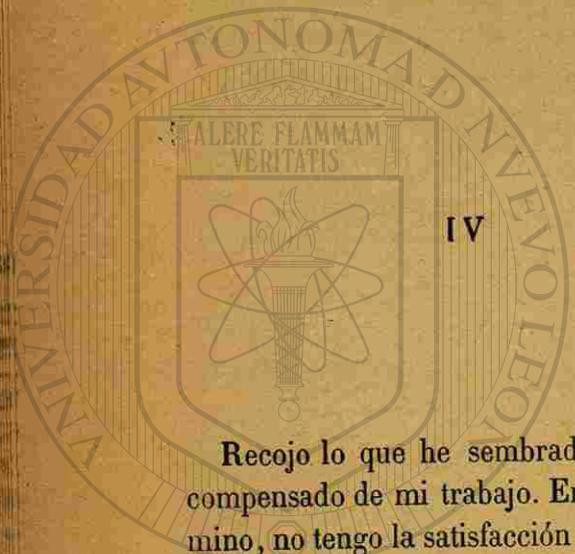
Si; pero como consecuencia de este razonamiento me quedo en París rodeado de mi horizonte, acostándome en mi misma cama, con la mirada fijada sobre rostros pálidos, no tendré más que un solo pensamiento, un deseo, una idea fija: cambiar de perspectiva, variar de punto de vista y lanzarme en lo desconocido. Entonces es cuando me he hecho viajero de alcoba y explorador á domicilio. Siguiendo el ejemplo de esos armadores del Havre ó de Marsella, que sin salir de su bufete fletan barcos con el encargo de que les traigan los productos de todo el mundo, yo he dicho á mis capitanes, consignatarios y corredores: « Ya lo sabéis, si por casualidad encontráis por allá en Madrás, Bombay, Lima, Rio Janeiro, y aun sin ir tan lejos, en los puertos de escala, Malta, Nápoles, ó Barcelona una curiosidad bonita, alguna

cosa que esté bien hecha, que sea agradable á la vista y suave al tacto, remitídmela. Me la cuidaréis á bordo, y aunque su primera frescura desaparecerá indudablemente durante la travesía, me contentaré con la segunda. » Provistos de estas instrucciones, estando al corriente de mis gustos, conociendo mi deseo y llevando buenas letra de fácil cobro, ha habido muchas personas que han viajado por mi cuenta para traerme algunos hermosos productos indígenas y muestras que despertaban ganas de comprar toda la pieza.

Y así también es cómo después de haber protegido toda mi vida las ciencias y las artes, según acabo de demostrar hace poco, he prestado también grandes servicios á la exportación, al libre-cambio, y he extendido nuestras relaciones comerciales por todo el mundo. En otro tiempo, los indígenas de todos los países se decían: « ¿Qué haríamos en Francia, en París? No llegarían ni aun á reparar en nosotros;

los parisiéns son demasiado civilizados para que vayan á ocuparse de salvajes como nosotros. » Pero, cuando han visto que se les pedía y que por el contrario se les ofrecía ventajas por dejarse exportar, han empezado á hacerlo por sí mismos sin necesidad de intermediario ni corredor. Jóvenes italianas han abandonado en una hermosa noche á Nápoles, Venecia, Florencia ó Milán, para dirigirse primeramente á Monte-Carlo, cerca de sus fronteras. Han tropezado y apreciado alguno de nosotros, y para conocernos mejor y apreciarnos en conjunto se han metido en el expreso de París. El mismo movimiento se realiza desde el fondo de España hacia Biarritz, Burdeos y la frontera, mientras que las austriacas y las húngaras abandonan Viena y Pesth para acercarse también á nosotros por la parte del Norte, haciendo lo mismo los danesas, escocesas y las de Londres. Americanas del Norte y del Sur, algunas africanas y bastantes asiáticas se

han mezclado en esta gran emigración. Para terminar, de Oriente y de Occidente, del Polo Norte y del Polo Sur, se adelanta la mujer hacia París, arrastrada y desvanecida por el amor internacional.



Recojo lo que he sembrado y estoy recompensado de mi trabajo. En primer término, no tengo la satisfacción de decir que París, mi querido París ha llegado á ser, gracias á mí, el objeto de todas las emigraciones, el centro de toda atracción, pudiendo estudiarse en él todas las variedades de la especie femenina. Ya no hay necesidad de hacer grandes viajes. Al alcance de nuestra mano tenemos ya lo que en otro tiempo era necesario ir á buscar muy le-

jos, y hoy, en París, lo que menos se encuentra es la verdadera, la antigua parisién. Existe aún; pero se va fundiendo poco á poco en la masa de las invasoras: como todas las grandes razas se ven absorbidas por las bárbaras.

Al lado de estas grandes satisfacciones morales, experimento algunas otras alegrías íntimas. Ya no tengo necesidad, como antes, para realizar mi idea, de enviar á lejanas tierras emisarios, que á fuerza de enormes gastos realicen el negocio por mi cuenta y riesgo, contribuyendo así á la disminución de mis rentas. Mi idea se desarrolla por sí misma de una manera natural, y no tengo necesidad de que mi bolsa mengüe.

Cuando digo que no se disminuye, exagero un poco, porque la verdad es que siempre hay necesidad de algunos gastos menudos. La pasisién, que instalada en París vive en su hotel ó en su cuarto, rodeada de tributarios que la pagan cada uno

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIV. DE NUEVO LEON  
"ALFONSO REYES"  
Cdo. 1625 MONTEBBREY, MEXICO

un pequeño impuesto para ayudarla á pagar los suyos, puede tener caprichos y rasgos de desinterés que saben aprovechar los listos. Pero la inglesa, la italiana y la austriaca se ven en la obligación de poner un freno á su corazón y pensar únicamente en sus intereses. Ellas nos han conquistado, y nosotros debemos sufragar los gastos de la guerra. Pero hasta tanto que adquieren elementos puede decirse que no viven, vivaquean en algunas casas fáciles á donde concurren visitadores que depositan un pequeño óbolo. Y nada más justo: gracias á estos hospitalarios centros, sabemos dónde se pueden encontrar nuestras viajeras, las cuales á su vez, pueden recibirnos con los honores que nos son debidos y los refinamientos del lujo que no habríamos encontrado en su tienda.

Estos puntos de reunión, que seguramente habría descrito Eugenio Sue en sus misterios de París, si hubiesen existido en su tiempo, son numerosos, aunque sola-

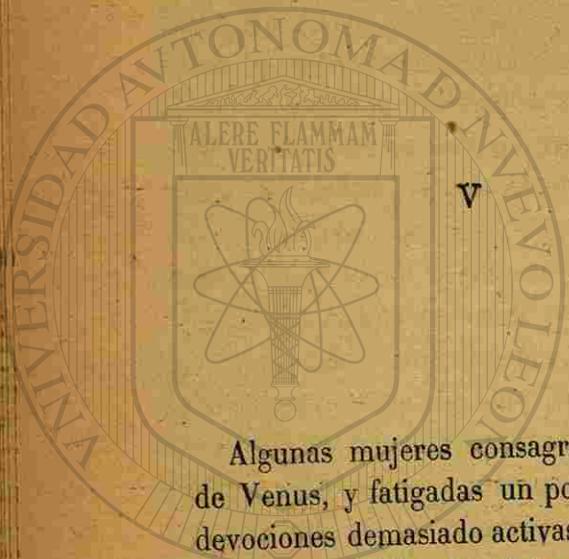
mente cuatro gozan de algún favor. Al frente de ellos están las altas y poderosas Sras. Lareine, Lenone, Valance de Vernón y Baronne. Más adelante hablaré de la primera. La segunda, que es la que ha creado el género, es al presente propietaria de una hermosa finca y no trabaja ya más que por el gusto de fomentar las artes, y sobre todo, las artistas jóvenes. La tercera, que fué durante mucho tiempo la querida de un célebre duque, se hace siempre notar por su afición al juego y á los diamantes; y la cuarta, Baronne, antigua portera de un gran círculo en que se había creado algunas relaciones, dejó la portería para tomar un lujoso cuarto cuyas paredes, si pudieran hablar, contarían historias peregrinas de la mayor parte de nuestras impuras y alguna que otra hermosa de nuestras artistas. Se dice también, que si siguieran hablando las dichas paredes, podrían comprometer muy fácilmente á algunas mujeres de cierto tono, porque en

casa de la Baronne existe un departamento especial, con entrada particular, reservado expresamente para ciertos casos. La tal Baronne es una mujer colosal apoyada siempre en un paragua que le sirve de bastón; con la cabeza cubierta de una espesa peluca de color blanco gris, tiene en toda la extensión de la palabra, un aspecto imponente.

Pero no se vayan á confundir estos asilos de enamorados sin asilo y sin amor, con ciertas casas autorizadas por la prefectura de policía, y que son ya de dominio público, por haberlas dado á conocer dos novelistas en el *Núm. 13 de la calle Magloire* y *la casa Tellier*. Estas casas se parecen á las de que nos ocupamos, lo mismo que una mujer de boulevard á una cortesana de alto rango, ó una mujer de pueblo á una mujer de clase. Por una parte no hay más que el vicio común, barato, á precio fijo, en completa desnudez, desvergonzado, sin nada de imprevisto; en la otra, aunque siempre

es el mismo vicio, es el vicio lujoso, algo velado, con ribetes de decencia, reprimido, y en algún que otro caso inesperado. En las primeras es todo cínico, sin que los más cándidos puedan hacerse ninguna ilusión; en las otras existen algunas reticiencias que dan por resultado el que personas de mucho talento (¡oh! se necesita mucho) llegan á hacerse la ilusión de creer que tienen mucha suerte. Pero en ámbas partes se trata únicamente de una sola y misma cosa, de dinero; solo que en unas se ventila el asunto de una manera brutal, sin perderlo de vista un momento, y en las otras se discute sin estar presente la persona encargada de ejecutar el contrato, hasta tal punto, que si ella quiere, puede aparecer ignorante y aparecer llena de desinterés.

¿Cómo se han formado estos puntos de cita? Quizás sería interesante el investigarlo, puesto que esto es un lado de la historia de París.



Algunas mujeres consagradas al culto de Venus, y fatigadas un poco por largas devociones demasiado activas, tuvieron primeramente la idea de erigir un templo á su diosa favorita, del cual se constituyeron en guardianas, sacrificando jóvenes sacerdotisas. De esta manera podrían tener algún descanso, sin ser más que devotas pasivas, y continuar viviendo de los gastos del culto.

De la teoría se pasó pronto á la práctica,

llamando á algunos antiguos amigos al primero ó segundo piso de una casa de apariencia decente, cuyo interior era casi elegante; después, pretestando que ellas no eran suficientes para proporcionarles bastante distracción, suplicaron á algunas mujeres hermosas y de costumbres acomodaticias, pero poco conocidas, que les hiciesen compañía. Estas accedieron á sus deseos por no tener que hacer ó por curiosidad, y la mayor parte de las veces porque tenían algo que agradecer, aunque también con la esperanza de encontrar en aquella casa un protector formal ó una intriga que fuera durable. Como el protector apetecido no se presentaba, se concluía por tomar otro que valdría poco menos, ó varios protectores de ocasión, que daban juntos el dinero que habría dado el primero; de esta manera se reemplazaba la calidad por la cantidad.

La idea se desarrolló: los primeros iniciadores descubrieron el sistema á algunos de sus amigos y las primeras vestales dije-

ron á sus compañeras: « Venid con nosotras; no tendréis por qué arrepentiros.» Y poco á poco se extendió el rumor por París de que acababan de abrirse nuevos templos, discretos, misteriosos, consagrados ostensiblemente á Venus, pero en secreto á Plutón, dios de las riquezas y de la fortuna.

Tan gran noticia debia innegablemente llegar á cierto mundo en que Venus y Plutón reunidos están muy en boga; recorrió enseguida los pasillos de los teatros, empezando por los de último orden y acabando por los principales, y llegó á los almacenes en medio de las obreras de poco sueldo, y grandes ambiciones. Después dió un salto desde el piso bajo al sotabanco, en que viven las mujeres de empleados modestos, de más modestos recursos, encerradas en un círculo mezquino, sujetas al fastidio, á toda clase de privaciones y expuestas á los deseos que se desprenden naturalmente de esta situación.

La noticia, que siempre iba en aumento, se bajó al tercero, al segundo y al principal, para llegar á la mujer de clase, que abrumada de deudas desde hacía mucho tiempo, amenazada y hasta insultada algunas veces por sus acreedores personales, sin tener valor para confesárselo á su marido, sin fuerza de voluntad bastante para variar su tren y su casa, resuelve no descender y quiere sostener su lujo á cualquier precio que sea.

Desde entonces, y poco á poco, se vió de todos los puntos de París dirigirse hacia el templo una larga fila de penitentas, ocultas bajo su velo, á pié ó en coche: mujeres entretenidas que no lo estaban lo bastante; mujeres ávidas de libertad que temen los amantes á domicilio, porque poco á poco se introducen en la casa haciéndose los amos; empleadas en almacenes, que van en busca de capital para establecerse por su cuenta; artistas sin contrata ó contratadas con el vicio; comediantas más formales,

que mezclan el culto del arte al culto del dinero; mujeres de la clase media en sus postrimerías ó faltas de juicio, y extranjeras que han venido de su país para enriquecerse á nuestra costa, constituirse un dote, y volver á su país para casarse con el hombre que les agrade ó vivir á su gusto.

## VI

« Para conocer tan bien esos templos, sus guardianas y sacerdotisas, se me preguntará : ¿ Debéis, sin duda alguna, haber entrado en ellos y estudiarlos? »

— Sí, lo confieso.

— ¿ Y qué habéis hecho del respeto que uno se debe á sí mismo? »

— El respeto de mí mismo lo he sacrificado al respeto ajeno.

— ¿ Al de quién? decidlo.

— Es muy fácil. En primer lugar, al de

los maridos que os han abierto su casa estrechando vuestra mano, estimándoos, queriéndoos algunas veces y á quienes vosotros habláis y engaáis solapada é infamemente; al de los padres de familia á cuya confianza hacéis traición tratando de sorprender el corazón de sus hijas; al de los amigos, cuya querida deseáis; al de las mujeres á quienes hacéis mil juramentos, persuadidos hasta la saciedad de que no podéis cumplirlos. Porque vuestros amores, que juzgáis superiores á los míos, tienen como punto de partida un robo, un raptó ó un perjurio. Os encontráis una mujer que os gusta, tratáis de hacer de que ella os quiera, ella lucha, se defiende y sucumbe, y después ¿habéis reflexionado en las consecuencias de su caída? Si aquella mujer era honrada y no quería amar á nadie más que á vos ó no debía amar á nadie más que á vos solo, ¿tenéis decidida intención de no amar á nadie más que á ella, protegiéndola y ayudándola toda vuestra vida? No; solamente teníais la in-

tención y nada más que la intención, en cuyo caso no erais un hombre honrado, no os teníais el respeto que uno se debe á sí mismo. Si por el contrario, aquella mujer había sucumbido varias veces antes de conoceros y tenía ya contraída una especie de costumbre en ello, ¿por qué, ya que tratáis de darme lecciones, en lugar de levantarla, la ayudáis á caer de nuevo para que ruede en el fango. ¿No teméis rodar con ella?

¡Ah! necesito decirlo, vuestros alardes de virtud me sublevan! Si queréis ser virtuosos, es menester serlo por completo: y dadas nuestras costumbres, solamente existe una manera de serlo: casarse y guardar la fe jurada para una sola mujer, la esposa, la madre. Fuera de esto no existe nada, todo es mentira y engaño. Pues bien, yo á quien vosotros criticáis, no engaño á nadie, ni voy por los salones á decir á ésta ó á aquélla: « Sois encantadora, os adoro. Engañemos á vuestro marido, vuestro amante, vuestra familia; engañaos á vos misma que

habéis creído hasta este momento en vuestra virtud. »

Tampoco me dirijo á las casas de campo, ni á los talleres de las obreras ó al hogar del modesto empleado, ni á casa de las mujeres honradas para tratar de seducirlas con billetes de Banco aprovechándome de su necesidad, de su apuro, de su debilidad ó de su miseria.

Ni provoco ninguna caída, ni abro ningún abismo : lo único que hago es pasearme á su alrededor, y cuando alguien cae, gritar : « ¡ Venid ! ¡ venid ! » ¡ yo quiero ver ! porque una mujer que está ya en el suelo no corre riesgo de caer y no soy yo ciertamente el que tenga sobre mi conciencia su caída.

Pero todavía me decís : « Si no hubiese personas que sintieran placer en pasearse al derredor de estos abismos bajando á ellos al primer llamamiento, no se abrirían tantos por vuestros vicios. » O en otras palabras : si no hubiese hombres dispuestos á comprar mujeres, no habría ninguna que se

vendiera. Esto es muy justo. Pero entonces, quiere decir, que os encargáis de proporcionarla los medios de subsistir, ¿ no es esto ? Admitís que en Francia es igual el número de hombres y mujeres ; cada uno tiene su cada una y subviene á todas sus necesidades haciéndola vivir y vivir bien. O bien, si así lo preferís, el hombre trabaja y la mujer también lo hace por su parte. Todas las carreras y todas las industrias están abiertas para la mujer, pudiendo llegar á ser médico, abogado, banquero, legislador y recibir un salario igual al nuestro. Su imaginación, sus sentidos, su corazón no están nunca en reposo : si es joven, un marido la espera ; si es viuda, en seguida vuelve á encontrar otro marido. Si sus padres la han unido á un anciano, á un impedido ó á algún otro miserable, apenas exhala una queja, la vuelven á casar de nuevo.

Pero desgraciadamente no hay nada de esto. Nuestras costumbres, nuestras leyes

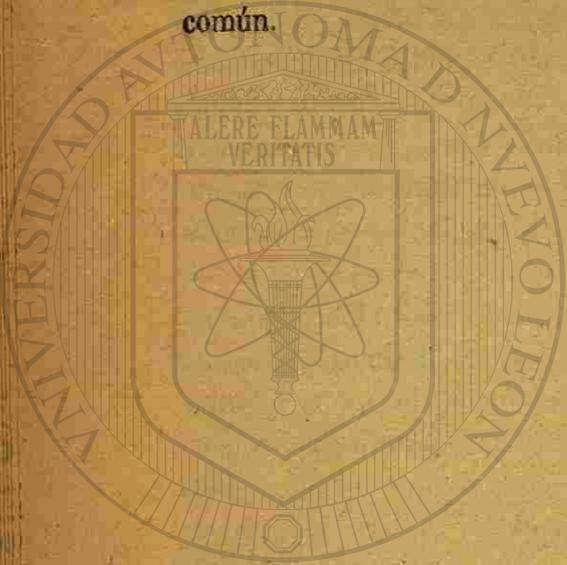
y nuestros vicios se oponen á semejantes arreglos: hay hombres que sostienen y costean diez mujeres y hay también muchas jóvenes que no pueden encontrar un solo marido, y que, sin embargo, desean trabajar, producir y ganar el pan, y no pueden conseguirlo. En todas partes se les dice: «Eso no os corresponde.» Y después de haber buscado mucho tiempo y perseguido un marido que se les escapa, no les queda más que dos recursos: ó morir de hambre y de deseo nunca satisfecho, ó caer en el abismo.

¿Acaso soy yo y mis cómplices quien las ha hecho rodar hasta caer en él? Nó, la culpa es de nuestra organización social; la fatalidad y la desgracia se apodera de ciertas criaturas, así como también hay otras que prosperan sin saber por qué. La culpa es vuestra, y sobre todo de vosotros, los que blasonáis de virtuosos, que después de haberlas amado las abandonáis sin asegurar su subsistencia, y que os casáis sin poder alimentar á vuestra mujer. Y también es

vuestra la culpa, padres de familia, que consumís todas vuestras rentas, educáis á vuestras hijas en la ociosidad y el lujo, sin pensar en su dote, viéndoos más tarde en la necesidad de casarlas con un hombre pobre como ellas. Esa nueva medianía en su existencia que antes no conocían, las impulsa á que hagan esfuerzos para salir de ella.

En resumen, todas esas infelices que vienen de lejos y de cerca, de Italia, de España ó de la China, fundando sobre nosotros unas esperanzas que nuestra depravación les ha hecho concebir; que vengan de Belleville con su bonete y la nariz al viento, de la calle Sentier, de la Chaussée-d'Antin ó del boulevard Haussemann con traje de seda y el velo echado; esas desgraciadas, vuelvo á repetir, tienen necesidad de mí y de mis semejantes y pueden considerarse como muy dichosas por encontrarse con nosotros. Si no nos tuviesen á nosotros, con nuestros hábitos de elegancia y nuestra generosidad

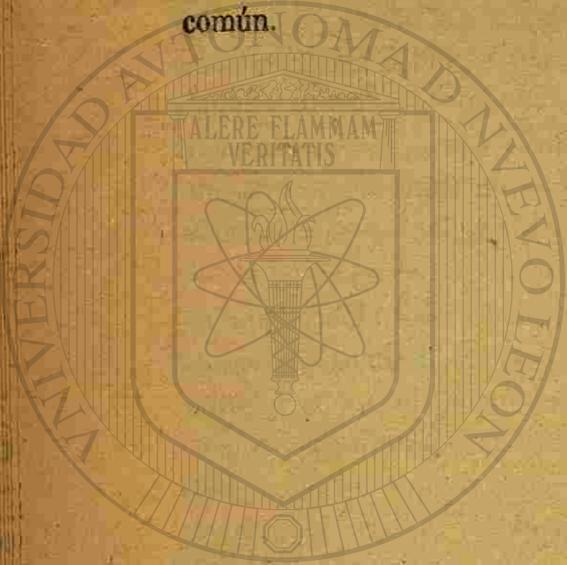
relativa, en lugar de caer en una fosa blanda, forrada de seda, caerían en la fosa común.



## VII

— Pero la verdad es, caballero, que nos confundís lastimosamente, me dijo una voz de mujer honrada. No hacéis más que hablar de amores comprados y de mujeres que se venden. ¿Acaso no hay más que éstas? ¿No habéis conocido á ninguna que se dé? Habéis empezado por presentaros con cierta complacencia, como un hombre joven todavía, de buena salud, fuerte y de figura agradable, cumplido caballero, diestro en esgrima, y hasta valiente cuando se

relativa, en lugar de caer en una fosa blanda, forrada de seda, caerían en la fosa común.



## VII

— Pero la verdad es, caballero, que nos confundís lastimosamente, me dijo una voz de mujer honrada. No hacéis más que hablar de amores comprados y de mujeres que se venden. ¿Acaso no hay más que éstas? ¿No habéis conocido á ninguna que se dé? Habéis empezado por presentaros con cierta complacencia, como un hombre joven todavía, de buena salud, fuerte y de figura agradable, cumplido caballero, diestro en esgrima, y hasta valiente cuando se

presente la ocasión. Parecéis inteligente, y aunque vuestros razonamientos son falsos, están presentados con habilidad. ¿No habéis tropezado nunca con una mujer que os haya amado formalmente?

— Señora, he encontrado varias que han pretendido amarme de la manera que decis.

— Y habéis creído en ellas, ¿no es verdad?

— Hasta el día en que me han engañado, sí.

— ¿Os han engañado muy á menudo?

— Eso no lo sé, porque no era yo el que que contaba; pero he sido engañado por cada una de ellas.

— ¿Y vos, por vuestra parte, quizá engañábais también?

— Siempre.

— Entonces, ¿de qué os lamentáis?

— Yo no me lamento; lo único que hago, en vista de numerosas experiencias, es renunciar á los verdaderos amores y á las amantes en serio.

— Habéis preferido las vestales del templo.

— Si, porque con esas sé al menos á qué atenerme; me engañaban antes, entonces y después, lo cual, más bien que un derecho, es su deber.

— Pero las otras, las que os han engañado por justas represalias, os amaban al menos algunos momentos de una manera desinteresada.

— ¿Lo creéis así?

— ¡Pues qué! ¿Dudáis de ellas también bajo ese aspecto?

— He encontrado jóvenes que me gustaban, y á quienes creía ser simpático; pero en seguida me he apercebido de que lo único en que se pensaba era en mi fortuna. He tenido queridas que me decían: *Te amo por tí mismo, no quiero nada de tí*; pero he creído por delicadeza que estaba obligado á darlas todo lo que no me pedían, y se lo han guardado. Se me han presentado magníficas ocasiones para tener relaciones con mujeres de clase, y todas se han visto apu-

radas, atormentadas por deudas, y me han confesado su embarazosa situación en medio de dos besos. Si hubiera sido pobre, me habría hecho el sordo, y estoy seguro de hacerles justicia de que no por esto se hubieran enfriado sus besos; pero era rico, y para mí era una satisfacción ofrecerles mi bolsillo. Han empezado por vacilar, y han concluido por aceptar. Entonces, bien á mi pesar, y quizá injustamente, he dudado de los amores desinteresados. Ahora yo no dudo; con las vestales del templo está uno seguro de saber á qué atenerse; como no alimentan vuestras ilusiones, no se tiene el sentimiento de perderlas.

— Parece que os sentís satisfecho con poder justificaros á vuestros ojos vuestro cinismo.

— ¿Acaso no está justificado á los vuestros?

— De ninguna manera, porque son falsas todas las razones que acabáis de presentarme. Lo que queréis sencillamente es sus-

traeros á los lazos que pudieran crearos obligaciones y deberes. ¡ Sois un egoista !

— Lo dudaba.

— Habéis dado rienda suelta á vuestra fantasía, y ésta ha concluido por dominar vuestro corazón, que ya no late : no os gustan más que los amores fáciles, siempre nacientes, siempre renovados ; las letras á la vista. ¡ Sois un sensual !

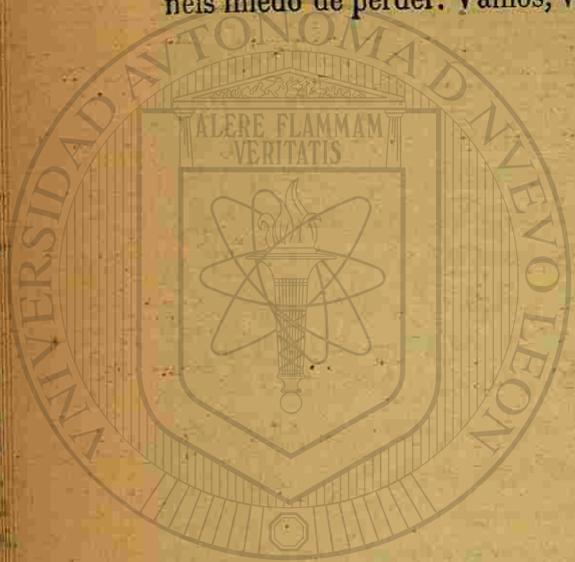
— Eso es precisamente lo que he querido demostrar antes de referiros mi aventura, y no lo hubiérais comprendido nunca si no me hubiese presentado tal cual soy. Tenía mis motivos para hablaros de mí como lo he hecho hace ya una hora. Quería hacerme conocer, para causaros menos admiración; y si he querido haceros asistir á la creación de ciertos asilos amorosos, ha sido únicamente para prepararos poco á poco, é impedir que gritárais al conducirlos á ellos.

— Pero, ¿ pretendéis llevarme á alguno ?

— Sí ; pretendo que me acompañéis.

— ¡Qué ocurrencia!

— Apostemos... ¿Dudáis? Entonces tenéis miedo de perder. Vamos, venid.



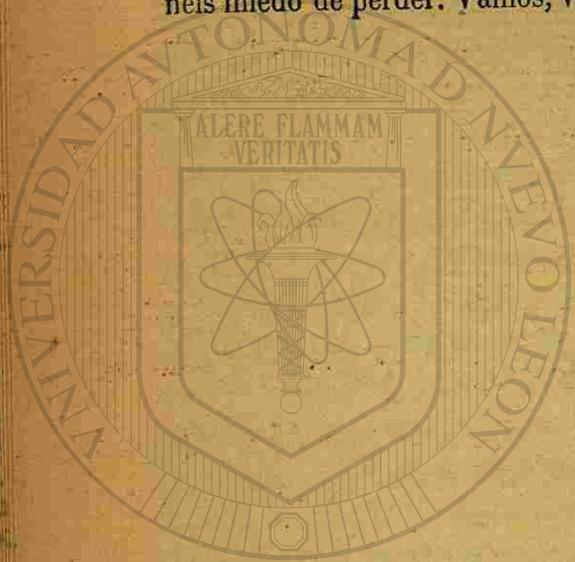
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## VIII

El 26 de Enero último había yo comido admirablemente... ¿Que había comido bien? No; lo había hecho como tengo por costumbre. ¿Por qué andar con rodeos y mentir en una cosa tan insignificante, pretextando una excusa que invocan todos los que pecan de ocho á once de la noche? Allá va la verdad completa: el círculo y el teatro no me llamaban la atención, y no sabiendo qué hacerme, me ocurrió la idea de pasar la noche del mejor modo posible. En el caso

— ¡Qué ocurrencia!

— Apostemos... ¿Dudáis? Entonces tenéis miedo de perder. Vamos, venid.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## VIII

El 26 de Enero último había yo comido admirablemente... ¿Que había comido bien? No; lo había hecho como tengo por costumbre. ¿Por qué andar con rodeos y mentir en una cosa tan insignificante, pretextando una excusa que invocan todos los que pecan de ocho á once de la noche? Allá va la verdad completa: el círculo y el teatro no me llamaban la atención, y no sabiendo qué hacerme, me ocurrió la idea de pasar la noche del mejor modo posible. En el caso

en que mi conducta sea digna de censura, no puedo disculparme diciendo que fui obligado, ó que no quería ir con amigos que fueron demasiado persuasivos, porque estaba solo, completamente solo, al abrigo de toda influencia perniciosa; y si después de dar dos ó tres vueltas por el boulevard, encaminé mis pasos hacia la casa de Lareine, es porque yo quise; soy culpable, sin ninguna circunstancia atenuante.

La fisonomía de esta mujer es una curiosidad: pequeña, gruesa, activa, traviesa, habladora, conoce á París á fondo; batalladora, enérgica, capaz de dar la cara á la autoridad, sabiendo guardar un secreto cualquiera que se deposite en su domicilio; protegida por grandes personajes, que son sus clientes, y de cuyos vicios es depositaria; es poseedora de unos trescientos ó cuatrocientos mil francos, adquiridos con el trabajo... de otras. Está corrompida hasta la médula de los huesos, y sin embargo, está de una manera sencilla. Sí, de una manera

sencilla; y para tener derecho á sostener este calificativo, voy á citar unos párrafos de un folletín de Sarcey, que me han llamado mucho la atención:

« No puedo explicarme lo que pasa en  
 » el alma de una de estas mujeres. Estoy  
 » convencido de que viven tranquilamente  
 » en ese oficio que han escogido, prácti-  
 » cándolo lo mejor que pueden, y sin que  
 » les inspire vergüenza, repulsión ni remor-  
 » dimientos; repiten de una manera sincera  
 » el antiguo adagio de que no hay oficio  
 » malo, sino malas personas. ¡Y ellas se  
 » consideran honradas! Fuera de su pro-  
 » fesión, deben considerarse capaces de  
 » realizar buenas obras, y en el fondo, lo  
 » único que tienen es la ausencia de repul-  
 » sión y vergüenza que nosotros experimen-  
 » tamos por su oficio. Si sintieran lo mismo  
 » que nosotros, seguramente no le ejercer-  
 » rían, porque no les sería posible conde-  
 » narse á un suplicio interminable. No es,  
 » por lo tanto, para causar admiración, el

» que tengan para sí su código, y que, en  
 » una palabra, hayan inventado una moral  
 » particular dentro de la inmoralidad. »

Como consecuencia de un escandaloso proceso que hizo mucho ruido, aunque la justicia no pudo sacar nada en limpio, Lareine acaba de abdicar en manos de una tal Lepetit que hace sus veces. Pero el invierno último aún reinaba sola en su templo.

Este tiene todas las apariencias de una buena casa amueblada, bien puesta, digna de respeto, siendo una especie de *family-hotel*, como dirían los ingleses. Durante el día está abierta la puerta por completo y de la misma manera que otra cualquiera, penetrándose en un vestibulo sin que se presente nadie para interrumpir vuestro camino hasta después de llegar al entre-suelo, que es cuando aparece una anciana de aspecto venerable, especie de dueña de cabellos blancos, que es el brazo derecho de Lareine, su ayudante de órdenes, su primera dama de honor. Si ésta no os co-

noce, ó no vais recomendado por un amigo de la casa, ó si no le parece bien vuestro aspecto, se admira por vuestra visita diciendo que os habéis equivocado, puesto que lo que ella tiene, es una casa amueblada parecida á las demás, y que todos los cuartos están alquilados en aquel momento. Os despide con la mayor finura y sin haber hecho ningún ruido, porque en aquella discreta casa todo se realiza con afabilidad y el mayor silencio posible.

Si por el contrario, sois conocido de algún tiempo, ú os presentáis bajo los auspicios de un amigo formal, ó si del examen minucioso que se ha hecho de vuestra persona resulta un fallo favorable, la dueña os invita á que subáis al principal, en donde os conducen á la sala que sirve para las presentaciones. Este es un saloncito modesto que tiene pretensiones de artístico; tapicería imitación de Beauvais con personajes, cubre los huecos y las puertas, así como los dorados sillones de forma Luis XV. La

chimenea desaparece sosteniendo un reloj y unos candelabros demasiado grandes, que no pertenecen á ningún estilo. Un entredos de Boule, un piano, un armario de palo de rosa, un gran espejo encima del sofá y enfrente de la chimenea, constituyen el mobiliario. Aquí y allá se ven esparcidas estatuas muy decentes y algunos juguetes de porcelana, que sin duda han sido regalados á la soberana por alguna vasalla agradecida ó deseosa de captarse su protección. En la mesa del centro se ven hermosos jarros llenos de flores que perfuman el ambiente, y pan al salón cierto aire de frescura y de inocencia.

Transcurridos dos ó tres minutos, Lareine que ha sido prevenida por su dama de honor, se presenta sonriendo y llena de amabilidad, os reconoce ó hace vuestro conocimiento, y entráis de lleno en la conversación.

— Vamos á ver: ¿tienes hoy algo de nuevo? le pregunté aquella famosa noche en

que fui á su casa guiado únicamente por mi perversidad.

— Sí, me respondió, de la misma manera que yo me lo esperaba. Hace ya una hora que estoy recibiendo infinidad de visitas; sin duda esas señoras han adivinado que ibáis á venir. Ahora están jugando á la treinta y una en el salón del piso bajo; voy á suplicarlas que suban para que os hagan compañía.

— No es menester, dije yo.

— ¿Por qué?

— Porque estoy seguro de que las conozco y que serán esas que vienen siempre, y á quienes tú llamas el plato del día. Quiero una cosa nueva.

— Entonces, voy á presentaros una italiana que llegó ayer de Florencia.

— ¿Pero vino en línea recta á tu casa?

— No, ha parado en el Gran Hotel. Un mozo de confianza me dió el aviso, y yo he ido á verla hoy, decidiéndola á que viniera esta noche para devolverme la visita. En

este momento estaba hablando con ella en el salón blanco, cuando vinieron á avisarme que estabáis aquí. ¿Queréis que la llame?

— No; esa italiana debe ser morena, y las morenas no me llaman hoy la atención. Tengo algo de melancolía, y quisiera ojos azules y cabellos rubios. ¿Tienes esto?

— Precisamente : una escocesa que ha llegado esta semana de Glascou con su marido ó su amante.

— Supongamos que es su amante : es lo más probable.

— Bueno, sea así. Un amante que la ha dejado plantada sin dinero y sin recursos.

— ¡Vamos! sin recursos, y ¡tiene el placer de conocerte!

— Vaya, tenéis gana de broma : yo hago los favores que puedo.

— ¡Al ciento por ciento! dije para mí.

Y así es en efecto, las guardianas del templo toman para sí, como gastos de culto, la mitad del importe de las ofrendas que llevan los fieles.

— Conque qué hacemos de la escocesa. ¿Queréis verla? preguntó Lareine, que como mujer práctica, volvía á la cuestión lo más pronto posible.

— No; se me ha metido en la cabeza que no he de llegar á entenderme con ella.

— Entonces, ¿qué vamos á hacer? me respondió con cierto desconsuelo; ¿si no queréis ni aun ver las personas de que os hablo?

— Las vería con mucho gusto si creyera que estabas convencida de que habian de gustarme, pero no te atreves á asegurarlo. ¿Entonces, quiere decir que no tienes nadie?

— Nadie que os convenga, porque sois muy exigente: ¿por qué no me avisáis anticipadamente vuestra visita? Durante el día tomaría mis medidas y por la noche tendríais aquí una escogida sociedad de actrices, de...

— No continúes; entonces no vendría nunca, sería imposible pasar aquí la noche con semejante jaqueca.

Nuestra conversación fué interrumpida por la llegada de la dueña que venia á anunciar á su ama que una señora solici- taba hablarla.

— ¿Me permitís? dijo Lareine volvién- dose hacia mí.

— Os lo permito con tanta más facilidad, puesto que me voy.

— No hacéis bien. Quizá os guste la re- cién venida.

— Mucho lo dudo, pero no tengo incon- veniente en esperar á que vuelvas.

— ¿Queréis que le diga á la italiana que venga á haceros compañía y suceda lo que Dios quiera?

— Bueno, puedes hacer lo que quieras, pero antes dile mis intenciones porque no quisiera defraudarla en sus esperanzas.

Muy poco rato después se presentó la italiana, vestida de negro, cubiertas las ma- nos de magníficos guantes, un sombrero mosquetero y un abrigo que la envolvía completamente. Importa mucho no olvidar

un detalle característico : lo mismo en casa de Lareine que en las de sus colegas, todas las mujeres que allí se encuentran, parece siempre que van á hacer una visita. Su aspecto es de lo más decente y más completo que se pueda desear y cuando se ponen de confianza, es únicamente después de ha- berlas invitado á hacerlo en el gabinete particular que se les reserva. Aquel traje y aquellas maneras han sido establecidos como para demostrar que se trata de una simple entrevista entre dos personas que pueden muy bien no llegar á ponerse de acuerdo. Las apariencias se guardan con una especie de satisfacción, que llegaría uno á suponer que se encontraba en casa de M. de Foy ó en alguna otra cuyos due- ños, personas honradas, tienen la manía de hacer casamientos y reunir en sus salo- nes por parejas, gente joven, hombres for- males y viudas. Bien es verdad, que aquí se trata de uniones serias y no de amistades pasajeras; pero en algunos países, como

por ejemplo, en Persia, ¿no se realizan matrimonios que duran solamente un año, seis meses, quince días y una semana? Hombres de ley y sacerdotes fomentan, facilitan y bendicen estas efímeras uniones que se llaman *Sigheh*, para distinguir las de la unión indisoluble que se llama *Agde*. En cuestión de moral no hay nada absoluto, y es tan antigua esta verdad, que me causa vergüenza el volverla á repetir. Lo que en una parte se prohíbe, se recomienda en otra y lo que nos hace sonrojar en esta parte del Ecuador, nos cubre de gloria en el otro lado: de modo que las buenas ó malas costumbres dependen únicamente de la cuestión de latitud ó longitud. Así es como Lareine que está despreciada entre nosotros, viviría considerada en algunos países de Asia, puesto que llegaría á ser una sacerdotisa persana, encargada de los matrimonios por semana, medio día ó una hora.

Pero volvamos á mi italiana. Como lo había previsto, era una joven hermosa y

esbelta, de rasgos enérgicos, demasiado enérgicos para mí aquella noche. Ella no sabía una palabra de francés y yo hablo un italiano de convención con las mujeres, pero llegamos á entendernos hasta el momento en que Lareine vino á librarme de ella.

Mi acompañanta se retiró un poco disgustada, puesto que yo no la había invitado á que se quitase siquiera el sombrero; afortunadamente cierta clase de mujeres no hacen mucho caso de esta falta de éxito, porque es un caso que se les presenta con mucha facilidad en su aventurera existencia. Si hubieran de gustar á todo el mundo, seguramente que tendrían mucho que hacer.

— Pues bien, me dijo Lareine, así que estuvimos solos, podéis vanagloriaros, amigo mío, de tener una suerte decidida.

— ¿Cómo es eso?

— La señora que me obligó á abandonaros, es una mujer excepcional.

— ¿De verdad? ¿Me das tu palabra?

— Sí, respondo de ello, me dijo llena de confianza. Es la mujer más hermosa que he visto, y eso que he visto algunas que lo eran mucho.

— Ten cuidado en no aventurar demasiado, porque me vas á hacer creer en alguna maravilla.

— No perderéis ninguna ilusión.

— ¿Y de dónde viene esa notabilidad?

— No lo sé; me ha sido casi imposible hacerle decir cuatro palabras. Estaba demasiado turbada y respondía balbuceando á mis preguntas.

— ¡Qué habilidad!

— Decid más bién ¡qué timidez! se conoce que no tiene costumbre de dar ciertos pasos y que es la primera vez que viene á una casa como ésta.

— Entonces, no es una de tantas.

— ¡Oh! no, pondría las manos en el fuego.

— ¿Es extranjera?

— No, parisién.

— ¡Parisién! ¿y tú no la has visto nunca?

— Lo mismo que á otras muchas. Las mujeres de clase salen á pié muy poco y no me reciben en sus salones.

— ¡Ah! ¿es una mujer de clase? dije sonriendo con aire de duda.

— Apostaría cualquier cosa; si fuera una actriz ó una mujer entretenida, habría reparado en ella en el teatro ó en el Bois.

— Quizá sea alguna artista ó una señora de provincia.

— No puede ser. El olor provinciano lo percibo á la legua. Será posible que viva fuera de París; pero estoy segura que ha nacido aquí y pertenece á la buena sociedad.

— ¡Insistes en ello! bueno, no quiero contrariarte. Sin embargo, siempre me ha parecido imposible el que viniera aquí una mujer principal.

— ¿De veras? Entonces, os habéis olvidado de todas las que habéis conocido en mi casa?

— No me acuerdo. ¿Quién?

— La mujer del ministro, por ejemplo.

— ¿La mujer del ministro? repetí, haciendo por recorda. Te suplico seas más explícita. ¡Hemos tenido tantos ministros en Francia!

— Acordáos, hace un mes, de una rubia gruesa.

— ¡Ah! sí. Ya caigo. La mujer de un ministro protestante, una suiza, que habían arrojado de los Cuatro Cantones por mala conducta. ¡Si á eso llamas mujer de clase!

— Y la mujer del capitán, y la del doctor, y...

— ¡Oh! te suplico que no sigas. Desgraciadas, comprometidas, sin posición desde hace un siglo.

— Pero en último resultado, dijo Lareine algo picada, eran casadas.

— Lo habían sido, lo cual no es lo mismo. Pero volvamos á esa desconocida. ¿Se ha arreglado contigo?

— No. Cuando he querido abordar la

cuestión de intereses, se ha puesto muy pálida y temblorosa, hasta el extremo de que creí que iba á echar á correr.

— ¡Diablo! Entonces eso es muy caro.

— No lo creo. Ella viene á buscar aquí otra cosa diferente del dinero. ¿El qué? Eso es lo que ignoro, y quizá vos lleguéis á descubrirlo... vamos, no perdamos el tiempo porque debe ya estar impaciente. ¿Queréis conocerla?

— ¡Ya lo creo! no puedes dudarle porque te has dado muy buena maña para excitar mi curiosidad.

— Quizá me proporcionéis algún remordimiento.

— ¿A tí? ¿y por qué?

— Si no llegáseis á poder satisfacer vuestra curiosidad.

— ¿Qué quieres decir con eso?

— Que pudiera muy bien suceder que no conviniéseis á esa señora.

— ¿Qué es lo que decís? ¿Se han trocado los papeles? ¿Acaso soy yo ahora el que

tú presentas y á quien se puede rehusar?

— Seguramente. Cuando la he hablado de un hombre rico, generoso, distinguido y joven, á quien yo la podría presentar, me ha cortado la palabra para decirme: « Yo quisiera ver antes á esa persona. » Sin duda teme encontrarse con alguien que la conozca ó la haya visto en alguna parte y sepa su nombre. ¿De qué os admiráis? Estas precauciones son muy naturales, y yo soy la primera en aconsejar que se tomen desde el día en que, llena de confianza, presenté una mujer á su marido.

— ¡ Ah! ¡ eso es bueno! ¿y qué dijo el marido?

— ¡ Puso una cara!... pero la mujer le dió un escándalo, pretendiendo que le había visto entrar en la casa y que había querido tener la prueba de su infidelidad.

— ¿Y era verdad?

— ¡ Inocente! La mujer hacía un año que venía aquí, y su marido, á quien yo no conocía, se atrevía á hacerlo por primera

vez: es decir, que sin la presencia de espíritu de la mujer, habría tenido lugar aquí una escena trágica... De modo que es cosa entendida. Vais á sentaros allí delante de la mesa, cerca de la lámpara, dirigiendo la mirada al fondo. Esa señora levantará un poco el portier, y podrá veros sin que vos la veáis.

— Bueno, dije, dirigiéndome al sitio que se me había indicado. La aventura va siendo interesante y empieza á entretenerme.

Segura de mi consentimiento, Lareine se apresuró á dejarme, y pocos minutos después la puerta situada enfrente se abrió con lentitud y apareció un dedo con guante negro, que agitó un poco el cortinaje. Empezaba la inspección que soporté en silencio, experimentado una ligera emoción como el soldado cuando va á ser reconocido.

Un momento después había caído el tapiz, adquiriendo su natural rigidez, y se oyeron algunos pasos: iba á saber mi suerte.

¿Había sido aceptado, ó se me rechazaba?

— No os conoce y le gustáis, dijo Lareine al entrar, con la sonrisa en los labios.

Mi victoria me fué muy halagueña y quise á mi vez manifestarme altivo.

— ¿De verdad le he gustado? dije riendo. Entonces, puesto que todo ha cambiado, ¿cuánto me da?

Lareine empezó á reír conmigo y respondió:

— Le pediré lo más caro posible.

— ¿Y qué te guardarás?

— Evidentemente no trataréis de...

— He dado tanto durante mi vida, que justo es que una vez y por casualidad... Pero hablemos seriamente, ¿es verdad que me espera?

— Sí, allí dentro, no tenéis más que abrir la puerta.

— ¿Quiéres hacerme el favor de cederme el piso tercero?

— No habría querido subir: bastante trabajo me ha costado el retenerla en ese

cuarto. Quería marcharse y he tenido necesidad de echar la llave.

— No está mal todo eso, dije yo; si es comedia, es preciso reconocer que está muy bien hecha. Vamos, voy á saber á qué atenerme.

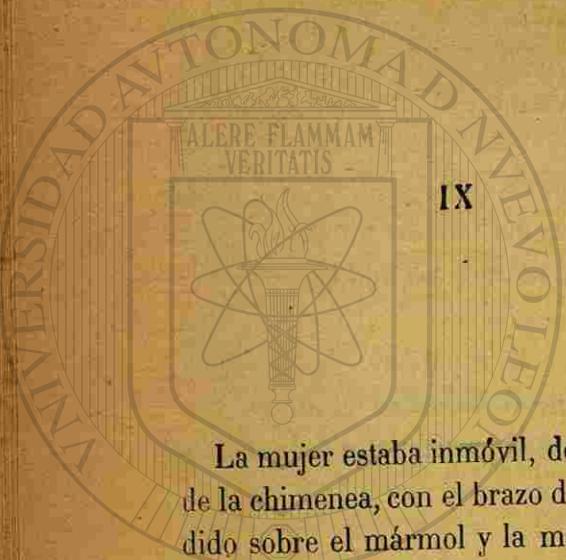
Y hablando de esta manera, me dirigí hacia la puerta del fondo.

— ¡Buena suerte! me dijo Lareine.

Me volví para decirla:

— ¡Cállate! Esas palabras llevan la desgracia en el juego, la caza y el amor.

Después alcé el portier, abrí la puerta y entré.



IX

La mujer estaba inmóvil, de pié delante de la chimenea, con el brazo derecho extendido sobre el mármol y la mano izquierda caída á lo largo del cuerpo, el busto y la cabeza estaban un poco inclinadas hacia atrás. Bajo los pliegues de un gran abrigo de satén negro, que también estaba cerrado, solamente se podía percibir su elevada estatura, su hermosa espalda de redondeadas formas y su desarrollado y prominente pecho. Sus manos eran pequeñas y delicadas,

según se dibujaban debajo de los guantes, y su vestido ligeramente levantado por la parte inferior, dejaba ver unos piés perfectamente calzados, pequeños y diminutos. Un capuchón de satén negro, como el abrigo, le cubría la cabeza ocultando sus cabellos. Los encajes, que, cosidos á la orilla del mismo le caían sobre la frente, los ojos y las mejillas dejaban ver únicamente un poco de su nariz y su boca.

Esto era muy poco : y sin embargo, ya estaba prendado de aquella mujer encubierta, cerrada, blindada, á quien no podía ver y me era preciso adivinar.

Este sentimiento tan repentino se explicará muy fácilmente cuando me haya confesado ; lo que más me gusta de la mujer y lo que yo admiro sobre todo es la boca.

\*\*\*

La palabra boca significa para mi un todo, un conjunto compuesto de labios, dien-

tes, encías, lengua y paladar. Para que una boca sea bonita, es necesario que todas las partes de este conjunto no dejen nada que desar.

Una mujer que tenga la nariz demasiado desarrollada, sin tener rasgos de hermosas líneas y que pase por fea, puede ser encantadora si la boca es acabada.

Por el contrario, á pesar de la pureza de las líneas y su reputación de belleza, una mujer no me dice nada, si tiene una boca mal hecha.

Pero no por esto soy exclusivista en cuestión de bocas. No exijo prodigios de dibujo, ni que estén formadas según las reglas del arte, siempre pequeñas, de agradable sonrisa y dientes pequeños, que han dado en

llamar perlas, formando un todo también pequeño y sonrosado.

No exijo tanta corrección en el detalle. Los labios, según á mí me gustan, pueden ser fuertes, carnosos, gruesos, los dientes largos y aun colocados con poca simetría, con tal de que sean blancos y estén sanos; para concluir, la boca propiamente dicha, la parte exterior que va de una á otra mejilla puede ser grande. Mientras mayor sea, hay más sitio para besarla.

¡ El beso ! Es lo mismo que decir la mujer entera, la primera y la última palabra de amor.

Yo entiendo por beso, el beso que se da

en la boca; los demás no importan ó importan muy poco.

\*\*\*

El beso provoca el deseo, le aumenta, le sostiene, y cuando se ha satisfecho, vuelve á provocarle.

Es un excitante y un aniquilamiento: irrita, calma y mata.

\*\*\*

Un simple beso, enseña al hombre que tiene experiencia si es amado y hasta qué punto. Una mujer podrá entregarse toda entera, por interés, por costumbre, por depravación; pero su beso valdrá algo solamente en el caso en que ella ame.

La mujer vende su persona; da su beso. El beso para ciertas mujeres es el esti-

mulante del festín, el aguijón del apetito, el *caviar* que se toma entre dos platos. Para otras es el plato de resistencia, el que ellas prefieren y que algunas veces puede satisfacer su hambre.

\*\*\*

A pesar de sus refinamientos y sus valentías, el beso de dos seres que se aman sinceramente, es siempre puro.

\*\*\*

No hay necesidad de asistir á la escuela del beso: por instinto, puede ser sabio. En cuestión de besos, hay personas muy honradas, que poseen la ciencia infusa.

Sin embargo, muchas mujeres, bastante apasionadas, no han comprendido nunca nada del beso: le reciben y no saden de-

volverlo; presentan los labios, cierran la boca; aprietan los dientes y creen que ya está hecho todo. De estas puede decirse que tienen la ignorancia infusa.

En un beso estriba algunas veces un amor durable. Si gusta, se sigue adelante; si no satisface, termina todo.

Entre el beso y sus consecuencias, no se debe dejar transcurrir mucho tiempo. Si es posible, no le dejéis enfriar. Una boca que se ha enfriado se pregunta á sí misma, razona, y algunas veces suele escaparse su propietaria.

Pero aquí no se trata más que de los be-

sos de mediana virtud. Un beso consentido ó dado por una mujer honrada, la obliga para el porvenir, ó por lo menos atormenta su conciencia de una manera cruel:

— ¿Puedo detenerme aquí? se pregunta. ¿No estoy obligada á entregarme por completo?

Después de haberse hecho esta pregunta, algunas recorren el camino que queda, y otras se detienen de una manera brusca, emprendiendo la fuga. Antes de condenar á estas últimas, es preciso tener en cuenta las circunstancias. Si han obedecido á la fascinación del momento ó á un desvanecimiento pasajero, creo que tienen derecho á volver en sí, arrepentirse y no pasar adelante. Pero si eran dueñas de su razón, si han consentido espontáneamente, entonces deben entregarse por completo al interesa-

do; pararse en este caso, es mucho más criminal que seguir adelante.

\* \* \*

Algunas coquetas llevan su coquetería hasta el beso, pero beso reincidente, y después dicen : « Basta. » Si se hacen la ilusión de creerse únicamente coquetas, se engañan, son también almas ruines.

\* \* \*

Si para tranquilizar á una mujer que se defiende y tiembla pensando en un desenlace fatal, le dijese alguno : « No quiero más que el beso vuestro ; si me lo concedéis, yo os juro no pedir más ; » es tan inocente que da crédito á semejantes palabras, debe más tarde resignarse á soportar las consecuencias de su candidez.

Si no es inocente, no es muy honrada : nunca se hacen transacciones de semejante clase.

\* \* \*

Existen casos excepcionales, en que un hombre puede de buena fe prometer que no pasará de los límites de un beso. Apasionados admiradores de las bocas bonitas, han notado que hay infinita variedad en la forma, color y mérito, y quieren poseer todas las variedades de la especie. Por aumentar su colección con un ejemplar raro y precioso, están dispuestos á hacer toda clase de sacrificios, aceptan lo que se les da, contentándose con lamentar lo que se les niega. Si el sentimiento es demasiado vivo, al separarse de una boca bonita, se dedican á buscar una mujer hermosa, y viven doblemente á su lado, por la realidad y por el recuerdo.

\* \* \*

Los párrafos anteriores se refieren á los besos en que únicamente ha tomado parte la imaginación. Los que se dan con el corazón, no conocen nada de estas reticencias, acomodados, compromisos y corrupciones. El corazón no calcula; si calculase, no sería corazón.

\* \*

Cuando una joven se deja dar el primer beso, cree en un principio que nunca tendrá fin.

\* \*

Cuando el corazón toma parte, todos los besos son buenos, aun los más inexpertos.

\* \*

El beso místico, que se da mentalmente

y no con los labios, sino con el alma llena de pasión, es el más sensual de todos los besos. Inconscientemente está rebosando deseos.

\* \*

El beso de la cortesana que se da, es candente, fogoso, acre, falto de delicadeza, de suavidad y de dulzura. Ha olvidado el beso anterior á su caída, el beso de las nieves de antaño.

El beso de la cortesana que se vende es el peor de los besos. De este se debe hablar únicamente de oídas. Aquélla se queda admirada de que se dé importancia á una cosa tan insignificante, á que ella no solo no se presta sino que desprecia al que se lo pide.

Aquí están, lanzadas al azar y sin orden, algunas reflexiones que me ha sugerido el beso. ¿Queréis saber la opinión de dos poe-

tas sobre el mismo objeto? Alfredo de Musset dice así :

Amo y anhelo sufrir,  
Amo y quiero padecer,  
Amo, y por un solo beso  
Mi vida entera daré.

Tu labio fugitivo  
Retiras desdeñosa,  
Eso no es dar, hermosa,  
El beso del placer.  
Eso es dar un deseo  
Y hacer perder la calma,  
Eso es herir el alma  
Con otro padecer.

Aunque en número infinito  
He sufrido tus ultrajes,  
Y mi lengua está desecha  
Y rota de suplicarte,  
En balbucear tu nombre  
Todavía se complace.

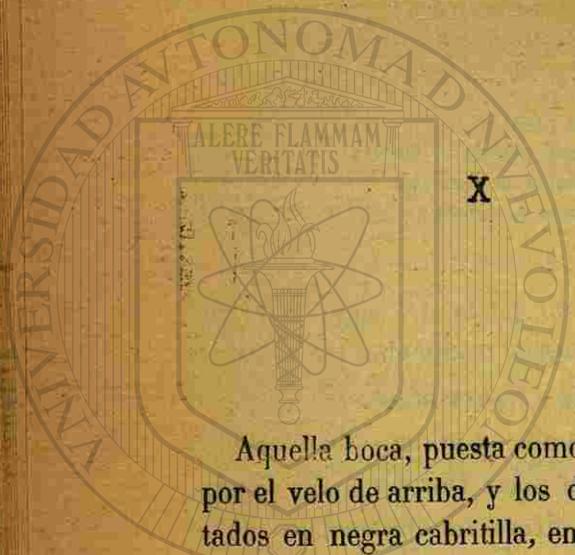
El azul transparente de tus ojos  
Los blondos y finísimos cabellos,  
Y tus dientes traidores y lascivos  
Flechas son del amor y del deseo.

Unidas estrechamente  
Tu hermosa boca y la mía,  
Que tu aliento enamorado

A los dos nos preste vida,  
Hasta el supremo momento  
En que los goces nos rindan,  
Y sin cesar devorados  
Por los furros que avivan  
Y acrecientan el deseo  
Preso en un ansia infinita,  
En un beso ardiente y último  
Nuestros pechos se derritan,  
Y exhalen un alma sola  
Saturada de delicias.

Juan Segundo, poeta del siglo xvii, en diez y nueve versos traducidos por Guizot, ha descrito diez y nueve besos.

Podría aumentar el número de citas dejando hablar al poeta Dorat y á sus *Besos*; pero prefiero volver á mi desconocida, que, envuelta en seda, terciopelo y encajes, no me dejaba ver más que su boca.



Aquella boca, puesta como en un marco por el velo de arriba, y los dedos enguantados en negra cabritilla, en que apoyaba el labio, se ostentaba magnífica, voluptuosa, lasciva. Era grande, dibujada francamente, terminando con limpieza en sus extremos, en que aparecía un ligero bello rubio. Los labios gruesos, rojos, separados uno de otro, y algo levantado el superior, dejaban ver unos hermosos dientes blancos, sólidos y simétricos.

Sí, aquella era la boca que yo había deseado durante mucho tiempo. Había visto y conocido muchas; había amado muchas, y no había podido encontrar una como ella.

Aquella mujer se callaba, permaneciendo inmóvil, y sin embargo, la oía hablar, la comprendía: tal era su expresión y su vivacidad. Apretados los dientes por una especie de contracción nerviosa, imperceptibles pliegues á la extremidad de sus labios, y un conato de sonrisa que apenas se dibujaba, revelaban á la vez tristeza, admiración, duda y resolución. Se desea leer en los ojos, pero es la boca la que hay que estudiar. Una mujer desconfía de su mirada y se pone en guardia, olvidándose de decir á sus labios: « Permaneced impassibles, inertes. No os pongáis encendidos ni hagáis ninguna contracción, y sobre todo, conservadlos secos sin humedecerlos. »

Miré á mi desconocida, inmóvil como ella, apoyando el codo sobre la chimenea, imitando su postura.

También yo permanecía en silencio, imaginando quién podría ser, y encontrando una especie de satisfacción en mi duda y en mi ignorancia.

Lareine había dicho la verdad : aquella mujer no se parecía en nada á todas las demás que había encontrado en aquel sitio. Era menester que ella experimentara alguna cosa extraordinaria y rara, puesto que yo, que por lo general no pierdo el tiempo, sino que voy derecho á mi objeto, permanecí extático contemplándola, sin moverme.

De buena gana le hubiese dicho : « ¿Quién sois? ¿Qué venis á hacer aquí? ¿Qué buscáis? Os habéis equivocado, ¿no es verdad? ¿Creíais estar en otro sitio muy diferente? » Y sin embargo, vacilaba al ir á dirigirle la palabra, contentándome con mirarla siempre. Hubiera querido acercarme á ella lenta y dulcemente, para posar mis labios sobre los suyos tan magníficos, y no me atrevía. Aquella boca, que tenía tantos atractivos por su forma y su color, á pesar de su fría

y desdeñosa expresión, me intimidaba y me enloquecía en cierto modo.

A pesar de esto, comprendí muy pronto que era tonto y ridículo olvidar el sitio en que me encontraba y la situación de aquella mujer, que había ido allí para entregarse y venderse sin duda alguna.

De repente, y con un movimiento rápido, me adelanté para cogerla y atraerla hacia mí.

No pude conseguirlo : mi acción la había espantado, haciéndola retroceder instintivamente de una manera brusca.

Pero yo había ya avanzado demasiado en mi camino para detenerme. Me acerqué á ella, rodeando su talle con el brazo derecho, mientras que con la mano izquierda trataba de levantar su velo.

La mujer se defendía, haciendo violentos esfuerzos por desprenderse, murmurando oprimida, convulsa y calenturienta : « ¡ No, no ! ¡ Dejadme, dejadme ! ¡ Quiero irme ! ¡ Dejadme ! »

Mientras tenía lugar esta lucha, los encajes que cubrían su rostro se iban quitando poco á poco, dejando ver una frente joven y pura, unos cabellos rubios como el oro; ojos azules, rasgados y de mirar profundo, cejas arqueadas y pobladas de un bello más oscuro que el de sus cabellos, y que casi se juntaban; una nariz regular, recta, acentuada sin exageración, abierta y trémula. Pero, absorto en contemplar estos detalles, que apenas entreveía uno después de otro, se me escapaba el conjunto.

Sus nerviosos y robustos brazos, sus ágiles manos, y sus rápidos y bruscos movimientos, tuvieron ventaja sobre mí durante algún tiempo, consiguiendo desasirse, volverse á tapar el rostro con sus encajes y ponerse el abrigo, que medio se le había desprendido, dejando percibir un talle fino y flexibles y desarrolladas caderas.

Se aprovechó de su libertad para dirigirse hacia la puerta andando hacia atrás y haciendo frente para estar dispuesta á de-

fenderse, si todavía era atacada de nuevo.

Yo dejaba que hiciera lo que quisiera, porque estaba convencido de volverla á coger cuando me pareciera oportuno; además, ¿no estaba la puerta cerrada con llave por la parte exterior?

A la primera tentativa que hizo para abrir, lo comprendió todo y con voz suplicante que ella se esforzaba inútilmente por hacer aparecer firme, me dijo: « ¡Caballero, os pido perdón por haber venido aquí! Yo no conocía esto... y me creía más fuerte... si sois un hombre leal ayudadme á salir. » No, respondí. Me precio de ser caballero, pero depende de las circunstancias y de las personas que hacen un llamamiento á mis sentimientos caballerescos. Me conduciré como caballero galante, con una mujer que en algunas ocasiones traspase el límite de sus deberes. Pero bajo la influencia de ciertas excitaciones es muy difícil la caballerosidad; la renuncia y el sacrificio llegarían á la sublimidad y yo no me precio de ser

sublime. En la situación en que yo me encontraba, militaban muy buenas razones para decir : « Existen muchas mujeres que aunque están resueltas á sucumbir, empiezan siempre por defenderse, bien sea porque ellas esperen que haciéndose desear se las ha de amar más, ó bien porque la lucha es una necesidad de su organismo que las prepara al abandono, haciéndolas más voluptuosas. »

Por lo tanto, en lugar de obedecer, me acerqué á ella de nuevo. Arrimada junto á la puerta, no podía retroceder, ni huir. Le cogí las manos para impedir que me rechazase teniéndola sujeta contra mí, mis rodillas contra las suyas, mi pecho sobre el suyo y mis labios cerca de los suyos, murmurando : ¡ No, no ! No os dejaré marchar. Sois demasiado hermosa y os deseo, quien quiera que seáis.

Todavía resistió algún tiempo más ; me suplicó, irguió su cuerpo y retiró sus rodillas para huir el contacto de las mías, ha-

ciendo desesperados esfuerzos para retirarse : poco rato después, debilitada, rendida por la lucha que sostenía, calenturienta quizá como yo lo estaba, se colocó en postura natural, y me dijo con voz breve pero resuelta : ¡ Bueno, sea, concluyamos !

Y uniendo la acción á la palabra, se desprendió de mí alejándose de la puerta, se fué al medio del salón, y con aire vivo y nervioso, se quitó los guantes, dejó caer su abrigo y colocó su mano sobre los encajes del capuchón.

Por fin iba á ver el conjunto y abarcar en una sola mirada, todos sus rasgos, reuniendo todos los detalles de su rostro para formar un todo.

Mi esperanza duró muy poco ; en el momento en que se iba á quitar el velo que la cubría y en el cual esperaba lleno de curiosidad, se inclinó trémula y precipitadamente sobre la chimenea y antes de que se pudiera haber imaginado, apagó las dos bujías que nos alumbraban.

¿Qué hacer? ¿Qué decir? ¿Empezar á gritar, protestando y luchando de nuevo? ¿Retrasar la hora que parecía haber sonado por último? Me pareció que era preferible á pesar de la oscuridad, llegar al altar cuyo sitio conocía y esperar que la vestal llegase también á él para sacrificar á los dioses.

## XI

Si alguna lectora bastante espiritual y bastante curiosa para haberme seguido hasta aquí, se volviese temerosa ó un poco timorata desde este punto, se parase, preguntándose : « ¡A dónde va á parar, Dios mío! ¿A dónde va? ¿Debo continuar? ¿Me lo permite mi conciencia? » Yo le respondería : Creo señora, que vuestra conciencia os lo puede permitir todo. Lo que tengo que decir en este capítulo, no es lo que podéis presumir ni lo que podéis imaginar. Es

¿Qué hacer? ¿Qué decir? ¿Empezar á gritar, protestando y luchando de nuevo? ¿Retrasar la hora que parecía haber sonado por último? Me pareció que era preferible á pesar de la oscuridad, llegar al altar cuyo sitio conocía y esperar que la vestal llegase también á él para sacrificar á los dioses.

## XI

Si alguna lectora bastante espiritual y bastante curiosa para haberme seguido hasta aquí, se volviese temerosa ó un poco timorata desde este punto, se parase, preguntándose : « ¡A dónde va á parar, Dios mío! ¿A dónde va? ¿Debo continuar? ¿Me lo permite mi conciencia? » Yo le respondería : Creo señora, que vuestra conciencia os lo puede permitir todo. Lo que tengo que decir en este capítulo, no es lo que podéis presumir ni lo que podéis imaginar. Es

precisamente lo contrario. El lado material de mi cuento, se va á borrar en fuerza de debilitarse su imagen. La situación, que reconozco era un poco tirante, va ya á suavizarse. Bien pronto dejará de haber un movimiento que esté á la altura de las circunstancias.

Continúo, pues, señora, con ó sin vos, aunque probablemente me acompañaréis, puesto que ya os he tranquilizado.

Mi desconocida no tardó mucho en venir á buscarme donde yo la esperaba guiada en la oscuridad por mi voz que la llamaba y por mis manos que buscaban las suyas. Ella no dudaba ya y tomada su resolución de mujer enérgica, quería terminar de una manera brusca: « Terminemos » había dicho, y en efecto, lo que quería era concluir.

Pero yo no tenía tanta prisa como ella: al ser soltero, no tenía para entrar en mi casa los motivos que un marido ó un amante sin duda, debían imponerla. En esta casa

en que las aventuras y las sorpresas son muy raras y en que todas las mujeres se parecen un poco, si no en el rostro, al menos en sus costumbres y modales, la casualidad me había puesto en los brazos una criatura nueva, joven, admirablemente hermosa, misteriosa y extraña; el asilo era bien seguro; nadie ni nada amenazaba mi tranquilidad: puedo por lo tanto asegurar que, impulsado por mi egoísmo, sentía el deseo de aprovechar todo el tiempo posible de mi buena suerte, prolongando mi felicidad.

A esto puedo agregar el que esperaba pagar muy cara mi buena suerte, porque si la desconocida no lo exigía, Lareine estaba allí para explotar la situación y yo quería también aprovecharme de ella.

Por último, quizá existía aún otro motivo para no querer obrar bruscamente; la resistencia que me habían presentado, aquella larga lucha llena de esperanzas y decepciones, lo original de la aventura, me habían

impresionado vivamente. Los nervios tienen una sensibilidad extremada en todas las cosas; la variación atmosférica, una emoción viva, una repentina sorpresa, turban, hacen flaquear por un momento al más fuerte, y mucho más al que ya pasa por una persona exageradamente nerviosa. El doctor Charcot, que es muy entendido en esta materia, me ha dicho un día : « Sois una persona excepcional. »

La oscuridad ejercía también sobre mí una influencia desagradable. En lugar de ver con mis ojos, que es innegablemente la manera natural de ver, yo veía con la imaginación y con la memoria, lo cual es algo enojoso. También era preciso adivinar, puesto que aún no conocía por completo á mi compañera por su ocurrencia de apagar repentinamente las luces, precisamente en el momento en que yo miraba con más fijeza para conocerla mejor.

Bien sé que se me podría responder : Ahora la tenéis en vuestros brazos, sus

ropas, que hace un momento os molestaban tanto, no os estorban ya; os separa únicamente un último velo, que es de lo más ligero; no es necesario, por lo tanto, hacer un gran esfuerzo de imaginación para saber cómo es. El ciego sabe apreciar las líneas de un cuerpo, porque si bien es cierto que no ve, tiene á su disposición otro sentido, que en cierto modo reemplaza al que le falta.

Es verdad; ¿pero se puede emplear siempre? Lo mismo que una mujer se sustrae á una mirada curiosa envolviéndose en su velo, del mismo modo puede sustraerse á otras curiosidades más activas. Se defiende, se aleja, os coge las manos y os inutiliza los brazos, diciendo con voz suplicante: « ¡No! ¡no! ¡os lo suplico! » Se deja uno convencer por una especie de debilidad, y se despierta por lo tanto el temor de quedar más débil, entablado una nueva lucha; no hay más remedio, pues, como decía, sino buscar y adivinar con la mente,

que era la situación á que me veía reducido.

Adivinaba, ¿por qué no he de confesarlo? como consecuencia de algunas aproximaciones fortuitas, un pecho extenso, desarrollado, fuerte, levantado y firme, de sorprendente dureza; formas torneadas, cubiertas de carnes sin exageración, de hermosa morbidez; un cuerpo de mujer que había conservado sus contornos, su delicada finura y toda la rigidez del cuerpo de una niña.

Sí, adivinaba y sentía todo esto sin poseer nada. Aquella mujer, dispuesta á darse, no se entregaba: admitía el fin, pero no aceptaba los medios. Encontraba odioso todo aquello que un poeta llamaría premisas del amor. ¿Era aquello ignorancia ó honestidad?

Si era esto último, ¿qué hacía entonces en aquella casa? ¿Era ignorante? No. En mi vida errante y accidentada he encontrado algunas veces mujeres ignorantes: estas se admiran haciendo una exclamación; pero

mi desconocida no se admiraba, sino que con intención deliberada rehusaba el querer comprender y manifestar saber. Sí, su boca, que tanto me había entusiasmado y que estaba viendo, á pesar de la oscuridad, encendida, ardiente y provocativa, con sus blancos dientes, permanecía inanimada, inerte, cerrada, rechazando hasta un beso.

¡Ah! ¿valía la pena haber teorizado sobre el beso, describir sus voluptuosidades, evaluarlas en mucho, subiéndolas hasta las nubes para no poder probarlo?

Una boca cerrada es lo mismo que una carta, una botella lacrada, una flor cuyo perfume no se puede aspirar, una flor artificial ó marchita que da frío al acercarla á los labios.

Agotaba mis recursos para reanimarla y hacerla vivir. ¡Inútiles esfuerzos! Ante la resistencia de ciertas mujeres somos impotentes. Se dice que es posible ser dueño de una mujer por medio de la fuerza bruta, pero nunca se la podrá obligar á dar el

heseo que de ella depende y del cual es arbitraria. Podrá aguantarlo, pero no lo dará.

Entonces, puesto que me rehusaba lo que más prefiero en la mujer y puesto que desdeñaba los preliminares, me resolví á llegar á la terminación de la manera que ella quería.

Pero ¿ es fácil concluir cuando ha habido una mala explicación y cuando se ha perdido el hilo del discurso? ¿ Seríais capaces de exigir un buen discurso al orador que hubiese hecho un mal exordio? ¿ Aplaudiríais el desenlace de una obra, cuyos primeros actos os hubieran hecho mal efecto ó hubieran carecido de interés? No; la obra se hace insoportable, y viene la caída silbando al autor. Yo también merecía ser silbado como éste.

Si me tira la primera piedra cualquiera que no haya tenido una aventura tan desagradable, yo la recogeré para tirársela á mi vez, diciéndole: « Jamás has deseado á una mujer de una manera ardiente,

nunca has luchado con su resistencia, ni has amado nunca; no tienes sangre en las venas, ni tensión en tus nervios, ni nada en tu cerebro. Solamente los brutos son los que no experimentan nunca estas laxitudes; los seres inteligentes son los que están expuestos únicamente, en circunstancias excepcionales. Las mujeres de talento y de experiencia, saben comprenderlo y perdonan, esperando al día siguiente otra cosa mejor.»

Quizá mi desconocida carecía de experiencia y de talento, porque me empujó de repente dejándome desconcertado. No me atreví á retenerla, se desprendió de mis brazos y se lanzó en medio del cuarto.

Permanecí solo en mi sitio, silencioso, inmóvil, furioso contra ella y contra mí, y preparando algunas razones para demostrarla que estaba la razón de mi parte y que me debía la revancha.

Pero sin duda debí estarme reflexionando mucho tiempo, porque cuando iba á empezar á hablar se abrió la puerta.

Lareine acababa de entrar llamada por la campanilla. Su primera operación fué encender la luz, y mi asombro no tuvo límites al ver á mi desconocida dispuesta á salir con el abrigo puesto y cubierta con el capuchón lo mismo que estaba á su llegada. Había encontrado sus vestidos á pesar de la oscuridad, y mientras que yo preparaba mi discurso, ella se había vestido precipitadamente, sin duda con el deseo de huir de mí lo más pronto posible, como en efecto, hizo en el momento de ver la puerta abierta.

¿Cómo seguirla y alcanzarla? Bien lejos de prever una marcha tan brusca, estaba acostado tranquilamente en una desnudez decente.

## XII

Algunos minutos después encontré á Lareine en el descanso del piso principal.

— ¿Se ha marchado? le pregunté.

— Hace bastante rato. Parecía furiosa; ¿qué la habéis hecho?

— Yo nada, contesté bajando la cabeza. En seguida quise arreglar mi cuenta. Pero Lareine, que de ordinario se cuidaba mucho de este detalle, parecía dudar un poco turbada. Sin duda fluctuaba entre dos

sentimientos: por una parte el deseo natural de enriquecerse, y por otra la buena fe profesional que puede existir según se ha visto, por muy grande que sea la baja del oficio que se ejerce. El segundo sentimiento fué el que acabó por triunfar.

— Me veo muy apurada para contestaros, concluyó por decirme. Esa señora que había rehusado antes imponer sus condiciones, no ha querido tampoco oír después hablar de ellas. He tratado de retenerla, hacerla hablar para saber quién era, porque innegablemente sería un buen reclamo, y en lugar de responderme, se ha separado de mí de una manera brusca, bajando precipitadamente la escalera. Ya os había dicho que era una mujer extraordinaria.

¡Ya lo creo! yo lo sabía mucho mejor que ella, pero no me gustaba dar cuenta de mis asuntos á Lareine. Sobre todo, me habría disgustado mucho quedar como deudor de aquella desconocida, que había hecho su

oficio de cortesana sin entusiasmo, aunque es bien cierto que éste no se puede exigir; pero si ella rehusaba el pago por escrúpulos, yo debía hacerlo por delicadeza. Tampoco podía admitir que se faltase á las costumbres de la casa, porque hubiera sido yo el que faltaba á las mías. Mi amor propio me obligaba también á insistir en la cuestión de dinero, porque disminuía mi flaqueza á mis ojos; una mujer que se entrega, merece que se corresponda á su confianza; pero una mujer que se vende, no tiene derecho á exigir iguales atenciones.

— Tomad, dije á Lareine, poniéndole en la mano cincuenta luises, esto es para ella si la volvéis á ver, y si no para vos. Lo dejo á vuestra elección, porque esto no me importa.

Y me marché lo mismo que la otra sin querer escuchar nada.

Algunos momentos después, y cerca de la Plaza de la Opera, se me acercó un ami-

go que bajaba del Sporting y á quien no había visto en mucho tiempo.

— ¿De dónde venís? le pregunté.

— De Monte-Carlo, me dijo, en donde he estado quince días.

— Monte-Carlo, repetí, añadiendo con los dientes apretados : ¡ Ah ! Sí. La casa donde se pasa y falta.

Mi amigo no me comprendió, suponiendo que yo aludía al negro ó encarnado, par ó impar, pasa y falta de la ruleta.

## XIII

El deseo satisfecho nos hace con frecuencia ingratos y olvidadizos. Nuestros pensamientos y nuestras miradas se dirigen á un mismo punto, durante mucho tiempo, tomando distinta dirección desde el momento en que han llegado á él. Pero si el deseo ha sido excitado sin que se satisfaga y ha cabido precisión de pararse en la mitad del camino que se había de recorrer, el espíritu se inquieta, se irrita, y en lugar de olvidar, se acuerda demasiado. Estos re-

go que bajaba del Sporting y á quien no había visto en mucho tiempo.

— ¿De dónde venís? le pregunté.

— De Monte-Carlo, me dijo, en donde he estado quince días.

— Monte-Carlo, repetí, añadiendo con los dientes apretados : ¡ Ah ! Sí. La casa donde se pasa y falta.

Mi amigo no me comprendió, suponiendo que yo aludía al negro ó encarnado, par ó impar, pasa y falta de la ruleta.

## XIII

El deseo satisfecho nos hace con frecuencia ingratos y olvidadizos. Nuestros pensamientos y nuestras miradas se dirigen á un mismo punto, durante mucho tiempo, tomando distinta dirección desde el momento en que han llegado á él. Pero si el deseo ha sido excitado sin que se satisfaga y ha cabido precisión de pararse en la mitad del camino que se había de recorrer, el espíritu se inquieta, se irrita, y en lugar de olvidar, se acuerda demasiado. Estos re-

cuertos son mucho más vivos, cuando el camino era hermoso, sin presentar ningún obstáculo, y en lugar de recorrerlo hasta el fin, se ha caído de repente. El amor propio se interesa avergonzándose de aquella caída; sobre todo, cuando ésta tiene por testigo una compañera que también se ha visto obligada á pararse forzosamente sin haber llegado al punto para que se había puesto en marcha. Se trata de persuadirla, para que emprenda de nuevo el viaje y demostrarle que la caída ha sido por mero accidente, que un caso no constituye regla y que se tiene el pié seguro.

Con una compañera de pocos atractivos se sale del paso achacándole la culpa y diciendo : « ¡Qué queréis! Para no verla, miraba al cielo, estaba distraído, y es natural, me faltó pié. » Pero cuando es uno el caballero de alguna hermosa criatura, la vergüenza y el sentimiento se redoblan pensando que uno sólo es el culpable. Si ella no ha hecho todo lo que le era posible para

evitar el accidente; si os ha infundido valor con su palabra y su mirada en la etapa recorrida, llega con nosotros al término del viaje en que se encuentra la ciudad ó el oasis, mostrándose agradecida y entusiasmada. Algunas viajeras silenciosas, soñolientas, desgraciadas durante su camino una vez terminando éste, se levantan de buen humor, hablan con buen criterio dándoos las gracias calurosamente, por haberlas conducido al puerto y dándoos á entender que están dispuestas á emprender el viaje de nuevo.

El día siguiente al en que me sucedió esta desgraciada aventura, revoloteaban en mi mente, todavía turbada, aquellos recuerdos, cediendo el puesto á pensamientos menos sombríos.

¿A qué clase de la sociedad pertenecía aquella mujer? ¿Había venido á casa de Lareine, como otras muchas, para tratar simplemente de aumentar sus recursos ó llenar algún vacío en sus necesidades?

Esto no podía ser. Tan hermosa como era, joven, de admirables formas y aire distinguido, era posible que se hubiese visto precisada á acudir á un lugar tan feo para entregarse á un desconocido y descender á puesto tan bajo.

Al llegar aquí me detuve. ¡ Un desconocido! precisamente esto no es de despreciar, al contrario : con un desconocido no hay ningún compromiso porque no sabe quién sois, y quizá no os vuelva á ver nunca; pero si vuestra mala estrella hace que le encontréis alguna vez, con un poco de sangre fría y algo de audacia, no tardaréis mucho tiempo en dejar penetrar la duda en vuestro espíritu. ¿Os atreveréis á jurar á pesar de vuestras sospechas, que aquella mujer que creéis reconocer es la que apenas pudisteis apreciar en una entrevista?

Basada en estas consideraciones, fué á casa de Lareine sin temer por su reputación, y sacando provecho para su bolsillo.

No, y mil veces no, no habia pedido nada ni nada habia aceptado. Hace un momento que hablaba de sus escrúpulos como consecuencia de lo que habia pasado ó por mejor decir, por lo que no habia pasado entre nosotros, y hablaba sin convicción. Para que se manifiesten tales escrúpulos, es necesario que se presenten circunstancias, excepcionales, como por ejemplo, en el caso de la bella marquesa de...

Se presenta un día en casa de Lareine con la frente levantada, con el aplomo de una mujer que está decidida á todo, y con el tono de una gran señora, tanto más arrogante, cuanto más falsa es la posición en que se encuentra :

« Amiga mía, tengo necesidad de diez mil francos. No quiero pedirselos á mi marido ni á mis amigos y mucho menos á mi amante. ¿Conocéis á alguno que pueda dárme los? Es caro, pero bien lo valgo. Mirad.»

Levanta el velo, y Lareine queda convencida de que la Marquesa, á pesar de sus

treinta y cinco años, es una mujer superior.

— Buscaré; volved mañana, responde, porque nunca duda de nada, y tiene por principio no desilusionar á nadie.

Busca en efecto, y piensa en un general que murió después de una manera misteriosa, y sabe arreglárselas muy bien, cuando se trata de una mujer hermosa. Aunque busca las primicias, las auroras, el sol saliente, no desdeña por esto una hermosa puesta de sol, rodeada de púrpura, ardiente y de esplendoroso matiz. Su debilidad principal es la mujer de clase, y no retrocede ante ninguna locura para satisfacer sus caprichos.

La cita está ya dada. Lareine pone enfrente uno de otro, al general y á la Marquesa, que apenas se han mirado, se precitan mutuamente en sus brazos. Acaban de reconocerse. Se habían amado cuando eran solteros, y aun las familias se habían opuesto á que se casasen á pesar de sus súplicas

y su desesperación. Después, las circunstancias han impedido el que se encuentren para reunirlos por último en casa de Lareine.

Ésta les ha cedido su mejor cuarto para que puedan más cómodamente resucitar el pasado. En éste han vivido olvidando la cuestión de dinero que habría marchitado sus queridos recuerdos y borrado sus primeros amores.

Mi desconocida no había encontrado en mí su prometido esposo, ni su amor primero, y por lo tanto, había motivo bastante para quedar admirado por su desinterés.

Por otra parte, mientras más pensaba en ello, más convencido quedaba de que no había obedecido á un pensamiento venal: su manera de ser, sus vacilaciones, su resistencia, todo me lo decía. Cuando una mujer ha tenido bastante audacia y valor para presentarse en casa de Lareine, hablarla y aceptar el ponerse en contacto con un desconocido, está dado el paso principal, no

hay lugar á temores retrospectivos y va hasta lo último con igual cinismo.

Entonces, ¿qué razón la había impulsado á aquel extremo?

¿Era acaso víctima de una equivocación, de una casualidad impensada, como sucedió á cierta baronesa muy miope, muy aturdida, que se hizo célebre por sus distracciones. Buscaba habitación en el barrio de la Chaussée d'Antin. Se le figuró ver el anuncio en la puerta de una casa de bastante buena apariencia y parecida á las demás. Entra en busca del portero que no encuentra y sube hasta el entre-suelo en donde se abren varias puertas: una señora, dos, tres señoras se presentan. La una está vestida de seda, la otra tiene puesto un peinador rosa y la tercera no tiene nada, pero es tan miope la baronesa...

— ¿Qué deseáis? le preguntan.

— Quisiera ver el piso que se alquila.

La más joven y más bromista de las tres

entreve una aventura que podrá distraer por un momento su enrejada existencia, hace seña á sus compañeras de que se callen, ocultan sus sonrisas y dirigiéndose á la visitadora, dice:

— Precisamente es aquí, señora. Voy á tener el gusto de enseñárosle. Tened la bondad de seguirme.

Y después, abriendo una puerta á la derecha...

— Este es el salón en que la señora suele estar de ordinario con sus pasantas, que en este momento han salido.

— ¿Cómo sus pasantas? dice la inocente baronesa. ¿Estamos en algún colegio?

— Sí señora, en un colegio de señoritas ya crecidas que se preparan á sufrir sus exámenes de licenciadas.

— ¡Ah! ¿entonces será grande el cuarto?

— Mucho; podéis verlo. Este es un departamento destinado á los examinadores. Aquí es donde consultan con la señora sobre las aptitudes de las discípulas: después

pasan al gran salón de estudio. ¿Queréis entrar?

— Con mucho gusto. ¡Hermoso mobiliario para salón de estudio! Piano, diván, espejos y más espejos; pero no veo mesa, ni libros.

— Es porque en esta sala únicamente tiene lugar el examen. Se sientan á lo largo de la pared una junto á otra en el divan y después se va á otro cuarto á donde llama á la discípula que le ha parecido más instruída para examinarla de cerca.

— Comprendo. ¡Qué oscuro está esto! ¿Tenéis las persianas corridas siempre?

— Sí señora, siempre. Les podría ocurrir á algunas señoritas asomarse á la ventana y comprenderéis... la moral. Aquí no puede jugarse con ella.

— Os felicito por ello : ¿podéis enseñarme las demás habitaciones?

— En este momento es difícil, porque se están realizando algunos exámenes.

— No quiero molestar á nadie, volveré.

Al llegar á este punto estaban ya reunidas casi todas las colegialas, con los cabellos sueltos y cada vez menos vestidas, ahogando sus risas y acompañando hasta la puerta á la señora abrumándola de saludos á que ésta contestaba agradecida, de una manera muy afectuosa.

Aquella noche, estando en familia, habló de los cuartos que habia visitado durante el día. Entre otros varios habia encontrado muy á propósito uno que recomendó á su yerno para que fuera á verle y dar su parecer.

— Con mucho gusto ; ¿cuáles son las señas?

— Calle... núm...

— ¿Qué decís?

— Si, he dicho bien y he guardado las señas en mi tarjetero.

— ¿Habéis visitado un cuarto en la calle de... núm...?

— Seguramente, ¿qué tiene eso de particular? estará muy pronto desocupado;

ahora está alquilado por jóvenes señoritas que están preparándose para recibir sus correspondientes exámenes.

— ¿Y habéis visto á esas jóvenes ?

— Ya lo creo, y me han hecho los honores de la casa con mucha atención.

— ¡Ah! querida suegra, no se puede ser miope, distraída y de buena fe hasta ese punto. No visitéis más cuartos, os lo suplico.

Pero mi desconocida no podía haber cometido una equivocación de este género. No se buscan cuartos á las once de la noche ni se apagan las luces para visitarlos mejor.

Era necesario que hubiera otras causas, otras razones, para explicar su conducta. ¿Sería acaso una curiosidad mal entendida por verlo todo y conocerlo todo?

¡Oh! la mujer capaz de semejante aberración no tiene aquel pudor ni aquellas reticencias de que fui víctima. Son demasiado expertas para no comprender que su reserva puede empedirlas el enterarse por com-

pleto, y que si quieren satisfacer su curiosidad, en lugar de permanecer silenciosas y tener la boca cerrada como mi desconocida, deben preguntar. Con tener un poco de paciencia se conocen al momento esas locas investigadoras del misterio; es muy fácil no dejarse sorprender por su aire de inocencia y su mirar modesto. Se sabe descubrir en su profunda mirada ciertos destellos y ciertos fulgores que las hacen traición, sin que tengan ninguna analogía con los síntomas de una pasión. En los grandes ojos azules de mi desconocida, que solamente ví un momento, no había podido leer más que la vacilación y el espanto.

¿Era una mujer de clase, como decía La-reine? Algunos detalles y mil indicios me lo indicaban, y hasta llegué por un instante á decirme bajo, muy bajo, por el temor de oirme: « ¡Esta es una mujer honrada! » Sin embargo, había hablado lo bastante alto para escucharme, y se sublevó mi razón. ¡Honrada! no puede ser. ¿A qué sen-

timiento ó á qué pasión ha obedecido?  
¿ qué es lo que puede disculparla?

¿ El deseo de vengarse de una infidelidad ó de una traición?

¡ No! ¡ no! eso no puede ser. Se habría presentado más resuelta, y su misma cólera le habría prestado el valor de que carecía. Por otra parte, una mujer que se venga se entrega sin reserva para que la venganza sea completa y más refinada.

De todo este cúmulo de ideas que iba rechazando una á una, surgió otra que me pareció más aceptable y más probable.

Por algún interés cualquiera, para retener á su lado una persona querida ó quizá para obtener una fortuna, defraudar algunos herederos, aquella mujer necesitaba un hijo, que ni su marido ni su amante le habían dado, y había venido secretamente á buscarle en aquella casa. De este modo no tenía cómplices, y si llegaba á ser madre no podría desconocerse aquel hijo.

Esto debe ser, se ve claramente: « ¡ He

encontrado! » me decía, y algunos momentos después, cuando ciertos recuerdos se agolpaban á mi imaginación, exclamaba: « No, todavía no lo he encontrado, lo que hago es aproximarme. »

Pero de todo esto resultaba una verdad absoluta: mi desconocida atormentaba mi espíritu de una manera pertinaz.



A muy poco tiempo no existía en mí más deseo que el de buscarla, es decir, buscar su boca, porque su rostro me habría sido verdaderamente difícil reconocerlo.

Por todas partes buscaba aquella boca que huía: tomaba informes en todas partes, y á poco más hubiera sido capaz de poner carteles y pregonarla á son de clarín.

La buscaba en la alta sociedad, en la clase media, en todas partes, en la calle, en

las tiendas, en el teatro, en las reuniones, en el Bois.

Y no contento con buscar por mí mismo, encargué á varios amigos que buscaran conmigo el objeto perdido.

— Cuando encontréis, les decía yo, en un rostro rodeado de encaje, una boca un poco grande, de labios rojos, salientes, gruesos por abajo y un poco remangado é de arriba, con un poco de vello en su extremidad, una boca apetitosa é incitante hasta lo imposible, hacedme el obsequio de trabar conocimiento con la propietaria, averiguando su nombre y su domicilio, y venid á decírmelo. Tendréis una recompensa decente: comeremos con mujeres en casa de Verdier.

Seducidos por esta promesa y quizá mas aún por mis entusiastas descripciones, mis amigos se pusieron en movimiento después de hacerme algunas observaciones.

— Sería mucho más fácil que la encontrásemos, si nos diéser algunos informes

de los que están al lado, como se dice en la ruleta. ¿Cómo es la nariz?

— Correcta, es todo cuanto puedo decir. Me es imposible acordarme de su forma, y únicamente sé que tiene las fosas nasales bastante abiertas, muy dilatadas, palpitan-tes. Pero la boca...

— Dejemos á un lado la boca. ¿Cómo son los ojos?

— Azules y grandes.

— De tierno mirar, indudablemente.

— Puede ser, pero no lo sé. En cuanto á la boca...

— ¿Y el cabello?

— Rubio, á no ser que...

— ¿Sea negro?

— No, no. Sólo que como comprendéis...

— Sí, la boca, ya lo sabemos. Muy poca cosa son estas indicaciones, pero en fin, se hará lo posible. Si se obtiene buen éxito, ¿cuántas mujeres habrá en la comida?

— Las que queráis; vosotros las llevaréis.

— Muy bien. Vamos á revolverlo todo.

Y lo hicieron tan bien que al cabo de una semana me daban las señas de doce bocas que convenían con mis señas.

Fuí á verlas á sitios públicos ó á domicilio.

No era aquello. Unas eran mucho más pequeñas y otras mucho más grandes, no encontraba la medida exacta que yo había tomado, primeramente con mi vista y después con mis labios. La una era roja, pero de un rojo que únicamente se encuentra en la perfumería; la otra enseñaba unos dientes perfectamente alineados, muy limpios, demasiado nacarados, pero en último término insignificantes y que no decían nada, y la última era una boca austriaca, á lo María Antonieta, que no se parecía á aquella más que en la parte inferior: el labio superior no tenía nada de aquel encanto que me había fascinado.

Debo hacer la justicia de confesar que todas eran hermosas en demasia, pero no

tenían animación, les faltaba originalidad y les faltaba carácter.

Para concluir; aquello no era mi boca, mejor dicho la suya: no hay que confundirse. Y en efecto, no hay lugar para hacerlo, puesto que desgraciadamente están muy separadas.

Mis amigos no estaban muy conformes, protestando de mi mala voluntad y de mi mala fe.

Todos pretendían haber ganado mi ofrecimiento, y no hubo más remedio que darles la comida, á la cual llevaron todas aquellas bocas que habían encontrado, las cuales comieron con un apetito feroz como en venganza de mis desdenes. Hacían bien.

A pesar de la repugnancia que sentía en volver á visitar los lugares que habían sido testigos de mi derrota, cedi en obsequio al interés que tenía en mis investigaciones, y fui á casa de Lareine.

Todo me decía que mi desconocida no había vuelto por allí, y sin embargo quise

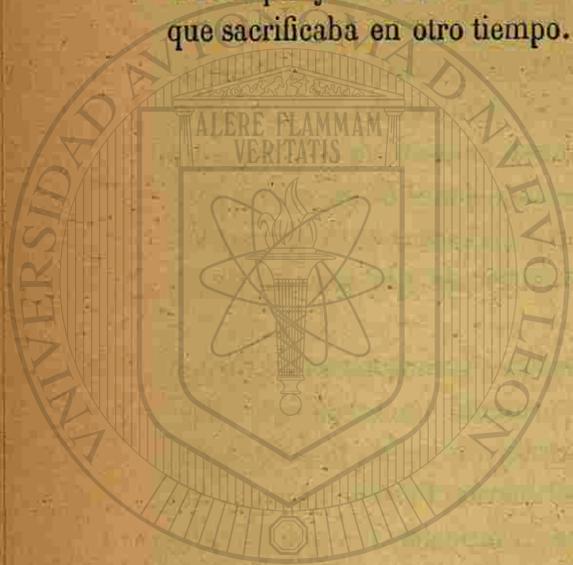
tocar este resorte para asegurarme de ello.

Así era, en efecto; Lareine me lo aseguró, y no tenía ningún interés en engañarme: al contrario, manifestó un vivo sentimiento por su equivocación, al suponer que su hermosa pensionista de una hora dominaría las emociones de su primer debut, y volvería á la escena para dar una serie de representaciones que habrían tenido buen éxito.

Para consolarse y consolarme al mismo tiempo, me presentó un verdadero muestrario de extranjeras recién llegadas y parisienses casi nuevas. Pero se parecían tan poco á la que yo buscaba, le eran tan inferiores, que emprendí la marcha precipitadamente para no volver jamás.

Y esto debía suceder: la guardiana del templo cometió un día la imprudencia de enseñarme su ídolo más bello. Quedé desvanecido y le adoré. Pero la diosa, insensible á mi culto o encontrando insuficientes mis ofrendas, rehusaba presentarse de

nuevo. No tenía más remedio que desertar del templo y mirar con desdén á los ídolos que sacrificaba en otro tiempo.



## XV

Todo el invierno lo pasé en vanas investigaciones.

Al llegar la primavera, no busqué más, porque cansado renuncié á ello. ¿Era posible pasarme la vida buscando una boca que se ocultaba con tanta habilidad? Lo mejor era confiar en la casualidad que algunas veces me ha protegido.

Pero llegó el verano y perdí por completo la esperanza y la confianza que había tenido.

Sin embargo, debo manifestar que á pesar del mal éxito de mis gestiones, no estaba completamente descorazonado el día en que me decidí á marcharme de París, después de convencerme de que no era posible vivir allí y de ver que todos mis amigos habían emigrado.

¿A qué punto me dirigiría? ¿A dónde iba? ¿A los baños de mar? Trouville y Dieppe me hacían recordar la famosa frase: « No hay asiento, los hoteles están llenos de bote en bote ». ¿A Suiza? Eso está lejos, hace frío y llueve mucho; las camas son pequeñas; los ingleses abundan y las mujeres tienen un encarnado muy subido. Dudaba y vacilaba cuando acerté á mirar unos grandes carteles en que se anunciaba la inauguración del Casino de Luchón.

Conozco esta estación veraniega por haber estado allí muchas veces. Está asentada en un valle encantador, rodeada de verde follaje y bañada por torrentes, lagos y bienhechores manantiales, dominada por

altas montañas de nevada cúspide. Me acordaba de mis paseos á pié por el valle, á caballo por la montaña, en coche por el camino del Portillón y de Pont-du-Roy, esos dos Monte-Carlo en miniatura. Me parecía ver todavía las alamedas d'Etigny, más animadas en ciertas horas que nuestros boulevards, con sus cabalgatas, sus amazonas, sus guías de pintoresco traje, sus restaurants, sus cafés descubiertos y su vida llena de libertad. Es una mansión deliciosa, un maravilloso país en que después de París se encuentran los días demasiado cortos.

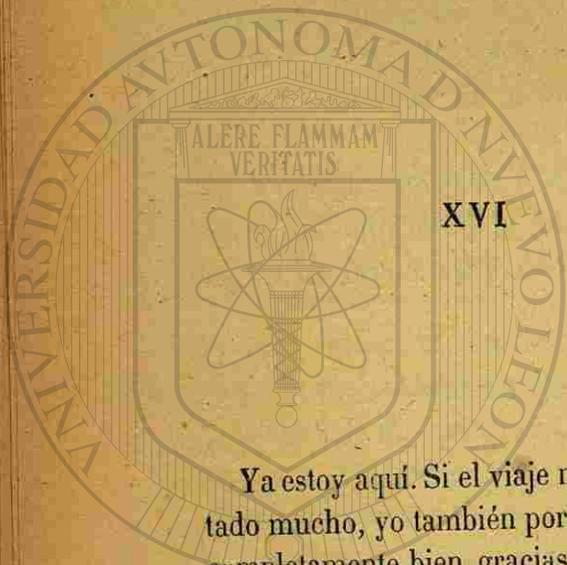
Sí, pero en cambio las noches se hacen muy largas. Luchón carece de puntos de reunión. Después del concierto público, no se sabe qué hacer ya á las ocho y media; es necesario volverse al hotel y acostarse. Bien es verdad que un poco más allá, en un recodo de la Alameda d'Etigny existe un establecimiento llamado el Gran-Círculo, muy frecuentado por los banistas y las bañistas, un círculo para hombres y mujeres,

una especie de palomar como nosotros decimos. Pero aunque es muy cierto que yo no desdeño de hacer una partida en mi club en compañía de mis compañeros y de mis amigos, en cambio tengo horror á jugar con extranjeros y sobre todo con extranjeras. Con esto quiero decir que para mí estaba de más el Gran-Círculo y que me veía obligado á acostarme : este recuerdo me hacía un poco reservado respecto de Luchón, á pesar de sus grandes méritos.

El anuncio que acababa de leer me había, con los informes que suministraba, abierto nuevos horizontes. En todas partes se contaban maravillas del nuevo Casino : verdadero palacio, con grandes salas de lectura, conversación, espectáculos, baile y concierto, parque, restaurant de primer orden y fiestas de día y de noche. La mayor parte de mis amigos que habían desertado de este país por las mismas razones que yo, volvían á elegirle de nuevo para pasar una temporada. Me dijeron también

que había muchas señoras de lo más aristocrático y de lo más hermosas que se dignaban poner en moda el Casino, convirtiendo á Luchón en un verdadero paraíso de Mahoma.

Estas últimas indicaciones debían decirme ; en efecto, el 20 de Julio abandoné el infierno parisién para entrar en el paraíso.



Ya estoy aquí. Si el viaje no os ha molestado mucho, yo también por mi parte estoy completamente bien, gracias á la costumbre que tengo de dividir en dos partes el camino : salí de París á las ocho y cuarenta y cinco minutos de la mañana y comí en Burdeos, donde dormí aquella noche para volverme á poner en marcha al día siguiente y llegar á Luchón á eso de las tres de la tarde.

Tengo una verdadera complacencia al convencerme en el momento de mi llega-

da de que los edictos del antiguo alcalde Mr. Tron, han sido respetados por su sucesor el doctor Azemar. Gracias á un bien redactado reglamento que, según me parece, no existe en ningún otro país; el viajero, en lugar de verse molestado desde su entrada en la estación por los gritos de los cocheros, comisionados, mozos de hotel, asaltado por los corredores de la localidad, transportado, metido algunas veces por fuerza en un ómnibus como si fuera una maleta, no escucha ningún ruido ni viene á ser la víctima de ningún importuno, escapándose de la plaga que sobre él cae en otros puntos.

Un gran silencio reina en todas partes. Nadie se mueve. Se diría que los naturales de Luchón son de cera ó de palo. Colocados en línea como los soldados en día de parada, á lo largo de la acera, vigilados por dos agentes de órden público que no tienen complacencias, llevan en la mano á guisa de fusil una especie de percha en la que remata un letrero en que se lee : « Hotel de

Inglaterra, de los Baños, de los Principes, de España, del Parque, del Casino, Riche-lieu, Socarón; hoteles y cuartos para al-quilar; landós, cestos, caballos y borricos á precios arreglados; *cure du petit-lait*, etc.»

El recién llegado puede sin ser objeto de ninguna presión, de ninguna violencia, mirar, inspeccionar á su antojo, y escoger á su gusto. Desde los primeros pasos se sienten uno favorablemente dispuesto para juzgar una población que recibe de esa manera tan discreta.

Un coche me esperaba para conducirme con mi equipaje al hotel Socarón, enviado por el director general de la compañía ar-rendadora de las Aguas de Luchón, S... de B..., á quien telegráficamente había partici-pado mi llegada. Digno de atención es este tipo parisién del Mediodía ó meridional de París, tan conocido de todos los *club-men*, y principalmente de los jugadores. De carác-ter dulce y á la vez violento, sencillo y pers-picaz, generoso hasta el exceso, y econó

mico algo más que lo razonable, pero siem-pre bueno y servicial; gran tallador de banca, cuya manía consiste en jugar en su casa, en el círculo que había creado, en el casino que él había fundado. Lo más fre-cuente es que pierda, comiéndose de un modo lo que gana de otro, y fundar inme-diatamente una nueva casa con la esperanza de que la suerte le será más propicia en el nuevo inmueble. De esta manera, y gracias á su manía, agradable para los demás y dura para él, tenemos los casinos de Lu-chón, Biarritz, Niza y uno de los más re-creativos de París.

La habitación que me había reservado en el piso principal de la alameda de Etigny era muy bonita.

En muy poco tiempo abrió las maletas mi ayuda de cámara, arreglando mis tra-jes y colocando en su sitio todos los obje-tos de tocador.

A las cinco de la tarde atravesaba la ala-meda de Etigny, yendo á sentarme delante

de una de las mesas de Arnative para adquirir noticias.

Cuando uno es individuo de gran número de círculos de París como yo lo soy, puede estar seguro de que en Luchón y á fin de Julio ha de encontrar algún compañero ó algún amigo. Esto es precisamente lo que me sucedió; á muy poco rato éramos ya cuatro alrededor de la mesa, fumando, riendo y murmurando del prójimo y de las prójimas. Al concluir el primer cigarro sabía ya los nombres de los principales bañistas y de las más hermosas bañistas, y al encender el segundo estaba al corriente de la aventura de la víspera, de la del día y de la probable para el siguiente.

Además, desde el sitio en que nos encontrábamos, se ve de cinco á seis de la tarde desfilan todo Luchón que á pié, á caballo ó en coche, vuelve de sus paseos á las cercanías ó á la montaña; de esta manera vi aparecer una después de otra infinidad de mujeres de posición y de clase.

En un cesto iba la señora C..., mujer morena que se hacía notar el invierno pasado en la Opera por su exagerada manera de llevar el descote. Pero está delgada tan en alto grado, que su más íntima amiga decía últimamente: « Ella lo enseña todo, pero no deja ver nada. »

Jinete en un hermoso caballo, volvía del valle de Lis una baronesa célebre entre todas las baronesas, la primera en la tribu de Israel por su fortuna, por su talento, sus encantos y artísticos gustos. De talle adorable y flexible, ojos seductores como existen muy pocos en el mundo, tiernos, resueltos, llenos de castidad, sencillos y coquetones; tez de rubia y hermosos cabellos negros. Para las gentes que saben contar, debe estar algo próxima á los cuarenta, pero con ella no se puede contar; siempre se supone que tiene veinte años, que es lo que representa. Los tiene y los tendrá mucho tiempo; pues así lo desea.

También va á caballo la señorita C...,

natural de Namur, rubia, pequeñita, fina, delgada, muy joven y muy soñadora. ¿Con qué sueña? Sin duda con algún príncipe encantado de cuento de hadas.

En un cesto va también la condesa de B..., apellido ilustre, gran notabilidad, gran influencia, que sirve á sus amigos; gran talento en escultura, gran talento en música, gran escultora, y sobre todo gran belleza, simpática y muy amada de todo el mundo.

La señora Z... pasa en landó; más bien que mujer de clase es un comparsa de la clase principal, en que se ha introducido poco á poco á fuerza de talento y por la recomendación de un hombre de arraigo que la quería bien á cambio de alguna revancha.

No carece de originalidad su cara, gracias á una nariz respingada de tal manera, que parece mirar al cielo queriendo echar á volar. Una mala lengua decía de ella que: « Cuando hacía mal tiempo, se debía constiparse el cerebro la pobre señora Z... La lluvia le cae perpendicularmente en las fo-

sas nasales : son una especie de goteras. » Sea así; pero los conocedores aprecian mucho las goteras de aquella nariz.

Artistas dramáticas había muchas : á pié, llevando de una mano su hermoso niño, y en la otra un Molière, caminaba la señorita B..., de la Comedia Francesa. En su físico es todo encantos, pasando por tener muchos, y teniéndolos en realidad; su parte moral es completa, porque posee una gran sencillez y una verdadera modestia. Como talento, es una artista notable; para resumir, es el tipo de la seducción.

— ¡ Ahí va Domenil! dice de repente uno de mis amigos, indicando una amazona que galopaba por la alameda.

— ¡ Domenil! repetí. Os equivocáis, amigo mio; esa amazona es muy hermosa, pero no se parece en nada á Domenil, á quien conozco mucho.

— ¿ Conocéis á la verdadera Domenil? me respondió. Esta es la falsa.

— ¿ Tiene el mismo nombre que la otra?

— Lo ha tomado para darse á conocer. Esto no tiene ya nada de particular, y la verdad es que produce su efecto, porque si no os hubiese dicho su nombre seguramente no la habríais mirado, ni me pediríais noticias de ella.

Acababa de pararse muy cerca de nosotros un magnífico landó á la Daumont con cuatro caballos soberbiamente enjaezados. Dos personas estaban sentadas en él : un hombre de unos treinta años, mediana estatura, robusta apariencia y bien formado, de morena tez y facciones correctas, ojos vivos, pobladas cejas, abundantes cabellos y negra barba muy cuidada y muy limpia á la cual acariciaba con cariño. Su traje era elegante ; pero de una elegancia de provincia.

A su lado había una mujer que parecía joven, porque el velo que la ocultaba no dejaba apreciar los detalles.

— ¡ Calla ! Los condes de X..., dijo uno de los que conmigo estaban.

El nombre meridional que habían pronunciado no me decía nada.

Era posible que lo hubiese oído ; pero no le recordaba.

— Vienen de Saint-Mamet á donde se fueron á almorzar esta mañana, dijo Gastón de B..., joven Tolonés, que se pasa la vida en París y á quien trato con mucha intimidad : os dejo un momento, voy á saludarlos.

Y se levantó acercándose al coche.

Yo que no conocia al Conde ni á la Condesa, permanecí en mi sitio y con la espalda vuelta hacia ellos continué mi conversación.

Transcurridos algunos momentos, se acercó Gastón á la mesa, y llevándome aparte me dijo :

— Amigo mío ; he hablado de vuestra llegada, y el conde X..., que conoce vuestro nombre, quisiera conoceros más. ¿ Queréis que os lo presente ? En seguida os presentará á su mujer, que os advierto es una mujer adorable.

— Con mucho gusto, dije levantándome y dirigiéndome hacia el carruaje con Gastón de B... Un estremecimiento nervioso sacudió repentinamente todo mi ser.

La condesa tenía levantado el velo á medias y pude ver entonces unos labios gruesos, rojos, entreabiertos para dejar ver unos blanquísimos dientes... que me hicieron creer eran de la boca que buscaba hacía tanto tiempo.

Pero, indudablemente me equivocaba; aquella malhadada boca que había embargado mi imaginación tan pertinazmente me perseguía en todas partes creyendo verla.

Sin embargo, á medida que me aproximaba, decía para mí: «¡Es ella! ¡Es ella! En todo el mundo no hay dos como esa.»

Al mismo tiempo me pareció que la Condesa había hecho un brusco movimiento en el momento en que me apercibí. Había llevado su mano al velo como si quisiera

bajarle más, defendiéndose y ocultándose de mis miradas.

Pero seguí también equivocándome entonces, aunque quizás pudo ser muy bien, que á aquel primer movimiento impensado le sucedió otro más reflexivo: después de haber cogido el velo para bajarlo, aquella misma mano acababa de levantarlo bruscamente y por completo, dejando descubierto su hermoso rostro.

Entonces pude ver aquella hermosa cabeza de correctas líneas adornada de abundante y sedoso cabello y el perfil de su rostro de perfectos detalles.

Creía reconocerlos y recordarlos: los mismos cabellos, de un rubio subido, recogido en magníficas trenzas por detrás; los mismos ojos rasgados, de mirar profundo y grandes ojeras; las arqueadas cejas, que casi se juntaban; nariz recta, acentuada; y aquellas fosas nasales. Había entrevisto cada una de estas perfecciones separadamente una después de otra, y volvía á verlas

clara y distintamente esta vez, reunidas, en conjunto.

¡Ah! Sin duda era juguete de alguna alucinación. Soñaba despierto persiguiendo mi quimera y me imaginaba haber encontrado, no solamente mi boca, sino que también creía renocer la nariz, los ojos y los cabellos, que formaban su cortejo.

## XVII

El conde de X..., que había mandado parar el coche delante del hotel Arnative para hacer algunas preguntas al dueño que era una de las celebridades de Luchón, se bajó del carruaje en el momento en que vió que nos aproximábamos Gastón de B... y yo, para venir á nuestro encuentro.

Al hacer la presentación estuvo atento hasta la saciedad. Tenía una palabra fácil y fecunda, expresándose con el calor de las personas del Mediodía, y cierta gracia y

atractivo que solamente poseen las personas de buena posición. Con mis costumbres de parisién, reservado por educación, por sistema más bien que por temperamento, yo no habría respondido con mucho calor á sus atenciones, si no hubiera visto detrás de él á su mujer. Pero se trataba de llegar hasta ella lo más pronto posible, y violentando por política mi costumbre, me manifesté expansivo y meridional hasta la exageración.

Mi táctica tuvo buen éxito, porque á muy poco rato escuché las deseadas palabras :

— Permitidme que os presente á la Condesa.

— ¡No faltaba más! me apresuré á responder, yo soy quien os lo suplica.

Acompañado de mi introductor me adelanté hacia la señora de X..., cuyo rostro permanecía descubierto, mirándome con franqueza, con sus grandes ojos azules y la sonrisa en los labios.

Había tenido tiempo para reponerme.

Saludé respetuosamente, pronunciando algunas frases insignificantes sin que mi voz, según pienso, manifestase ninguna emoción. La suya estaba también tranquila sin que tratase de ocultarla. Pero mi mente sobreexcitada, turbada por mi ensueño, creía haber oído ya aquella voz de timbre angelical. Sí, esa era la misma voz y el mismo acento que en otro tiempo había murmurado á mi oído: « ¡Dejadme, caballero! ¡Dejadme! Me he equivocado... me creía más fuerte. ¡Si sois un hombre decente, ayudadme á salir! »

¡Qué locura!

La conversación se hizo general. El Conde, Gastón y yo, de pié, apoyados en las portezuelas del coche, hablábamos con la señora de X..., que permanecía recostada en el landó.

Primeramente se habló de Luchón, de sus placeres, de un baile que se iba á verificar aquella misma noche en el nuevo Casino, de las ascensiones proyectadas y de

las ya realizadas. Se decía que la Condesa era notable en estos ejercicios, y que subía con más facilidad á la Maladetta que nosotros podríamos hacerlo á las alturas de Montmartre.

Después hablamos de París.

— Generalmente vivimos en nuestra casa de Tolosa, y en nuestras tierras, que están muy próximas, me dijo el Conde, pero todos los años hacemos un viaje á París. El invierno pasado estuvimos allí tres meses.

Dirigi mi vista de una manera discreta sobre la Condesa, y me pareció notar que se encendía algo su rostro. Sin embargo, un imprudente rayo de sol se proyectaba entonces sobre sus mejillas, y era muy fácil que hubiese contundido el rubor con un simple efecto de luz.

Por último, el Conde subió al carruaje, haciéndome prometerle que iría por la noche al baile del Casino, y estrechándome con efusión la mano desapareció acompañado de su mujer.

## XVIII

— Iremos á reuniones con nuestros amigos, me dijo Gastón de X..., cuando estuvimos solos.

— Si no tenéis ningún inconveniente en ello, respondí, daremos primero un paseo. Cuando se ha estado dos días de viaje en ferrocarril se encuentra muy agradable el pasear.

— Estoy á vuestras órdenes, querido amigo, me respondió.

Estaba impaciente por saber noticias de

las ya realizadas. Se decía que la Condesa era notable en estos ejercicios, y que subía con más facilidad á la Maladetta que nosotros podríamos hacerlo á las alturas de Montmartre.

Después hablamos de París.

— Generalmente vivimos en nuestra casa de Tolosa, y en nuestras tierras, que están muy próximas, me dijo el Conde, pero todos los años hacemos un viaje á París. El invierno pasado estuvimos allí tres meses.

Dirigi mi vista de una manera discreta sobre la Condesa, y me pareció notar que se encendía algo su rostro. Sin embargo, un imprudente rayo de sol se proyectaba entonces sobre sus mejillas, y era muy fácil que hubiese contundido el rubor con un simple efecto de luz.

Por último, el Conde subió al carruaje, haciéndome prometerle que iría por la noche al baile del Casino, y estrechándome con efusión la mano desapareció acompañado de su mujer.

## XVIII

— Iremos á reuniones con nuestros amigos, me dijo Gastón de X..., cuando estuvimos solos.

— Si no tenéis ningún inconveniente en ello, respondí, daremos primero un paseo. Cuando se ha estado dos días de viaje en ferrocarril se encuentra muy agradable el pasear.

— Estoy á vuestras órdenes, querido amigo, me respondió.

Estaba impaciente por saber noticias de

la Condesa, y esta era la razón que tenía para querer estar sólo con él, que se adelantó á mis deseos diciéndome de repente :

— Vamos, ¿qué tal encontráis la hermosa Gabriela?

— ¿A quién llamáis así?

— A la señora X... de quien nos acabamos de separar.

— Perfectamente; es una mujer muy hermosa.

— Muy distinguida, de un talento original hasta más no poder.

— Estoy convencido de ello. ¿Tiene alguna hermana que se le parezca?

— No, es hija única.

— ¿Sin duda es parisién?

— Lo fué hasta los veinte años. Desde que se casó, como os dijo el Conde, vive en el Mediodía

— ¿Por qué? ¿por economía?

— No, de ninguna manera, por gusto. El Conde posee una fortuna considerable en tierras, sin contar la renta que tiene en

papel del Estado. Es uno de los propietarios más ricos de la Haute-Garonne.

— ¿Y la hermosa Gabriela está contenta viviendo en ese país?

— Sí, porque vive en una magnífica residencia, un castillo casi real que pertenece hace siglos á la familia del conde X... Está rodeada de todo el lujo antiguo y de nuestro moderno *comfort*. Monta á caballo, caza, y adora á su marido que también es una ocupación.

— ¡Ah! adora á su marido, repetí.

— Sin duda alguna. ¿Y cómo no había de amar á ese hombre, que joven y simpático, de sobrada inteligencia, que le da todas las satisfacciones que puede desear? Se trata de un matrimonio por amor, puesto que ella era rica y hubiera podido encontrar muchos pretendientes en buenas condiciones. Pero su madre, que es una mujer de talento, á quien tengo el honor de conocer, pensó con justicia que esta hermosa y esbelta rubia de transparente cutis,

debía casarse con un hombre también guapo, joven como ella y de su misma estatura, que fuese en moreno lo que ella es en rubio y tuviese en la cabeza y en el corazón el hermoso sol de Mediodía. Se presentó el Conde de X..., cuyo nombre, título y fortuna le recomendaban además, llenando las condiciones apetecidas por la madre y las de la hija por instinto. Se realizó el casamiento, viviendo los esposos completamente dichosos, y...

— ¿Tienen muchos hijos? dije yo para terminar la frase.

— Todavía no tienen ninguno.

— ¡Cómo! ¿Pues cuánto tiempo hace que están casados?

— Casi no hace dos años.

— Ese es ya más tiempo del que se necesita para que los haya, observé yo.

Guardé un momento de silencio, diciendo después en tono indiferente:

— Es decir, ¿que la Condesa es una mujer completamente honrada?

— Seguramente, de las más honradas. Una virtud que nadie ha puesto en duda. ¿Por qué me lo preguntáis? ¿Pensáis, acaso ocuparos de ella? Creedme, amigo mio, perderiais el tiempo. No hay más remedio que resignarse á no ver en la señora X... más que una mujer muy hermosa, que por su talento os hará más llevadera vuestra estancia en Luchón; pero no la hagáis la corte; creedme, es inútil.

— ¿Acaso vos habéis ensayado?

— Quizás.

— ¿Este invierno en París?

— No, no la he visto allí; después de su vuelta de París, cuando fui á hacerla en su país una visita.

— ¿Y fuisteis derrotado?

— Todas bolas negras.

— ¿Cuánto tiempo la pretendisteis?

— ¡Oh! Muy poco, porque desde que la Condesa se apercibió de que yo tenía un mal deseo, intenciones criminales, continuó mi amigo sonriendo, me dijo con su habi-

tual franqueza: « Querido amigo: Permaneced tranquilo. No conseguiréis nada con vuestros suspiros ni con vuestras miradas. Amo á mi marido, y aunque no le amase, no tendría motivo para engañarle. ¡ Todos los hombres son parecidos! »

— ¡ Ah! Ella ha dicho: « ¡ Todos los hombres son parecidos! » ¿ Qué puede saber de eso, si no ha conocido más que á su marido?

— Evidentemente, hablaba de la parte moral, queriendo decir que todos nosotros tenemos las mismas cualidades y los mismos defectos.

Guardé un instante de silencio.

Las palabras que había pronunciado la Condesa me daban mucho en qué pensar y mi imaginación desde aquel momento hacía de las suyas. Mi locura, que al principio era accidental, se iba haciendo crónica.

Afectando siempre una completa indiferencia, repliqué:

— Y el Conde, ¿ es tan virtuoso como su mujer? ¿ Le es fiel?

— Probablemente.

— ¿ No estáis seguro de ello?

— No me ha hecho sus confidencias.

— Pues no me parece que es muy reservado. Si le he juzgado bien creo que no ha de costar mucho trabajo el hacerle hablar.

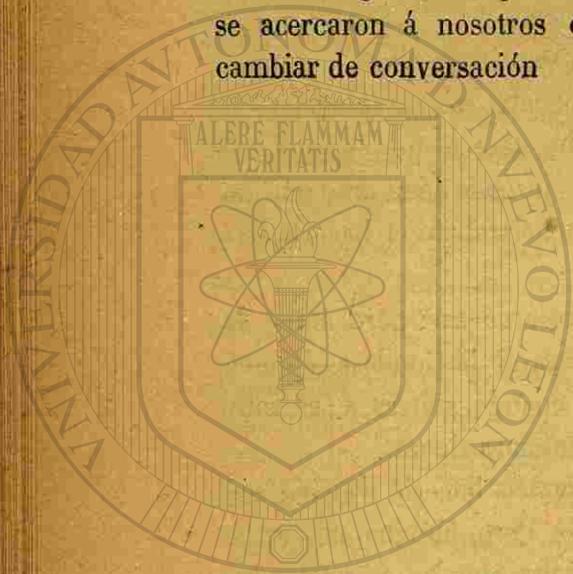
— También lo creo así; pero antes de ser su amigo lo era de la Condesa, á quien había conocido cuando soltera y es muy posible que desconfiara de mí.

— Entonces podéis hacerle traición, sin ningún escrúpulo. Pero, aunque no os ha hablado, ¿ ha hecho algo en vuestra presencia? ¿ Le habéis visto ocuparse de otra mujer, que no sea la suya?

— Alguna vez. Le gusta mucho el que se le presenten buenas casualidades: ¿ las tiene? Eso es lo que no sé. Ultimamente le he visto andar alrededor de la falsa Domenil, que antes hemos visto; pero

creo que la cosa no ha pasado adelante.

Dos amigos míos que nos habían visto, se acercaron á nosotros obligándonos á cambiar de conversación



## XIX

En lugar de comer con estos amigos, como ellos deseaban, me fui al hotel Socarón y mandé traer la comida á mi cuarto, porque quería en completa soledad y plena libertad de espíritu, reflexionar sobre lo que acababa de pasarme y formar una opinión que fuera razonable.

Empecé por olvidar la cara de la Condesa, arrojando de mi mente, por decirlo así, el recuerdo de su persona física, para no ver más que su personalidad moral.

Llevaba un gran nombre, tenía una gran fortuna, era joven, bella y distinguida. Estaba casada hacía dos años solamente, y amaba según se decía á su marido, dándole á entender así todas las apariencias.

Dadas estas condiciones, ¿cómo era posible suponer que el invierno último, algunos meses antes, una mujer como esta, y en la situación que se acababa de exponer, fuese una noche á casa de Lareine para entregarse al primer advenedizo.

Esto era completamente inadmisible, y yo me lo repetía en todos los tonos hasta la saciedad para quedar más convencido. Pero en medio de estas reflexiones me decía también: « Por qué desde la primera mirada que dirigí á la condesa de X..., se ha estremecido todo mi cuerpo, y por qué sin querer he exclamado: ¡Aquí está! ¡La he encontrado! » Desde que la busco, me he encontrado muchas veces delante de muchas bocas que se parecían á la suya, habiendo entre ellas alguna que era casi

igual, y sin embargo, no he experimentado ninguna emoción ante ella. A la segunda mirada me veía obligado á decir: « ¡No, no es esa! » hoy por el contrario, he dicho sin titubear: « ¡Esa es! » ¿Por qué? Además, no solamente he encontrado los mismos labios, los mismos dientes, la misma sonrisa, la misma expresión, la misma boca, en su magnífico conjunto, sino que también he encontrado su contorno como le había entrevisto, como me lo representaba mi memoria. Por exceso de conciencia, trato de demostrarme que no son estos los mismos ojos, la misma nariz, las mismas cejas, los mismos cabellos. Se me aparecen, no como acabo de verlos, sino tales como los he visto siempre en mis sueños. »

Esto no es bastante.

« Siguiendo mis reflexiones, continué diciendo: son los mismos rasgos, es la misma cabeza, pero ¿y el cuerpo del cual no he hablado? ¿se parece el de hoy al de aquel día? Con oportunidad apagó la luz mi des-

conocida, pero si no llegué á verla de una manera material, la adiviné por completo cuando estaba acostada á mi lado hasta el extremo de poder describir todas sus perfecciones. Nada hay, pues, que impida el poder comparar los cuerpos, lo mismo que acabo de comparar los rostros.

« Pero todo se opone á la comparación: apenas conozco á la primera, y la segunda me es desconocida absolutamente bajo el punto de vista corporal. La condesa X... estaba recostada en su carruaje envuelta en un abrigo para resguardarse de la humedad que baja de las montañas al ponerse el sol, ocultando su busto y su cuerpo. ¿Es posible formarse idea de las formas de una mujer cuando está envuelta de esta manera? Si hubiese hecho algun movimiento, si se hubiese levantado, quizá hubiera exclamado en el momento: « Esta no era la misma. Esta no tiene la cabeza de la otra, ni está tan admirablemente formada como la de aquella. »

No podía, por lo tanto, llegar á una conclusión segura. En efecto, puesto que ahora me fijaba únicamente en un punto de vista físico y á todas las razones morales que tenia para dudar, oponia para creer pruebas simplemente materiales, era necesario que estas fuesen completas, evidentes, palpables.

¿Cómo adquirirlas? No era posible esperar que la Condesa se presentase á un examen serio y profundo, permitiéndome hacer comparaciones para facilitar mis experiencias. ¿Pero me era indispensable su concurso? Excepción hecha de los trajes con pabellones que son los menos indiscretos, la mayor parte de los trajes modernos, permiten darse cuenta de muchas cosas. Una vista un poco práctica es suficiente para distinguir el punto preciso en que termina el vestido y empieza la naturaleza. La mía no carece de experiencia, y no podía suponer que me tallase. Únicamente era cuestión de esperar.

¡Esperar! esta es una palabra que no me ha gustado nunca. ¡Esperar para saber si había tenido en mis brazos durante una hora esa adorable mujer! ¡Esperar para dilucidar un punto tan interesante para un moralista como para mí, curioso para un sabio como punto de ciencia! Una mujer de alta clase, joven, bella, distinguida, rica, bien casada y respetada de todos, podía llevar la depravación hasta el extremo de prostituirse en un sitio tan bajo?

Pero no había necesidad de esperar; ¿no había hablado el conde de un baile que se daba aquella misma noche en el casino, al cual pensaba asistir?

Sin duda le acompañaría su mujer. Entonces no estaría ya sentada ni cubierta de piés á cabeza. Me sería posible examinarla y disecarla.

Miré el reló; eran las nueve. Ya era hora de dirigirme hacia el casino.

## XX

Al ir andando, me iba á la vez diciendo :  
 « Muy facil es que no la vea esta noche. Encontrará algún pretexto para quedarse en casa, y quizá mañana mismo encuentre pretexto para marcharse de Luchón. Si es la mujer que supongo, no tendrá bastante valor para ponerse delante de mí, aunque no sea más que por pudor y por prudencia.»  
 Pero mis dudas fueron muy pasajeras :  
 « Desde el primer momento, añadí, ha tenido bastante aplomo para que tenga miedo

¡Esperar! esta es una palabra que no me ha gustado nunca. ¡Esperar para saber si había tenido en mis brazos durante una hora esa adorable mujer! ¡Esperar para dilucidar un punto tan interesante para un moralista como para mí, curioso para un sabio como punto de ciencia! Una mujer de alta clase, joven, bella, distinguida, rica, bien casada y respetada de todos, podía llevar la depravación hasta el extremo de prostituirse en un sitio tan bajo?

Pero no había necesidad de esperar; ¿no había hablado el conde de un baile que se daba aquella misma noche en el casino, al cual pensaba asistir?

Sin duda le acompañaría su mujer. Entonces no estaría ya sentada ni cubierta de piés á cabeza. Me sería posible examinarla y disecarla.

Miré el reló; eran las nueve. Ya era hora de dirigirme hacia el casino.

## XX

Al ir andando, me iba á la vez diciendo :  
 « Muy facil es que no la vea esta noche. Encontrará algún pretexto para quedarse en casa, y quizá mañana mismo encuentre pretexto para marcharse de Luchón. Si es la mujer que supongo, no tendrá bastante valor para ponerse delante de mí, aunque no sea más que por pudor y por prudencia.»  
 Pero mis dudas fueron muy pasajeras :  
 « Desde el primer momento, añadí, ha tenido bastante aplomo para que tenga miedo

á hacerse traición más adelante. Además, creo que es bastante inteligente para cometer una torpeza. Si tratara de no verme, sustraerse á mis miradas y emprender la huida, esa precisamente sería su falta y su confesión más clara : de todas maneras viene, porque si no tiene ninguna conexión con la otra, no hay una razón para que cambie de idea, y si por el contrario, es ella y se figura que no ha sido reconocida, vendrá también para no despertar mis dudas; y si, por último, supone que la he reconocido, vendrá con más motivo en la esperanza de despertar mis dudas, pagándome en audacia. »

No me había engañado. Gastón de B... que me encontró á la entrada del jardín del Casino me dijo que el Conde y la Condesa habían llegado hacia un rato.

No me apresuré en ir á buscarlos. Quería que hubiera más gente en el salón de baile para poder entregarme al estudio y análisis de la hermosa Gabriela como de-

rían sus íntimos, sin que ella lo notase y esperar á que se descubriese y se presentase en entera libertad.

Además, acababa de ver á la supuesta Domenil, y tenía mis razones para hacer conocimiento con ella lo más pronto que fuera posible.

El conde se ocupaba de esta mujer, según me habían dicho, y yo pensaba que podría serme útil un día, si poseía su amistad y me contaba en el número de sus amigos. Sucede algunas veces que por medio de las mujeres se averiguan secretos que uno no habría descubierto nunca por sí mismo.

Domenil se paseaba por unas de las alamedas del parque, en compañía de la rubia Lina de B... que en el transcurso de mi errante vida había sido una de mis más íntimas amigas, y era, por lo tanto, fácil la presentación. Esta tuvo lugar en las mejores condiciones, y como yo por aquel momento no tenía necesidad de otra cosa, me separé

muy pronto de estas señoras para dirigirme hacia el Casino.

El momento en que hice mi entrada era precisamente cuando había mayor número de parejas, bastante numerosas para poder ocultarme; no eran, sin embargo, un inconveniente para que pudiera contemplar á mis anchas á aquella que quería hacer objeto de mi estudio. Me encontraba delante de ese público medio aristocrático, medio plebeyo, que constituye el fondo de todos los casinos, compuesto de vecinos de la localidad, funcionarios, comerciantes principales, propietarios de los alrededores, mezclados con los bañistas venidos de París, de provincias ó del extranjero. El conjunto tenía buen aspecto y era agradable. Apenas podía contarse una ó dos virtudes sospechosas entre aquellas madres de familia y honradas señoras. Este excelente resultado era debido á la buena vigilancia del administrador adjunto Cr... que conocía perfectamente la sociedad de Luchón.

La condesa de X... á quien ví en seguida, no bailaba. De pié, y con la mano derecha apoyada en el respaldo de una silla, parecía escuchar á Gastón de B... y á algunos otros jóvenes que la rodeaban. Pero su imaginación no debía estar allí; parecía distraída, arrojando miradas furtiva á su alrededor, como si buscase ó esperase á alguno. Si era en mí en quien ella se dignaba pensar, era un trabajo inútil; yo había ya penetrado en el salón, deslizándome poco á poco, ocultándome con maña, lo mismo que un malhechor. Estaba resguardado por un grupo bastante compacto y era invisible para ella.

Pero yo la veía. Podía analizarla, apreciando sus detalles, gracias á su traje mitad de calle y mitad de baile, que es como debe llevarse en un Casino, aun en los días de baile, compuesto de una chaqueta de antigua tela brochada Luis XVI, de color rosa pálido, que caía sobre una falda corta que dibujaba claramente sus formas, modelándola por decirlo así.

Era alta, de talle elegante y esbelto, al mismo tiempo que gruesa. El descote hecho con franqueza y guarnecido de una porción de antiguos encajes, hacía entrever un pecho de gran desarrollo, terso y jóven. Bajo su envoltura aparecían en graciosos contornos sus magníficas caderas; de las mangas de la chaqueta, que terminaban al llegar al codo, salían unos brazos hermosos y finos, que terminaban en unas manos delicadas; por la parte inferior del vestido se podían admirar unos piés preciosos, calzados admirablemente.

Concluído este examen, con objeto de perfeccionar mi estudio, cerré los ojos y tuve la indiscrección, por no decir la imprudencia, de quitar á la Condesa todos sus vestidos, dejándola desnuda con el pensamiento.

La ví entonces como debía ser, como era, y encontraba al mismo tiempo á la otra, á mi desconocida, tal como la había conocido y como la había adivinado.

Eran aquellas mismas formas, aquellos mismos encantos, que tenían á la vez mucho de mujer y mucho de niña, y sobre todo, mucho de la diosa que ha tomado terrestre forma, materializándose para descender entre nosotros.

Ya no podía engañarme á no ser que mis recuerdos me hubiesen engañado, ó fuera víctima de una semejanza extraordinaria y rara, tenía delante la misma mujer. La de ahora era la de entonces.

Terminada mi inspección, me retiré del grupo que me ocultaba y me interné en el salón.

Ella me apercibió en seguida, y se me figuró que se había estremecido. Pero en el momento en que llegué á saludarla había recobrado todo su sangre fría, en el supuesto de que la hubiese perdido.

Me tendió la mano como si ya me contase en el número de sus amigos, y noté que la tenía completamente tranquila.

— ¿No bailáis, Condesa? pregunté des-

pués de haber cambiado algunas frases.

— Espero á que haya menos gente.

— Me hariais el honor entonces de concederme un wals.

— Con mucho gusto, respondió sin vacilar.

Decididamente no me tenía miedo, ó estaba resuelta á no manifestarlo. Permitiéndome bailar con ella, ¿ no me suministraba la ocasión de completar mi estudio? Hasta entonces me había tenido que contentar con mirarla, lo mismo que el médico pasea la vista sobre un cuerpo ya cadáver; ahora me iba á ser posible tomarle el pulso y auscultarla.

A eso de las once disminuyó la afluencia de parejas. Algunos se marchaban poco á poco á los salones del *baccarat*, y otros se dirigian á su alojamiento para descansar antes de tomar el baño ó la ducha del siguiente día.

La orquesta lanzó al viento los primeros acordes de un wals. Recordé á la con-

desa X... la promesa que me había hecho, y en el momento estuvo dispuesta á realizarla.

Cuando la conduje al medio del salón esperaba verla colocarse en esa actitud que, aunque parece familiar, hace que el caballero esté de una manera respetuosa, con servando siempre las distancias.

Con la cabeza erguida, el busto rígido y el talle rebelde, siempre dispuesto á escapar, saben sustraerse á una presión algo íntima, pudiendo en rigor decirse que no las lleváis ni bailáis con ellas, sino que son muñecas mecánicas que danzan acompasadamente á vuestro alrededor.

Pero calumniaba á la Condesa. Era demasiado mujer para conducirse como una colegiala y demasiado metida en carnes para ser de palo. Me entregó sin reserva sus manos, su talle y se abandonó con franqueza.

Abusé de este abandono. Impulsado por el rápido torbellino del wals, la música y el calor, aspirando el delicado perfume que se

exhalaba de sus encajes y que me parecía haber respirado en otro tiempo, fascinado por mis otros recuerdos, la apretaba, sin consideración, mi pecho sobre el suyo y mis rodillas contra las suyas.

Entonces, con los ojos medio cerrados, continuaba mi sueño, sumergido en una especie de extásis, haciéndome la ilusión de tenerla toda entera, trémula y medio desnuda como aquella noche.

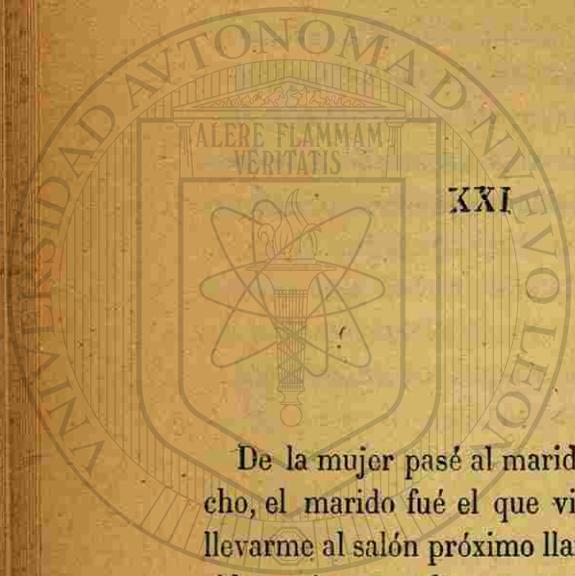
De cuando en cuando el wals era más lento, y por lo tanto, nuestra rapidez; entonces volvía en mí y ya miraba. Una contracción nerviosa arrugaba su frente, su vacilante mirada vagaba en el vacío; temblaban sus fosas nasales y de sus entreabiertos labios rojos y húmedos, salía un aliento que me abrasaba.

Estaba más sensual é inspiraba más deseos que nunca aquella boca que me fascinaba; pero al mismo tiempo me asustaba su sonrisa.

Cómo la otra vez la encontraba altiva,

desdeñosa y me parecía leer en ella una expresión burlona y sarcástica, que me decía: « No hay por qué temerte, se puede una confiar á tí sin ningún peligro, sé lo que vales. »

Concluido el wals acompañé á la condesa X... á su sitio sin pronunciar una palabra.



De la mujer pasé al marido, ó mejor dicho, el marido fué el que vino á mí para llevarme al salón próximo llamándome querido amigo en alta voz y familiarmente, gesticulando y hablándome de París.

— Le conozco á fondo, me decía, puesto que he pasado en él muchos años antes de mi matrimonio. Pues bien; lo digo sin rodeos, á pesar del cariño que tengo por el Mediodía, creo que es la única población del mundo en que puede uno distraerse.

Resuelto como estaba á arrancarle confidencias, respondí con la mayor naturalidad:

— Efectivamente, tenemos muy buenos paseos durante el día y espectáculos variados para la noche.

— Si no fuese más que eso, dijo el Conde, tenéis otras cosas.

— ¿Cuáles?

— Mujeres encantadoras, amigo mío, como no se encuentran en ninguna parte ni aún en el mismo Tolosa: mujeres extraordinarias, la flor y nata.

— Pero estas mujeres para vos que sois casado encierran fruto prohibido.

— Prohibido, lo confieso; pero esto mismo hace que sea más sabroso.

— ¿Y qué sabéis de ello? porque imagino que no le comeréis.

— No, de ninguna manera, dijo socarronamente y sin convicción, como tratando de persuadirme; vivo del pasado y de mis recuerdos, que los tengo buenos y que ima-

gino también haber dejado. No tengo un gran mérito, añadió con fingida modestia, pero vosotros los parisiens no mimáis mucho á las mujeres. Si las convidáis á comer os contentáis con darles lo usual, uno ó dos platos, mientras que con nosotros hay muchos más platos, sin contar los entremeses.

Al llegar aquí se echó á reir de una manera estrepitosa por este rasgo de ingenio que le pareció del mejor gusto.

Esperé que concluyera para decirle :

— ¿Sois así todos los del Mediodía?

— No ; algunos solamente, dijo acariciando su barba.

Empezaba á conocer á mi hombre. Le hubiera sido fácil vanagloriarse de su gran fortuna, de su nombre y de su título, y sin embargo, era muy modesto respecto de todo ello, para poner más de relieve todas sus ventajas físicas, estimando únicamente su estructura, sus músculos, su barba y sus cabellos de Sansón antes de caer en manos

de Dalila. Siguiendo una expresión vulgar, pero que interpreta muy bien mi pensamiento, podía decirse que era demasiado *macho*. Estos tipos son muy frecuentes en el Mediodía donde se aprecia mucho la hermosura masculina, porque se ha conservado allí más que en otras partes. Se tiene tan en cuenta la fuerza física que ya piensan en edificar nuevos circos para combates de atletas. Con frecuencia se encuentra algún joven que sonríe de una manera desdenosa cuando se le habla de Hércules y de sus doce trabajos.

Arrastrado por el turbión de sus recuerdos, lanzado en la pendiente de sus proezas, no reparaba en nada el Conde. Se hubiera creído al escucharle, que todas nuestras parisienses, las más hermosas y las de más fama, se habían enternecido á su vista proclamando sus hazañas, y que él las había amamantado á todas bajo su robusto amor. Aproveché un momento en que se detuvo para tomar aliento, y le dije :

— Supongo que vuestra esposa no habrá tenido conocimiento nunca de esas aventuras ni de esos triunfos. Habréis sido discreto.

— ¿Y por qué había de serlo? Entonces era yo soltero, y era, por lo tanto, dueño absoluto de mis acciones.

¡Se había vanagloriado de ello delante de su mujer! Para esto era menester que estuviera muy seguro de sí mismo. ¡Qué hombre! Pero mi admiración no estaba exenta del todo de un poco de celos, porque no pude remediar el decirle:

— Muy feliz sois por haber tenido bastante suerte en tan buenos sitios. Yo, por mi parte, me veía reducido con mucha frecuencia á contentarme con el desecho de la galantería.

— ¡Ta! ¡Ta! dijo riendo con ganas y enseñando sus blancos dientes, cuya blancura resaltaba más sobre su negro bigote, tampoco miro desdeñosamente esos desechos, que también tienen sus encantos. No

os quiero ocultar que más de una vez me he deslizado por los pasillos de los teatros y hasta me voy á permitir la confianza de deciroslo, puesto que sois hombre capaz de comprenderme, que algunas veces me he aventurado á penetrar en ciertos asilos misteriosos á la moda, tales como los de Baronne, Valence, y Lareine.

Me estremecí. ¡Conocía á Lareine! ¿Habría sido capaz de llevar su charlatanería hasta el extremo de hablarle de ella á su mujer?

Esto no debía preguntárselo. Pero este nombre, pronunciado de repente en medio de nuestra conversación, me sugirió la idea de esclarecer un punto importante y precisar una fecha.

Como él se dignaba ya ocuparse un poco de mí, después de haberse ocupado tanto de sí, se felicitaba en términos muy expresivos por haberme conocido:

— ¿Estáis seguro, le dije, de que es hoy el primer día que tenemos el gusto de vernos?

Me parece que os he visto en alguna parte. Hace un momento, cuando os estaba oyendo, me decía si habría sido el invierno pasado en un gran baile de beneficencia que se dió en el Hotel Continental. Conservó este recuerdo, porque aquel día me ocurrió una aventura que será memorable en mi vida. Esperad, puedo deciros con seguridad la fecha. Fué el 27 de Enero último.

Tenía mis razones para decir esta fecha en lugar de la de 26 que fué el día en que encontré á mi desconocida en casa de Lareine.

Reflexionó un momento y me respondió :

— Os equivocáis. En efecto, me acuerdo que pensé ir al baile de que habláis; pero la mañana del día en que debía verificarse, la Condesa sintió de repente un invencible horror por París, queriendo volverse inmediatamente al Mediodía, á nuestra casa. Como no sé negarle nada, di orden de ha-

cer el equipaje y nos marchamos en el express de aquella tarde.

— ¿Y estáis bien seguro de que vuestra marcha fué el 27?

— Completamente seguro. La vispera, precisamente, había celebrado la fiesta de Santa Paula con una antigua amiga llamada así, y si queréis podemos ver el calendario para que os convenzáis de que dicho santo cae en 26 de Enero.

— ¡Cómo! ¿De esa manera festejáis las santas de otro tiempo?

— Lo hago únicamente con las que han dejado alguna huella en mi vida. Practico la religión del recuerdo.

— ¿Y á qué hora las presentáis vuestras ofrendas quemando vuestro incienso?

¿Durante el día, por la noche ó más tarde?

— ¡Oh! Por la noche únicamente, por la noche. A las doce próximamente estaba en casa de vuelta.

— Donde la Condesa estaría aguardándoos impaciente.

— Nada de eso. Había ido al teatro con una amiga, y hasta creo recordar que fué después que yo.

La instrucción del proceso que estaba instruyendo por mi cuenta sin estar nombrado por el procurador de la República, adelantaba rápidamente. Obtenía todas las informaciones que eran necesarias para poner la causa en estado de fallarse pronto. El testimonio que el marido suministraba de la inculpada era concluyente. ¡ En lugar de buscar alguna disculpa para su mujer, afirmaba, por el contrario, de una manera explícita, si no la presencia de ella en la casa en que se había cometido el crimen, la posibilidad al menos de encontrarla por sus alrededores en el día y á la hora que se deseaba!

Esta deposición parecía también indicar que atormentada por la idea de poder encontrarse frente á frente de su cómplice que trataría de intimidarla ó quizás hablar más de lo conveniente, la acusada había

abandonado á Paris precipitadamente yéndose á refugiar á sus posesiones.

A estos terribles cargos iba muy pronto á agregarse otro suministrado por el marido, que me apresuré á presentar contra su mujer, como debe hacer todo juez buen instructor.

Seguíamos hablando, cuando nos volvimos al salón de baile para buscar á la condesa X... que manifestó deseos de retirarse, dirigiéndonos los tres al guardarropa porque mi nuevo amigo no quería que les abandonase.

En los países montañosos sucede con mucha frecuencia, que la temperatura varía bruscamente al llegar la noche. Al viento del Mediodía que viene de España reemplaza una brisa demasiado fresca, que se parece mucho á un *mistral* templado.

— No estáis bastante abrigada, dijo el conde X... á su mujer, poniéndole sobre las espaldas un abrigo de verano que habían entregado los empleados del guardarropa.

— No creía, dijo ella, este cambio de temperatura.

— Yo sí, querida mía, por eso os advertí que tomáseis precauciones.

— ¿Qué queréis? No se me ocurrió traer los abrigos al venir á Luchón.

— Vuestros abrigos no hacían falta; pero no había ningún inconveniente en que hubiéseis traído vuestro hermoso abrigo de satén negro con capuchón, que llevábais este invierno en París. Ya dije á vuestra doncella que le pusiera, pero no quisisteis sin saber por qué razón y ahora tendréis frío.

Las razones que él no conocía, me parecía que yo las adivinaba: la Condesa sin duda se había acordado de que con él era como yo la había visto la primera vez, y renunciaba á llevarle desde que me había encontrado.

Le ofrecí el brazo para ayudarla á subir al carruaje y me despedí de ámbos.

## XXII

Al día siguiente, en lugar de dedicarme á esa distracción tan conocida y tan agradable para los bañistas que no se bañan, de inspeccionar los establecimientos en que se bebe y tratar de ver por la rendija de una puerta entornada la piscina de las señoras; estudiar la graciosa manera que tiene de gargarizar una bonita garganta; pasearme por la hermosa explanada llena de tulipanes que está enfrente del establecimiento termal; dar vueltas por la orilla de aquel

lago en miniatura; llegar hasta la Fuente del Amor, bajo las frescas sombras del Bosque, ó hasta la alameda de las Viudas ó de la Pique, para saludar á una hermosa joven que coquetea en las gradas de la Villa Raphael; comprar porcelanas ó figuritas en el bazar Vidis; ir á comer la especialidad del Chalet d'Amour ó engolfarme en la alameda de los Suspiros en persecución de alguna aragonesa vestida en traje nacional; en lugar, en fin, de dedicarme á cualquiera de estas distracciones, pe lí un carruaje, y metiéndome en él dije al cocheró que me condujese á Saint-Beat.

Tratándose de paseos, la única dificultad que se presenta en Luchón es la de la elección, aunque se trate de largos ó de cortos. En ningún país del mundo se encuentran tantos hermosos caminos, de tan variado y pintoresco aspecto. Pero el de Saint-Beat tenía sobre los otros una preciosa ventaja para mí aquel día; es perfectamente llano, y puede pasar por él un coche desde el

principio hasta el fin, sin que haya brucas paradas ni accidentes de terreno que pudiesen distraerme en mis pensamientos ni interrumpir la meditación á que quería entregarme.

Solo, medio recostado en el fondo del carruaje, y con las piernas apoyadas en la banqueta de adelante, pensaba únicamente en la condesa X... como puede suponerse sin que yo lo diga.

Después de todo, decía para mí, ¿por qué esta terquedad en mis investigaciones, y tanto empeño en querer que la mujer de hoy sea la mujer de entonces? Esta última que he encontrado, ¿no es tan hermosa como la primera, tan completa y tan perfecta? ¿No son iguales sus caras? Si me engaño, si no he encontrado la misma boca, la verdadera, ¿no es esta otra completamente igual? ¿No me causa las mismas emociones? ¿No despierta en mí los mismos deseos? ¿No es mejor entonces, continúe desarrollando mi idea, dedicarme á esa

hermosa boca de mujer honrada, principal y Condesa, que empeñarme neciamente en la eterna persecución de una boca que se vende, encontrada por casualidad en casa de Lareine, y que probablemente habría perdido ya toda su frescura?

Sí, esto es indiscutible. Pero con la antigua boca estaba yo ligado no tan íntimamente como yo hubiera querido, pero sí lo bastante para que nuestras relaciones pudieran estrecharse más. Gracias á los recuerdos del pasado que habría evocado, me podría ser más fácil preparar el porvenir. Una boca á quien acaba uno de ser presentado, que no ha dicho nada todavía, permanece reservada, vacilando para hablar y abrirse; pero una boca que se ha entreabierto ya, está próxima á hablar, y es posible que llegue á ser elocuente si se la obliga. Tenía, pues, interés evidente en encontrar mi antiguo conocimiento.

Pues bien, ¿no le había encontrado? ¿No debía satisfacerme su completa semejanza,

aun cuando no poseyera las demás pruebas que había adquirido el día anterior?

Sin duda alguna, pero entonces era necesario volver á empezar mi estudio, que estaba muy lejos de llegar al fin. Hasta ahora únicamente había obtenido pruebas puramente materiales y los indicios morales se me ocultaban, ó mejor dicho, deponian en favor de la acusada: su fortuna, su rango, su nacimiento distinguido, su educación, su cariño conyugal, sus buenos antecedentes. Pero lo que desconocía por completo, lo que yo buscaba, la causa determinante del crimen, el movil del mismo.

¿Dónde podría encontrarse? Lo había buscado en otra época, aunque mis razonamientos eran hipotéticos. « Si mi desconocida, decía yo, es una mujer de clase, ¿qué razón ha tenido para ir á casa de Lareine? Ahora me encontraba con la condesa Gabriela de X... perfectamente conocida y llena de vida, y debía por lo tanto hacer otros razonamientos.

Cuando los hice, tuve que llegar á las mismas conclusiones :

El movíl de crimen no pudo ser el dinero, esto era inadmisibile. ¿Una curiosidad liviana, una aberración quizás, el vicio por el vicio mismo? Esto era todavía más improbable tratándose de una mujer de su edad. Mujeres hay que después de haber visto mucho y ser muy hechas, casi deshechas, quieren ver más : estudian, hojean libros y caen en el vicio. Pero una mujer joven, por muy precoz que sea en su depravación, no lleva tan lejos su antojo. Llena de timidez, vacilante y retenida por un último resto de pudor, se queda al borde del abismo sin llegar á él.

¿Los celos, la pasión, la frenética necesidad de vengarse de un marido infiel? En este caso, si la venganza se realiza en secreto, no venga nada; si se hace pública, trae consigo la separación, y los dos esposos saben á qué atenerse. ¿Por el deseo de tener un hijo? Sea, pero ¿con qué objeto?

¿Para defraudar los legítimos herederos del marido? Ya había pensado esto en otra época, pero ahora no podía fijarme en ello : esto podía ser tratándose de una mujer joven y pobre, casada con un hombre anciano; pero tratándose de la condesa de X..., rica por sí misma, y mujer de un hombre joven que no tenía trazas de morir, ora imposible. ¿Acaso con el único pensamiento de saborear los placeres de la maternidad? La que tiene un alma que aspira á semejantes goces, no es capaz de rebajarse tanto. Además, una mujer que hace dos años solamente está casada, ¿puede haber perdido la esperanza de tener hijos amándola su marido, y amándole ella?

Al llegar á este punto me detuve. Me parecía que era necesario reflexionar un poco más, antes de hacer ninguna deducción. Esa mujer tan distinguida, de un talento tan original, verdadera parisién hasta el día de su matrimonio, podía, según se decía, amar verdaderamente á su marido, un

provinciano que no tenía más que un mal baño de París, un hombre infatuado con su persona y con una hermosura que en realidad no tenía? No. Seguramente este marido lastimaba todas sus delicadezas. Ella por su parte había debido soñar unos amores en armonía con sus gustos, á la altura de su talento, y que fueran completamente ideales. Pero ¿habría ido entonces á buscarlo á casa de Lareine, donde no se puede pensar más que en satisfacer los apetitos materiales? Bajo este punto de vista, ¿no era su marido todo lo que ella necesitaba?

Al llegar á este punto, reflexioné un poco; pero como mi cochero se había parado delante de la mejor posada de Saint-Beat, bajé del coche.

## XXIII

Era medio día. El aire puro que estaba respirando hacia dos horas, durante mi rápida carrera, el viento que de las montañas vecinas azotaba mi rostro, y quizás también mi largo monólogo, me habían despertado el apetito. Entré en la hospedería, y pedí que me sirvieran de almorzar en aquella pequeña azotea, que es tan conocida de los viajeros, situada sobre el torrente, y enfrente de la pradera.

Acababa de sentarme á la mesa, cuando

provinciano que no tenía más que un mal baño de París, un hombre infatuado con su persona y con una hermosura que en realidad no tenía? No. Seguramente este marido lastimaba todas sus delicadezas. Ella por su parte había debido soñar unos amores en armonía con sus gustos, á la altura de su talento, y que fueran completamente ideales. Pero ¿habría ido entonces á buscarlo á casa de Lareine, donde no se puede pensar más que en satisfacer los apetitos materiales? Bajo este punto de vista, ¿no era su marido todo lo que ella necesitaba?

Al llegar á este punto, reflexioné un poco; pero como mi cochero se había parado delante de la mejor posada de Saint-Beat, bajé del coche.

## XXIII

Era medio día. El aire puro que estaba respirando hacia dos horas, durante mi rápida carrera, el viento que de las montañas vecinas azotaba mi rostro, y quizás también mi largo monólogo, me habían despertado el apetito. Entré en la hospedería, y pedí que me sirvieran de almorzar en aquella pequeña azotea, que es tan conocida de los viajeros, situada sobre el torrente, y enfrente de la pradera.

Acababa de sentarme á la mesa, cuando

de repente ví aparecerse á Domenil acompañada de Lina de B...; Domenil que era excelente caballista, había escoltado á caballo el ligero cesto que conducía Lina, y habiendo salido de Luchón media hora después que yo, llegaban á Saint-Beat casi al mismo tiempo.

La azotea estaba desierta, no tenía, pues, ningún temor á comprometerme estando en compañía sospechosa, y no tuve por lo tanto ningún reparo en convidar á las dos viajeras, para que se sentaran en mi mesa.

Lina, que me había encontrado la vispera, muy deseoso de hacer conocimiento con su amiga, se había ya resignado á hacer el papel de comparsa. Pero se engañaba su modestia, porque guardé para ella mis palabras más dulces, mis miradas más expresivas, dándole á entender que aún en mi corazón quedaba para ella un poco de ternura. Pero mi intención era únicamente proporcionarme una aliada que pudiese ayudarme en el proyecto que revolvía en

mi mente y que había concebido como consecuencia de mis últimas reflexiones. El hombre y el amante desaparecían ante el juez instructor que, incansable en su trabajo, busca con ardor por todos los medios imaginables el esclarecimiento de un delito.

Después de haberse manifestado un poco reservada, haciéndose la interesante, no tuvo más remedio que decirme Lina:

— Creía que estabas enamorado de Domenil.

— Pues no puedo estarlo, á pesar de la satisfacción que esto me produciría, respondí.

— ¿Por qué? preguntó Domenil con curiosidad.

— ¿Temes mi venganza? dijo Lina riendo.

— No, tú no eres de temer. Pero no quiero disgustar á un amigo.

— ¿Qué amigo? me preguntaron ámbas á la vez.

— El conde de X...

— ¡No es mi amante! exclamó Domenil con acento de verdad en que se traslucía algún despecho.

— No digo que lo sea, repliqué, pero es indudable que aspira á serlo.

Movió la cabeza en señal negativa, y con aire triste pronunció estas palabras:

— Su mujer es demasiado hermosa para que piense en faltarle conmigo.

— Dispensadme: la Condesa es rubia y vos sois morena; muy bien puede amar á las dos sin engañar á ninguna. Para engañar á una rubia es menester también que sea con otra rubia, porque esto es lo mismo que decir: he encontrado otra rubia mejor que vos. Con una morena no sucede lo mismo.

Este razonamiento subversivo pareció producir efecto sobre Domenil; así es, que me apresuré á continuar:

— Además, no podéis negar que el Conde os ha hecho la corte. Hablemos francamente

puesto que estamos entre amigos, ¿verdad Lina?

— Casi puedes decir entre hombres.

Alentada con esto, me confesó Domenil que el Conde se había ocupado de ella hasta haberla pedido que le recibiera.

— ¿Y se lo habéis negado? pregunté con tal extrañeza que casi pude aparecer como impertinente.

— No, al contrario.

— ¿Entonces?

— No ha venido.

— Sin embargo, me han asegurado...

— Sí, lo sé. Se ha dicho que se había quedado en mi casa hasta las cinco de la mañana. Ignoro quién haya hecho correr este rumor y os doy mi palabra de que no he recibido su visita. No sería ciertamente á vos, que sois amigo de Lina, á quien yo sería capaz de engañar.

Entonces dije con aire serio:

— ¿No tenéis más que el lado malo de la cosa sin tener los buenos?

— Así es.

— ¿Y por qué aceptáis esa falsa situación?

— ¿Qué podía hacer?

— Obligarle á que haga uso de la autorización que le habéis concedido. Cuando se pide un permiso, innegablemente es con la intención de usarlo.

— No cabe duda, dijo Lina.

— Desde el momento en que os habéis mostrado tan generosa es una injuria su abstención y os causa un perjuicio con las voces que se corren.

— Eso es precisamente lo que yo decía, interrumpió Lina.

— Pero si el Conde, advirtió Domenil, no quiere venir á mi casa, ¿cómo puedo obligarle á ello? Dadme un consejo.

— Un consejo es muy delicado de dar. Además, soy amigo de X...

— ¡Oh! Apenas le conocéis puesto que os le presentaron ayer.

— Eso importa poco; entre hombres debemos defendernos.

— ¡Pues bien! Acabamos de convenir, dijo Domenil sonriendo y enseñando una hermosísima dentadura, en que los tres somos hombres.

Me hice rogar un poco más todavía, por pura fórmula y accedi.

— Debéis conducirnos con el Conde, dije en tono serio de una manera completamente distinta de como habéis hecho hasta aquí. Hasta ahora erais amable, complaciente y bondadosa; volveos reservada é independiente. No le respondáis cuando os hable, volvedle la espalda á lo mejor, y sobre todo, decid por todas partes y de una manera bien alta, que no ha habido ni habrá nada porque no os gusta.

— ¡Que no me gusta! Dijo con la mayor inocencia.

Aquella hermosa joven, de buena inteligencia y temperamento ardiente, se habia impresionado con aquel hermoso moreno, de espesa barba, rizados cabellos y hercúlea apariencia. Por otra parte; pensando en lo

agradable, no se olvidaba de lo útil, puesto que ella sabía que el conde X..., muy aceptable como amante, podía ser también un magnífico cajero.

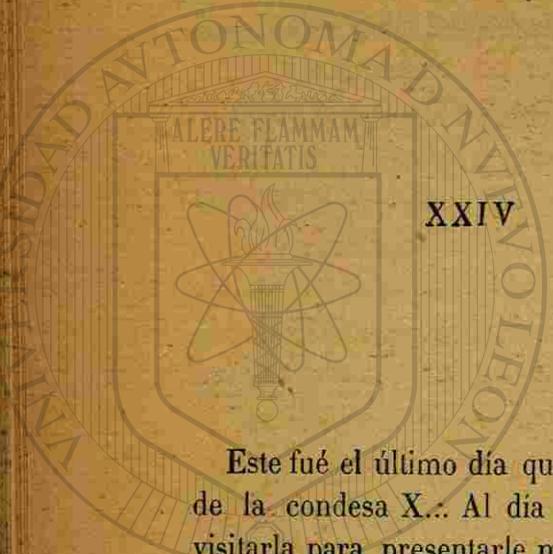
— Éste es el único medio que tenéis para vencer su frialdad. Tenía confianza en vos; pues herid su amor propio y le veréis enseguida tendido á vuestros piés. Hago muy mal en daros armas contra él; pero me habéis inspirado á primera vista una verdadera simpatía, además de que para mí es una satisfacción defender vuestro sexo, puesto que soy el amigo de las mujeres.

— Hasta que otra cosa se presenta, ¿no es verdad? dijo Lina.

El almuerzo terminó de una manera alegre. Para terminar la conquista de mis aliadas y proporcionarme auxiliares de la justicia, las propuse pasar la frontera española para arriesgar algunos luses en la ruleta de Pont-du-Roy. Aceptaron con regocijo mi proposición y tuvieron el gusto de ganar en el encarnado todo lo que yo había

perdido en el negro. Los jueces instructores nos agasajan, generalmente, de esta manera á los agentes de que se valen para sus averiguaciones.

Cuando volví á Luchón por la noche era bastante tarde.



XXIV

Este fué el último día que pasé retirado de la condesa X... Al día siguiente fui á visitarla para presentarle mis respetos en el hotel que ocupaba en el camino de España, y desde este momento fui de los íntimos, formando parte en todas sus excursiones y en todos sus paseos.

Me recibió con mucha amabilidad, de la manera más natural del mundo, y si no hubiera sido por cierta sonrisa burlona que en su cara se dibujaba, cuando me aventu-

raba á decirla alguna galantería, hubiera podido creer que no era la mujer de otro tiempo ó que no me había reconocido, ó mejor aún, que ella pensaba no había sido reconocida por mí.

Mi conducta, mi actitud y mis palabras, debían, por lo demás, afirmarla en esta última creencia. Me había impuesto á mi mismo la obligación de no dar el más pequeño motivo que pudiera despertar sus sospechas, no aventurar ninguna alusión, ni indirecta, que hiciese referencia á nuestra aventura, si es que la había habido. Esto era obrar con prudencia, porque á pesar de todas las pruebas materiales que yo había obtenido, y los indicios morales que venían á reforzarlas, mis dudas no desaparecían; y cuando por el contrario, éstas no me fortificaban, reunía mis recuerdos, y consultando mis datos, exclamaba: ¡Es ella! ¡es ella! y entonces comprendía también que era de buen gusto harcerme el desentendido callándome y no viendo en ella

más que á la condesa de X..., á quien había tenido el honor de ser presentado en Luchón por primera vez.

Además, aunque la hubiese visto otra vez, ¿no era para mí una mujer completamente desconocida? Aun suponiendo que yo hubiese podido admirar su belleza, tenerla en mis brazos, posar mis labios sobre los suyos, ¿era esto conocerla? Todo lo que para mí la hacía seductora hasta lo imposible, me había escapado. Entonces no me daba cuenta del conjunto de su rostro, ni de su fisonomía, ni de sus distinguidas maneras, ni de su talento original, siempre vivo, ni de aquel encanto que de ella se desprendía. Así era cómo poco á poco me iba enamorando de la condesa de X...

¡Sí, enamorado! ; Yo que hasta entonces había pasado junto al amor verdadero sin querer aceptar sus ventajas y sus goces, yo que hasta entonces había reemplazado el amor por los amores, la mujer por las mujeres, y el corazón por los sentidos!

Precisado á reconocer, día por día, con bastante extrañeza, que me iba desmaterializando é idealizando en cierto modo, me preguntaba algunas veces si la condesa X... con todas sus cualidades morales é intelectuales, habría producido sobre mí la misma impresión, teniendo una boca un poco menos bonita. Pues bien : no ; me veía obligado á confesar que aquella boca, conocida ó desconocida para mí, pero siempre semejante á la otra bajo todos aspectos, había sido el punto de partida de mi amor, filtrándose después en mi corazón. La materia no había dejado de manifestarse en mí por completo, se había purificado solamente, y la hermosa flor ideal, como diría un poeta, había tomado la forma de unos labios admirables para seducirme.

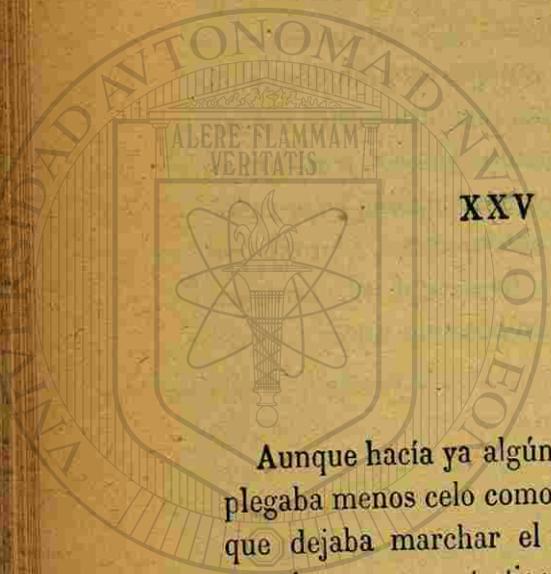
Pero de cualquier manera que me hubiese entrado el amor, la cuestión era que lo sentía ya, como lo demostraba á falta de indicios graves, el que después de haber desplegado tanta actividad en mis nuevas

funciones de juez instructor, había concluído por manifestar debilidad. En lugar de tratar de confundir á la inculpada, deseaba únicamente encontrar pruebas para su inocencia. Habría dado todo lo del mundo por verme precisado á dar un auto de no ha lugar. Si, á medida que aumentaba mi amor, sentía una gran complacencia en separar la mujer de hoy de la mujer de otra época, y deseaba que no hubiese entre ellas ningún punto de contacto; mi más ardiente deseo era haberme equivocado, injuriando calumniosamente á la Condesa con mis odiosas suposiciones.

Este deseo natural de querer encontrar digna de respeto á la que yo amaba, nacía también sin duda alguna de un temor; el recuerdo que yo podía haber dejado en la condesa X... suponiendo que ésta fuese con la otra una sola, no me sería del todo favorable, antes por el contrario, debía serme perjudicial y perderme. Podía dudar de esto, cuando veía aquella burlona sonrisa que

vagaba por sus labios siempre que al tratar de conmoverla, me atrevía á lanzar una mirada ó una palabra algo expresiva?

Sin embargo, aunque esto me desalentaba y me humillaba, por otra parte, me infundía mayor aliento. Quería triunfar de aquellos labios, someter aquella boca rebelde, obligándola á enternecerse, á humillarse pidiendo perdón y hacer que se entregara por completo en un beso sin fin.



Aunque hacía ya algún tiempo que desplegaba menos celo como juez instructor, y que dejaba marchar el asunto sin pensar en citar nuevos testigos, ni emprender nuevas investigaciones, los agentes que había puesto en campaña se mostraban más activos que yo, trabajando por mi cuenta. Obedeciendo Domenil las instrucciones que yo le había dado en forma de consejo, conservaba al conde X... á cierta distancia, esperando cogerle mejor. Hablaba de él

todo lo mal que podía, asegurando á voz en grito que no había sido nunca su amante ni lo sería, porque no había ningún hombre que le gustara menos. Lina de B... la ayudaba en su sistema, que hubiera sido extraño si no fuera calculado, tratándose de un joven guapo y capitalista, y decía también pestes del enemigo común. En nuestro pequeño círculo de desocupados, parisienses en vacaciones, y gente de alegría, no se hablaba más que de la guerra que le habían declarado aquellas dos mujeres.

El Conde tardó muy poco en enterarse de aquella situación. Si hubiera sido necesario, yo le habría sacado de su ignorancia. ¿No debía yo prestar mi concurso á unos agentes tan celosos como los míos? Vanidoso y presunido hasta la exageración en ciertos puntos, orgulloso con la reputación de hombre afortunado que se había conquistado por sí mismo, y que tenía en tanto, se alarmó con aquel rumor que podía com-

prometerle; y le era doblemente sensible, porque no sólo perdía el prestigio para con sus amigos particulares, gente del Mediodía en su mayor parte, sino lo que era peor todavía, con aquellos parisienses á quienes le había presentado poco á poco, toda gente del *Club men*, de alto vuelo, cuya estimación le importaba tanto. Los hombres de mundo que no necesitan á nadie, se dejan desvanecer muy pocas veces por la fortuna ó la posición de las personas que les rodean. Pero en provincias, un general, es siempre un general, en el cual no se ve más que su grado y sus charreteras. En París, por el contrario, en ciertos círculos, un gran personaje está rodeado de mucha menos gentes que una gran personalidad. No tiene derecho á la consideración pública, sino cuando hace renacer algún recuerdo glorioso, se ha conquistado un nombre ó es alguien en lugar de ser una cosa. Por esto mis amigos se cuidan muy poco de los títulos de nobleza del conde de X..., y de su

fortuna, no dignándose ver en él más que un hombre raro, demasiado hablador y completamente ridículo. — « Vuestro protegido huele á la legua á provinciano, me decían, le aceptamos entre nosotros por complaceros y porque nos divierte. »

Esta era la única impresión que sobre mis amigos del *Jockey*, del *Imperial* y del *Petit Cercle*, causaba aquel gran propietario, dueño y señor de uno de las más hermosos castillos de Francia. Solamente podía ser persona visible entre les socios de la *Unión*, *Ganaches* y *Agricoles*.

— Conde, le pregunté un día, ¿me permitis que os hable con franqueza?

— Os lo suplico, amigo mio, me respondió lleno de efusión y cogiéndome las manos.

— Pues bien : me temo que hayais perdido algo en el concepto de algunos amigos á quienes he tenido el gusto de presentaros.

— ¿Pues qué he hecho?

— Les habéis contado con muchísimo talento, lo confieso, vuestras numerosas aventuras de París. No dudan de vuestro buen éxito, que justifica vuestra presencia. Pero quizás haríais bien en impedir que la bella Domenil hablase de vos de la manera que lo hace, y hasta me atrevo á decirlo, os tratase con tanto desdén.

— ¿Se sabe qué?

— ¡Cómo si se sabe! ¡Ya lo creo que se sabe! En nuestro reducido círculo no se habla más que de su aversión hacia vos.

— ¿Y acaso puedo yo impedir que me deteste?

— Sin duda: obligándola á que os ame. ¿Es esto difícil? Si no recuerdo mal, la érais simpático en otro tiempo.

— Seguramente. Por eso no me explico su hostilidad.

— Quizás sea despecho.

— Despecho, eso es, habéis dicho la palabra, y haríais bien en repetírsela á esos caballeros.

— ¡Oh! las cosas están muy adelantadas, y el odio de la Domenil está bien manifestado, para que ellos queden satisfechos con esta palabra. Ahora son necesarios hechos.

— ¿Qué hechos?

— Un cambio completo en la conducta de vuestra enemiga; si después de haber hablado mal de vos, hablase bien, si en lugar de volveros la espalda, os recibiese afectuosamente; si su aversión se convirtiese en un capricho agradable de que vos fuéseis objeto. Me parece que no os pido un imposible.

— Seguramente que no, y si yo quisiera...

— Pues bien, amigo mío, es preciso querer por interés vuestro y también un poco por el mío, porque yo también tengo empeñado mi parte de amor propio en veros triunfar. El público nos observa, y en el mundo en que vivimos es necesario hacer algo en su obsequio.

— Quizás tengáis razón, acabó por decirme. Lo pensaré.

Se separó de mí un poco preocupado, según pude observar al verle marchar por la alameda de la Pique, que era donde había tenido lugar nuestra conversación.

¿En qué pensaba? ¿En las resistencias que iba á encontrar en Domenil? Siendo como era rico, ¿no tenía medio de vencerlas? ¿Pensaba acaso en la necesidad que tenía de engañar á su mujer? Me había parecido que él no la tenía muy en cuenta, y solamente por la ligereza con que se había expresado delante de mí fué por lo que me aventuré á darle unos consejos que nunca me habría atrevido á dar á un marido modelo. ¿Se veía apurado para sostener la reputación que se había hecho y colocarse á la altura de sus narraciones? El tiempo debía decírmelo.

Sea de todo esto lo que fuera, el resultado fué que á poco rato debió tomar una resolución heroica, porque de repente se dirigió á la Villa Raphael donde vivía Domenil.

Por la noche fui á dar una vuelta por el Gran Círculo, refugio de las pecadoras que no admite el Casino. Esperaba encontrar allí á Domenil y á Lina de B... que no les disgusta el *baccarat*.

Efectivamente, estaban allí cerca de la mesa de juego con algunos luses en la mano. Apenas me vió Domenil se vino hacia mí, diciéndome:

— Vuestros consejos eran excelentes y soy feliz por haberlos seguido. El Conde ha venido á mi casa á pedirme perdón.

— Y se lo habéis concedido, añadí yo.

— ¿Acaso debía tener rigor por más tiempo?

— No, puesto que ya estaba conseguido vuestro objeto. Ha sido completa la reconciliación, ¿habéis firmado el tratado?

— Sí, mañana se ejecutará.

— ¿Por qué mañana? ¿No estaba hoy libre?

— Mañana espera estarlo. Su mujer piensa ir al rayar el día al Montné, salien-

de de Luchón á media noche. El Conde estará viudo hasta el día siguiente.

— ¿No piensa acompañar á su mujer en su excursión?

— No, se excusará con algún pretexto en el momento de echar á andar.

— Está muy bien combinado. ¿Es decir que habéis llegado al colmo de vuestros deseos?

— Lo confieso. Me gusta mucho ese joven. Si supiéseis cuántas cosas me ha prometido.

— ¿Solamente en palabras y en esperanzas?

— Sí, solamente. Pero estoy segura de que me cumplirá todo lo que me ha prometido.

— No lo dudo. Me daréis cuenta pasado mañana de esta noche de boda. Yo he sido el que ha hecho el matrimonio, y tengo por lo tanto derecho á vuestra confianza.

— Ciertamente, me contestó, con su más graciosa sonrisa.

El *baccarat* la llamaba: se acercó á la mesa y arrojó sobre el tapete cinco luses que perdió en seguida.

Entonces murmuré á su oído:

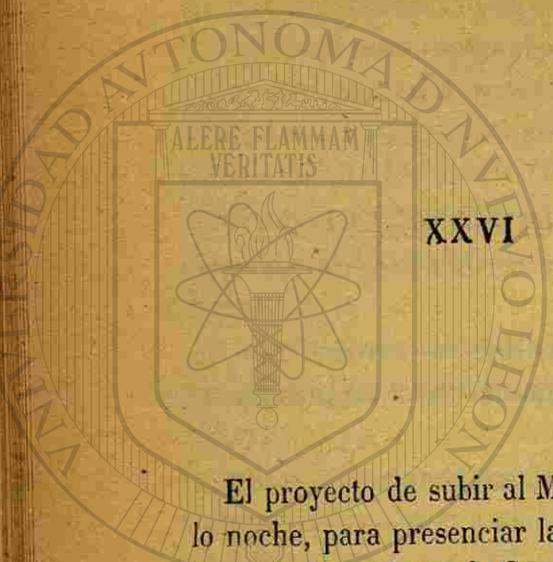
— Desgraciada en el juego... ya sabéis lo demás.

— Sí, no debiera haber jugado hoy.

— Mañana os volverá la suerte innegablemente.

— ¿Por qué? dijo con viveza. ¿Acaso creéis que mañana no voy á ser dichosa en amor?

— Copo el último paño de la derecha, dije aproximándome á la mesa para no tener que responderla.



El proyecto de subir al Montné, durante lo noche, para presenciar la salida del sol, se había formado por la Condesa delante de mí hacia algunos días, y naturalmente, me había ofrecido á acompañarla. Dos amigos, el Conde y la Condesa, algunos parisienses que se encontraban en Luchón y Gastón de B..., debían ser de la partida que había de estar reunida á las diez en casa del Conde para tomar allí el té y esperar la hora de ponerse en marcha.

Todo el mundo acudía á la cita puntualmente, incluyendo el mismo Conde, que bajó de sus habitaciones para juntarse con nosotros un momento después de nuestra llegada. Llevaba un traje completo de visitador de montañas, con sus polainas amarillas y chaqueta ancha y corta. ¿Había cambiado de parecer y faltaba á la cita de Domenil? Inquieto en un principio, me tranquilicé después. Serían las once de la noche, cuando empezó á quejarse de un fuerte dolor de cabeza y malestar general que nos hizo aconsejarle que se acostara en lugar de ponerse en camino.

Concluyó para aceptar el consejo y parecer general, después de habernos exigido, y especialmente á su mujer, la promesa formal de que su indisposición no cambiara en nada nuestro proyecto. Esta farsa, que yo también hubiera creído como creyó todo el mundo, si no hubiera estado en el juego, se representó muy bien. Con esto tuve ocasión de saber, que á pesar de

su carácter franco, demasiado franco, el Conde sabía engañar al mundo. Las doce de la noche estaban próximas á dar, cuando sentimos por el camino de España chasquido de fustas, que es la manera que tienen de anunciarse los guías. Todo el mundo se levantó haciendo los últimos preparativos. La condesa dió sus últimas órdenes á los criados, y la cesta de las provisiones, las capas y los abrigos, pasaron á manos de nuestros guías.

Montamos en nuestras cabalgaduras y nos pusimos en marcha, atravesando Luchón al trote, internándonos en la alameda de los Suspiros, en que se toma el camino de Peyresourde.

El tiempo era magnífico, el aire tibio y el cielo brillante; todo nos hacía esperar una hermosa salida de sol después de una noche más hermosa aún.

Mi caballo, que es el mejor de las cabaillerizas de Prince, se entiende admirablemente con el pequeño *poney* negro, de Tar-

bes, que monta la Condesa. Ardiente en los grandes caminos, y muy prudente al borde del abismo, se acuerda de nuestros anteriores paseos, y anticipándose por sí mismo á mis deseos secretos, sigue de cerca á su compañero ó se pone á su lado cuando lo permite el camino.

Después de haber subido la pendiente de la escarpada montaña que domina á Luchón por el Norte y haber atravesado los torrentes del Ona y de la Nesle, llegamos á la capilla de Saint-Aventin. Los caballos descansaron un poco y la caravana entró en el valle del Œil.

La luna brillaba en el cielo, iluminando las praderas próximas en que descansaban numerosos rebaños, dibujando grandes manchas blancas, prestando azulada transparencia á los horizontes lejanos, y dando un tinte oscuro á la nieve de las elevadas montañas. En la yerba, que piafaban nuestros caballos, aparecen multitud de gusanos de luz, una brisa ligera refresca nuestro

rostro, y las flores de la pradera embalsaman el ambiente. Rodeados por un silencio que únicamente turbaba el ladrido de los perros de los pastores, ó el murmullo de algún torrente, nosotros también guardamos silencio, impregnados por una especie de misteriosa voluptuosidad.

De instante en instante dirijo mi vista á la Condesa, que parece experimentar mis mismas emociones. Su mirada indica estar sumergida en una contemplación ó en un pensamiento. Cualquiera diría que la luna tiene guardada para ella alguna preferencia, y que quiere iluminarla mejor, inundando de luz su elegante talle, dibujando con claridad su soberbio pecho, sembrando de rayos de oro sus rubios cabellos, y besando aquella boca entreabierta, que parece aspirar el aire y la vida.

Jamás había encontrado tan hermosa aquella adorable mujer, y sin embargo, en aquel momento no me inspiraba ningún material deseo. Aquella noche de calma y

de silencio, me llenaba de su soberano encanto, adormeciendo mis sentidos y dejando despierto solamente mi corazón. Podía aprovecharme de la estrechez del camino para acercar mi caballo y unirme á aquella amazona por los piés, por las manos y por la espalda. Evitaba, por el contrario, este contacto, y me contentaba con contemplarla embriagado en su vista.

Ella comprendía mi admiración y no trataba, sin embargo, de sustraerse; siente que mi mirada está fija en la suya y no huye; se podía, por el contrario, suponer que su mirada era tierna, que su pecho palpitaba, y que un estremecimiento de dicha recorría todo su cuerpo.

¿Habría poco á poco llegado á amarme como yo la amaba, sin haberme dicho nunca una palabra que me lo hubiera hecho esperar? ¿Acaso soy para ella un hombre que no conocía hace un mes, y que se ha enamorado de ella? ¿O soy por el contrario el hombre de otra época á quien se le

hace el favor de no reconocerle, ó que habiéndole reconocido, se aparenta ignorarlo?

Después de haber subido escarpadas pendientes, atravesando extensos prados, llegamos, serian las cuatro de la mañana, á la cima del Montné.

Nos bajamos en seguida de los caballos, paseándonos un poco de prisa para entrar en calor mientras esperábamos una hora que aún faltaba para la salida del sol. La temperatura era bastante baja y el aire que corría era frío á aquella altura de dos mil doscientos metros. Ya no alumbraba la luna; la oscuridad nos rodeaba y llenos de impaciencia esperábamos que el gran lumínar apareciera sobre el gran panorama que íbamos á ver. Por fin la noche estaba vencida y triunfaba el día. Por la parte del Este aparece una debil claridad que rompe las tinieblas, se aumenta, se extiende y sube. El círculo de las montañas se dibuja poco á poco, realzando sus contornos y agrandándose.

Al mismo tiempo la naturaleza dormida se despierta como si esperara esta señal. Los habitantes de las altas regiones salen de su embotamiento, las codornices de la montaña corren por la yerba; grandes pájaros abandonan las hendiduras de la rocas y revolotean sobre nuestras cabezas y de la profundidad del vecino valle llegan hasta nuestros oídos las voces de los pastores que reunen sus ganados, el ladrido de los perros y el balar de las ovejas. Nuestros caballos patean en el suelo volviendo la cabeza hacia la luz.

A poco una hermosa franja dorada se dibuja en el pálido horizonte anunciando la llegada del sol y sirviéndole de guía. Transeurren algunos segundos, se le ve aparecer detrás de una negra roca que está allá abajo, en lo último del fondo de la decoración. Se le puede mirar sin quedar desvanecido y hasta contemplarle, porque entonces no es más que un globo luminoso, una luna llena enrojecida sin rayos; pero

después sube, sube rápidamente, bañando de color, iluminando, llenando de vida á todo lo que encuentra. Los blancos vapores que algunas veces velan el horizonte, suben al cielo formando blancas nubes que se doran poco á poco; la cadena de montañas presenta sus perfiles en toda su extensión bajo un cielo de púrpura por un lado, azul y transparente por otro. Las altas crestas se iluminan sucesivamente, despiden rayos los inmensos hielos de la Maladetta, las nieves del Néthou se tiñen de rosa; la gran cúpula del Mont-Perdu, la inmensa molé de los Montes Maudits y el Pico del Mediodia de Bigorre aparecen resplandecientes.

En el valle se han disipado los últimos vapores y la vista puede abarcar un inmenso horizonte que se extiende hasta las llanuras de Tarbes y de Tolosa. De trecho en trecho se ven pueblos, caminos y arroyos plateados. Grandes sombras cubren todavía una parte de las montañas y de la pradera haciendo que todo lo que brilla aparezca

más luminoso. A medida que el sol se levanta, todos los detalles se confundirán en una misma tinta, una misma claridad y en una misma intensidad de luz: es menester, por lo tanto, apresurarse á admirar ese mágico espectáculo.

Para gozarlo mejor, para que me impresionase más vivamente y que todo mi ser se saturase de voluptuosidad, me pongo de pié sobre una altura cubierta de cespéd, cerca de la Condesa. La altura tiene una rápida inclinación y si resbalara el pié nos acometería el vértigo arrastrándonos al abismo.

Ella está callada como yo, porque la admiración inspira silencio.

Me atrevo á coger su mano, que desprovista de guante, pendía á lo largo de su cuerpo: no la ha retirado y siento que se calienta y estremece en la mía. ¡Ah! No es sólo la tierra la que en este momento está inundada de luz; ¡á mi corazón ha llegado también el sol!

Nuestros compañeros, que se habían alejado un poco para admirar el panorama en todas sus formas dando la vuelta al Montné, nos despertaron de nuestra contemplación.

A poco rato estábamos en camino para bajar por el desfiladero de Pierrefitte y el valle de Arboust. A las once de la mañana estábamos de vuelta en Luchón.

## XXVII

Estaba todavía bajo la influencia del encanto de aquel hermoso paseo y de las horas transcurridas cerca de la condesa X..., impregnado en mis queridos recuerdos vacilaba ir á casa de Domenil como le había dicho. ¿Qué beneficio me podría resultar de sus confidencias? Uno sólo: el que tomaran fuerza ciertas suposiciones que me había hecho respecto del Conde y que podrían explicarme la conducta de su mujer.

Nuestros compañeros, que se habían alejado un poco para admirar el panorama en todas sus formas dando la vuelta al Montné, nos despertaron de nuestra contemplación.

A poco rato estábamos en camino para bajar por el desfiladero de Pierrefitte y el valle de Arboust. A las once de la mañana estábamos de vuelta en Luchón.

## XXVII

Estaba todavía bajo la influencia del encanto de aquel hermoso paseo y de las horas transcurridas cerca de la condesa X..., impregnado en mis queridos recuerdos vacilaba ir á casa de Domenil como le había dicho. ¿Qué beneficio me podría resultar de sus confidencias? Uno sólo: el que tomaran fuerza ciertas suposiciones que me había hecho respecto del Conde y que podrían explicarme la conducta de su mujer.

Esto sería una victoria para mi amor propio; pero sería también un golpe para mi amor, puesto que ya no podía caberme duda alguna.

Desgraciadamente en Luchón se vive al aire libre en un espacio reducido y por lo tanto son muy frecuentes los encuentros. La primera persona que encontré á eso de las tres de la tarde en que salí del hotel, fué á Domenil, que se me acercó con aire de alegría, para decirme:

— Amigo mio, el conde de X... merece vuestra protección, es un hombre adorable, y puesto que no habéis venido á verme, me felicito por haberos encontrado y poder hacer su elogio... Pero, ¿qué tenéis? ¿Os causa tristeza mi dicha? A vos, sin embargo, es á quien la debo.

— Os equivocáis, me apresuré á responder. Tomo parte en vuestra alegría. ¿Habéis quedado contenta verdaderamente?

— Contentísima.

— ¿Bajo todos conceptos?

— ¡Todos! Es completo. Adios; me voy porque me esperan en casa.

— ¿El?

— No.

— ¡Ya!

Domenil no oyó mi última palabra: tal era la prisa que tenía por dejarme.

Permanecí solo, de bastante mal humor. ¿Por qué? ¿No debía por el contrario haberme alegrado? Todas las gratuitas suposiciones que había hecho respecto del Conde y sobre la Condesa acababan de desvanecerse y para ello había sido bastante una palabra de Domenil: esto era innegable; pero me disgustaba mucho saber que el marido de la que yo amaba era un hombre adorable como amante, hasta para una mujer que, como Domenil, por sus recuerdos y las numerosas comparaciones que podía hacer, era perita y difícil de contentar. Estaba furioso contra aquel hablador, aquel fanfarrón que estaba á la altura de sus fanfarronadas. Para terminar: informado de

los méritos del marido, los cuales no podía poner en duda, estaba celoso de él.

Con tan mala disposición de ánimo, me fui á casa de Lina de B..., que debía haber recibido las confidencias de Domenil y era demasiado mujer para alegrarse sin reserva de la dicha de una amiga. Mi mal humor se consolaría con el suyo y mis celos encontrarían un desahogo.

— Acabo de separarme de Domenil, dije abordando la cuestión inmediatamente, y me ha parecido que está muy contenta.

Lo estará lo menos, me respondió con una burlona sonrisa que prometía mucho.

— ¿Verdaderamente el Conde tiene tan buenas cualidades?

— Al menos tiene la de ser generoso.

— ¡Ah! ¿Ha tratado ya la cuestión?

— Inmediatamente.

¿Y á cuánto llega su generosidad?

— A diez mil francos, amigo mio. ¡Sí, diez mil francos! ¡Qué suerte se necesita! Cuando pienso que C..., siendo banquero,

¡no me dió tanto después de unas relaciones de seis meses! ¿Qué tiene de particular Domenil? ¡Si fuese la verdadera! Vamos á ver, en confianza, ¿no valgo tanto como ella?

— La superas, querida amiga mía, me apresuré á responder.

Como había previsto, la envidia había penetrado en su corazón é iba á entregármela.

En tono indiferente, como si no le diese importancia, y encendiendo á la vez un cigarro, añadí:

— Diez mil francos es mucho; abusa de su fortuna y perjudica al oficio. No me extraña que ella haga su elogio.

— No lo haría yo á ese precio, dijo Lina bruscamente.

— ¡Cómo! ¿Acaso no merece lo bien que ella habla? pregunté quizás con alguna precipitación.

Guardó silencio arrepentida sin duda por lo mucho que ya había hablado. En el mo-

mento de hacer traición á la confianza de su mejor amiga, sentía remordimiento. Pero mi curiosidad debía vencer su pudor, y no podía consentir que se detuviese en el camino de unas confianzas tan preciosas para mí. La interrogué con mucha habilidad recriminándola por tener secretos para mí, estimulé su envidia, y al cabo de una corta lucha, después de hacerme jurar que guardaría silencio y no la haría traición, vino á confesarme que el Conde se había mostrado tan generoso para que Domenil hiciera buenas ausencias de él en lugar de hablar mal.

— ¡Mal! repetí. ¡Pues qué! ¿no tiene las buenas cualidades con que él se adorna y que ella proclama hoy?

— Ninguna sería mucho decir, contestó Lina, y por el contrario, tiene varias; pero son cualidades que hacen mucho más sensibles las que no tiene. En el principio se manifiesta como un cumplido amante. Tiene para seducir dulces palabras, deliciosos

besos, adorables caricias y verdaderas coqueteterías de mujer, llegando á excitar la imaginación; pero llega aquí solamente y no puede calmarla.

— ¿De verdad? ¿Será acaso desconfiar muy pronto?

— No; se está ya demasiado interesada en la cuestión para alarmarse tan pronto. Se lucha con ardor, con inteligencia; se recuerdan sus dulces palabras, sus tiernos besos para volvérselas á decir y para devolvérselos.

— ¿Y qué más?

— ¡Qué más! Trabajo inútil; lo que se había inflamado no reinflama; no hay ternura que pueda vencer su frialdad.

— ¿Frialdad accidental?

— No, frialdad crónica.

— ¿Qué sabes tú de eso?

— Una frialdad tan persistente y que Domenil no ha podido romper, encariñada como estaba, no es accidental.

— Es decir, que el Conde sabe hace

mucho tiempo á qué atenerse. Si es así, mucho me admiro de que se exponga á una derrota acostumbrada y cierta.

— Te olvidas de que hace ya algún tiempo rehuía una entrevista, y que si ha ido á casa de Domenil ha sido casi á la fuerza, y con la esperanza de que ésta le guardaría el secreto, seducida por su generosidad. A nadie se lo ha dicho más que á mí.

— Entonces ¿por qué se ha manifestado al principio un amante tan tierno, y por qué le ha hecho concebir unas esperanzas que eran irrealizables?

— Porque quizás él mismo conserva una vaga esperanza hasta el último momento. Cree que de el deseo que provoca en nosotras, va á nacer el deseo de él.

Había sido informado de todo cuanto quería saber, y me despedí de Lina.

## XXVIII

Al fin había descubierto el movil del crimen. ¿De qué manera había yo llegado á concebir mis primeras sospechas, que me habían permitido seguir el buen camino? Si me hubiese encontrado delante de uno de esos hombres imberbes, de rostro terso y atiplada voz, que miran á las mujeres de reojo, huyendo su trato y hasta el de hablar de ellas, naturalmente me habrían ocurrido estas suposiciones. Pero el Conde tenía todas las apariencias de completa virilidad,

mucho tiempo á qué atenerse. Si es así, mucho me admiro de que se exponga á una derrota acostumbrada y cierta.

— Te olvidas de que hace ya algún tiempo rehuía una entrevista, y que si ha ido á casa de Domenil ha sido casi á la fuerza, y con la esperanza de que ésta le guardaría el secreto, seducida por su generosidad. A nadie se lo ha dicho más que á mí.

— Entonces ¿por qué se ha manifestado al principio un amante tan tierno, y por qué le ha hecho concebir unas esperanzas que eran irrealizables?

— Porque quizás él mismo conserva una vaga esperanza hasta el último momento. Cree que de el deseo que provoca en nosotras, va á nacer el deseo de él.

Había sido informado de todo cuanto quería saber, y me despedí de Lina.

## XXVIII

Al fin había descubierto el movil del crimen. ¿De qué manera había yo llegado á concebir mis primeras sospechas, que me habían permitido seguir el buen camino? Si me hubiese encontrado delante de uno de esos hombres imberbes, de rostro terso y atiplada voz, que miran á las mujeres de reojo, huyendo su trato y hasta el de hablar de ellas, naturalmente me habrían ocurrido estas suposiciones. Pero el Conde tenía todas las apariencias de completa virilidad,

era marido de una verdadera mujer, sin que por esto desdeñase las de los demás, y hablaba al mismo tiempo de sus numerosos amores con verdadera fruición.

Pues bien; precisamente sus baladronadas y su jactancia era lo que me había dado la voz de alerta. Siempre he desconfiado de los muy habladores, y creo en el proverbio que dice: «perro ladrador, nunca mordedor,» y tengo para mí que todo hombre afortunado es modesto. Por lo regular suele uno vanagloriarse de lo que no ha hecho ó de lo que se teme no poder hacer.

Por otra parte ¿cómo era posible que el marido de una mujer joven, bella, de buena salud con quién se había casado por amor hacía dos años solamente, pudiese ocuparse de otras mujeres distintas de la suya? Evidentemente se ocupaba de ellas más bien por el público que por su propia cuenta. Timido y asustadizo por lo que le faltaba, y creyendo siempre que pudieran

conocer su debilidad, trataba de engañar al mundo haciéndole escuchar sus aventuras amorosas.

Estos fueron mis primeros razonamientos que como se ve eran puramente fisiológicos. Una frase escapada á la Condesa vino á fortalecerlos.

A su vuelta de París, en el mes de Enero último, había dicho á Gaston de B... que se iba haciendo exigente: *¿A que conduciría eso? Todos los hombres se parecen.* En el momento me ocurrió que aquellas palabras habían sido pronunciadas recordando su desgraciada aventura conmigo, y debían herirme: lo mismo que el Conde, me sentía inútil cuando se trataba de su mujer, por más que mi conciencia estuviese tranquila en este punto. ¡Todos los hombres se parecen! es decir, el segundo no vale más que el primero; este primero, que era el marido, no valía nada, luego el segundo nada valía tampoco.

Establecido este punto, debí preguntarme

si era admisible que la mujer de un hombre tan bien dotado, al parecer, como el conde X... podía tener motivos para quejarse. He dicho en las primeras páginas de este estudio que, á pesar de mi ociosa existencia, me había siempre ocupado de las ciencias y el arte, y el interés que me habían inspirado algunas cuestiones médicas me iba á servir aquí de mucha ayuda. Me acordaba de los trabajos de Tardieu, de Descourtils, de Andrieux, de Lorain, de Roubaud, y vine á deducir con ellos que en cuestión de virilidad engañan muy á menudo las apariencias, pudiéndose á primera vista inspirar gran confianza pareciendo de los más valientes, y, sin embargo, no tener ninguna energía y estar privado de todas las condiciones que constituyen un buen marido. Sus obras, llenas de ejemplos adquiridos en una larga experiencia, se convertían en magníficos defensores del divorcio, y esta era la razón que había habido para que despertaran mi interés.

Escudado con la opinión de estos sabios, autorizado por ellos, por decirlo así para dudar del conde de X..., á pesar de su juventud y de su estructura, quise adquirir una seguridad y me dirigí á Domenil.

Ya sabía á qué atenerme; podía descubrir el misterio que tanto embargaba mi imaginación hacía seis meses.

La que más tarde había de llamarse la condesa de X... y en su familia se llamaba simplemente Gabriela, es ya á los veinte años una hermosa joven completamente desarrollada, llena de fuerza y de energía. Convencida su madre de que para ser feliz en el hogar doméstico, es necesario que la mujer y el marido estén bien desarrollados, no solamente bajo el punto de vista intelectual, sino también físico: busca y cree haber encontrado el esposo que ella soñaba para su muy amada hija. Se lo entrega, y Gabriela confiada lo acepta, con segreta alegría, porque su prometido es un buen mozo y su madre ha hecho una dichosa elección.

Concluyen las ceremonias oficiales. Ambos esposos penetran en la cámara nupcial: el uno va temeroso y trémulo, porque sabe á qué atenerse y duda de sí mismo; la otra, tímida y pudorosa, desea, sin embargo, conocer el porvenir.

El se acerca, la abraza, y ella encuentra deliciosos aquellos primeros besos. La estrecha entre sus brazos, haciéndola desvanecerse por una dicha infinita.

¿Qué va á suceder ahora? Su instinto de mujer la dice que solamente han murmurado á su oído las palabras del amor, y que la frase no está aún concluida. Presta oído atento, y, sin embargo, no se continúa, porque se han parado en el principio, y ella no aprende nada nuevo.

Transcurren algunas semanas, esperando siempre, y no solamente espera, sino que también desea, conociendo aproximadamente, cuál es su deseo, porque su espíritu se ha iluminado á medida que se agrandaba su amor y se despertaban sus sentidos.

El también, por su parte, espera también, porque un hombre de ciencia, un especialista á quien ha consultado, le ha dicho: « No tenéis ningún vicio de conformación. Estáis bajo la influencia de una de las muchas formas de las neurosis. Podéis curar, » y naturalmente se ha dejado convencer, puesto que, sin duda, en otra época ha tenido sus hermosos días, que cesaron de brillar precisamente á consecuencia de uno de esos accidentes que provocan aquella: tales como una viva emoción, una conmoción cerebral, alguna larga enfermedad y también los excesos.

¿Cómo no había de volver á su primitiva robustez y cómo no había de volver á hallar sus primeros ardores al lado de una hermosa mujer que adora, con la que se ha casado precisamente porque estaba persuadido de que ésta le transformaría?

Por esta misma razón se muestra más tierno y más apasionado que nunca, teniendo con ella una generosidad extremada: le

da todo cuanto puede darle hasta saciarla, y le hace gustar todos los refinamientos del amor. Vive en el lujo, y aunque posee lo superfluo, carece de lo necesario. Llena de salud y equilibrada la materia con el espíritu, le hace falta un régimen más nutritivo. Enflaquece, sufre, se irrita y viene, digámoslo así, á ser atacada de neurosis; pero neurosis activa que está por lo tanto en oposición con la neurosis pasiva de su marido, que espera todavía con poca esperanza, en lo cual hace muy mal.

En todas las enfermedades en que se interesan los nervios hace la imaginación un gran papel y no basta esperar para curarse, es preciso estar persuadido de que se curará: ¿podía él tener esta persuasión? Las caídas y las recaídas que está dando sin cesar han turbado su espíritu: tiene tal miedo de caer hoy, que es seguro que caerá siempre.

El tiempo pasa: su neurosis no disminuye, y la de su mujer, por el contrario, aumen-

ta, porque ahora conoce la causa del mal que padece y llega á quejarse de haber sido engañada.

El está desesperado, humillado; para salvar su amor propio, defender su honor, dice que es víctima de una aberración de la naturaleza, de un caso que no podía perverse porque en otra época no dejaba nada que desear; y queriendo convencerla á cualquier precio, cuenta sus pasados amores, nombra á sus queridas y enuncia sus conquistas. Si no temiera que se le acusara de exageración, sería muy capaz de presentar á su mujer una docena de muchachos sosteniendo que son de él.

Ella está todavía enamorada, á pesar de todo, y sonríe de una manera discreta y triste, aunque su sonrisa poco á poco se hace irónica.

A medida que le parece le creen unos, se esfuerza más en aparecer como un héroe retrospectivo. Con frecuencia es hablador, fanfarrón y de mal gusto, hasta llegar á

impertinente. Un día pasó delante de la casa de Lareine, acompañando á su mujer, que le dice: « ¡Calla! Esa casa no se parece á las demás. ¿ Es palacio, ó casa particular? » Y en el momento, no teme decirle en secreto que aquello es un asilo amoroso, confesando al mismo tiempo, que durante su vida de soltero se ha de permitir ir alguna vez á esos lugares en que está desterrado el corazón; pero en los que los hombres de temperamento ardiente como el suyo encuentran un calmante.

Ella le escucha bañada en rubor la mejilla, mientras que su mente, enferma quizás, murmura: « Y nosotras las mujeres, ¿ dónde le encontramos? »

Sobreexcitados siempre sus nervios, y nunca apaciguados, provocan una enfermedad constante, una irritación latente, tristezas inmotivadas, que repentinamente se convierten en llanto ó en cólera. Ella no es ya ella. ¡ Ah! « Que tome un amante, » es oigo decir. Pero, ¿ dónde está ese amante?

¿ Dónde encontrarlo? ¿ Creéis acaso que su marido no vela por ella?

A medida que se considera más imperfecto se hace más celoso, temiendo que su mujer encuentre en otro lo que él no puede darle y la condena á la intimidad conyugal.

Tener un amante, significa reflexion y premeditación. ¿ Acaso es ella mujer que pueda raciocinar sobre el mal? Su corazón está sano todavía, y únicamente el espíritu es lo que está trastornado. Tener un amante es distinguir á una persona, escoger, amar, y ella no piensa en enamorarse de un hombre: lo que ella siente es amor de hombre.

Lo que en seguida ha sucedido lo adivino como si lo hubiera visto.

Una noche de fiebre en que llegó al paroxismo de la excitación, loca y desesperada, recuerda repentinamente aquel asilo amoroso, aquella casa que tanto había ponderado el marido, y exclama... mejor dicho, ni dice nada ni piensa en nada.

Delirante, loca, se pone un manto y sale;

camina de prisa para calmar su hirviente sangre, y la casualidad la lleva delante de aquella casa en que penetra inconscientemente sin que pueda ser responsable de sus actos.

Cuando Lareine ha empezado á hablarle, un rayo de luz la despierta y no puede huir porque ya estaba encerrada.

Entonces me he aparecido yo y me he aproximado hacia ella. Aún la estoy viendo y la veré siempre horrorizada por el espanto, huir al extremo del cuarto para salvarse.

Lucha, implora y suplica; pero yo no tengo compasión, la estrecho entre mis brazos, y también suplico. Su sobreexcitación y su fiebre, que se habían calmado un instante por el miedo del momento, vuelven á torturarla y cede.

Pero el fin es lo único que ella quiere, porque los medios los conoce demasiado; no es de mis besos de lo que ella está ávida, al contrario, éstos le causan horror, puesto que no me ama. Por esto, su boca per-

manece cerrada y están sus labios inertes.

Aquella frialdad me hiela; y por una vez, por accidente, me porto como su marido se portaba siempre y seguirá portándose. Se marcha, abandona á París ocultándose muy lejos, y aunque se arrepiente y sufre, empieza á odiar á aquel inútil marido, causa primera é instigador del crimen de que ha sido cómplice, que la obliga á avergonzarse en lo íntimo del corazón.

Ya no podrá amarle nunca aunque le diga que todavía espera; huye de él y rechaza con horror sus peligrosas y funestas caricias.

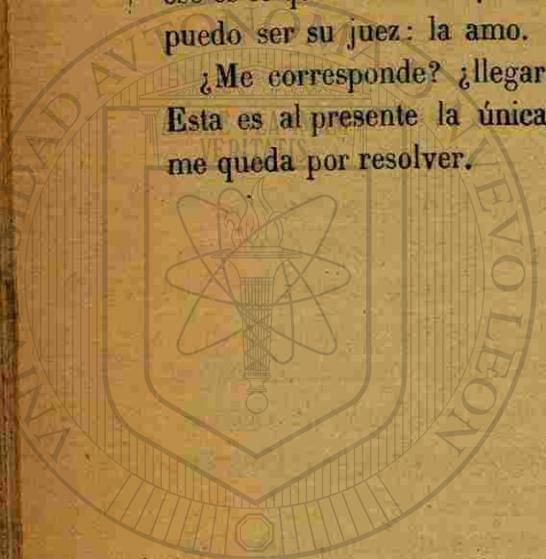
Su partido está tomado, jamás conocerá esa última palabra de amor que no saben decirle, y aunque está casada, vivirá como viuda, ó mejor dicho, como soltera, que es como se ha quedado.

Curará sus nervios con paseos, fatigas, y llegará hasta la maceración si es preciso. Corre, monta á caballo, caza, sube á altas montañas, y mata á la bestia que dentro de

ella batalla sordamente. Esa es su vida, eso es lo que ha hecho. ¡Perdonadla! yo no puedo ser su juez: la amo.

¿Me corresponde? ¿llegará á amarme?

Esta es al presente la única cuestión que me queda por resolver.



XXIX

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO RIVERA"  
CALLE 25 MONTERREY, MEXICO

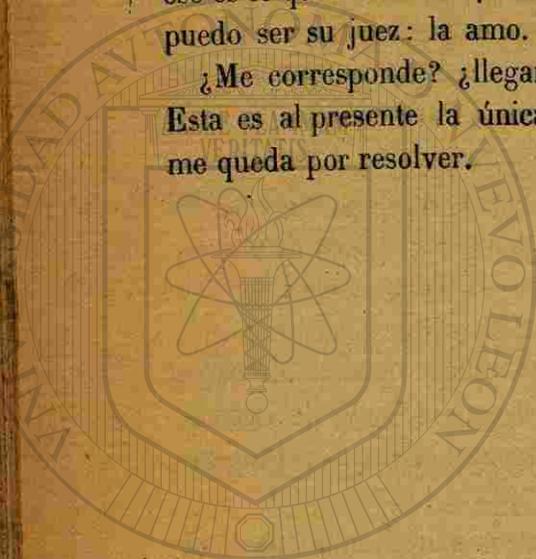
Ha llegado Setiembre, y la mayor parte de los bañistas se han marchado. En Luchón quedan solamente los enfermos recalcitrantes, los viajeros que se aprovechan de la rebaja de precios en esta época del año, y algunos apasionados de la montaña que no tienen bastante valor para abandonarla.

Siendo la Condesa una de estas apasionadas, no piensa en marcharse, y dicho se está que yo lo pienso menos que ella. Mi vida se pasa á su lado al aire libre sobre

ella batalla sordamente. Esa es su vida, eso es lo que ha hecho. ¡Perdonadla! yo no puedo ser su juez: la amo.

¿Me corresponde? ¿llegará á amarme?

Esta es al presente la única cuestión que me queda por resolver.



XXIX

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO RIVERA"  
CALLE 25 MONTERREY, MEXICO

Ha llegado Setiembre, y la mayor parte de los bañistas se han marchado. En Luchón quedan solamente los enfermos recalcitrantes, los viajeros que se aprovechan de la rebaja de precios en esta época del año, y algunos apasionados de la montaña que no tienen bastante valor para abandonarla.

Siendo la Condesa una de estas apasionadas, no piensa en marcharse, y dicho se está que yo lo pienso menos que ella. Mi vida se pasa á su lado al aire libre sobre

altas cúspides, siempre rodeados de guías á pié y á caballo, que hacen imposible el que nos quedemos solos. Todos los días se realiza alguna ascensión á los elevados picos de Superbagnères, Antenac, Monségu Gours-Blancs, Cecire, Venasque, Entecaee, Monts-Maudits, Néthou y Maladetta.

Nada hay que canse ó asuste á la Condesa. Yo trato de seguirla y mirar al abismo con la misma tranquilidad que ella lo hace.

El Conde está muy pocas veces con nosotros, porque únicamente nos acompaña hasta la mitad ó tercera parte del camino, parándose cuando la ascensión es un poco difícil ó peligrosa. Ya hace algún tiempo que ha tomado la costumbre de abstenerse, y se queda en el camino.

Me puede confiar su mujer sin ningún inconveniente, puesto que yo nunca la digo una palabra de amor. ¿Y para que hablarla de esto? ¿No lo ve ella? ¿No lo siente? ¿Puede dudar?

¿Y yo dudo todavía del suyo? No; no puedo dudar de la simpatía que le inspiro, de su afecto, de una especie de tierna amistad que siente por mí. Pero mucho me temo que mis desgraciados antecedentes no la preserven del deseo que, á pesar de todo lo que se quiera pensar, es una de las partes más principales del amor.

¿Y por qué he de dejarla persistir por más tiempo en un error que es injurioso para mí? ¿por qué no he de tratar de que se me conozca mejor? ¿por qué no tener valor estando en la situación á que hemos llegado?

Es que la amo; no tengo otra razón. Temo disgustarla, ofenderla y perderla. El pasado me condena á mí también al respeto: si ella dijese para sí: «¡Me trata con ligereza acordándose de otra época!» ¡No, no! yo no quiero que imagine semejante cosa; prefiero esperar, prefiero sufrir. ¡No quiero cogerla, quiero que ella se entregue.

¿Pero pensará jamás en entregarse, si me juzga lo mismo que su marido?

Quizás si, desde ayer.

Deseosos de conocer el lago Gregonio, que es la mayor porción de agua de los Pirineos, bajábamos las escarpadas pendientes graníticas del Pico del Milieu, situado entre el Maladetta y el Néthou. Cinco guías nos precedían y tres iban detrás. No habíamos querido aceptar su brazo y nos dejaban marchar á nuestro antojo sin cuidarse mucho de nosotros, porque ya nos conocían y sabían que teníamos pié seguro y cabeza firme.

Yo iba delante de la Condesa abriendo camino, indicándole la roca que era necesario evitar y diciéndolé el punto en que debía apoyar su bastón; manifestaba y tenía mucho más cuidado que de ordinario, puesto que el sitio en que nos encontrábamos estaba muy próximo á un abismo profundo y terrible.

De repente escuché un grito á mi espalda que me hizo volverme precipitadamente. La Condesa era quien le había lanzado. Ha-

bía apoyado el bastón en una hendidura de la roca y faltándole el punto de apoyo, después de dado el impulso, en lugar de andar, perdió el equilibrio y empezó á bajar con vertiginosa rapidez.

Dentro de algunos segundos rodará al abismo si no la contiene algún obstáculo. Los guías han oído aquel grito y comprenden el peligro; los que nos precedían se vuelven apresuradamente, aunque será muy tarde cuando lleguen: los que iban detrás no se atreven á socorrerla, porque rodarian sobre ella, precipitándose todos al fondo.

Sólo yo puedo salvarla arriesgando mi vida.

Me coloco en el punto preciso por donde debía pasar impulsada por su precipitada carrera al extremo del camino, entre ella y el abismo.

Separé mis piés, apoyádoles con toda mi fuerza en el suelo. Doblé un poco las rodillas para tener más elasticidad, y en

cierto modo me recojo sobre mí mismo, cruzando los brazos y adelantando el busto. Espero. Si el choque que iba á recibir me hace vacilar, caemos los dos y la muerte es segura. Si por el contrario resisto, está salvada, gracias al viviente obstáculo que le habré puesto por delante. Es cuestión de fuerza muscular y nerviosa y también de voluntad. La Condesa sigue bajando á pesar de los esfuerzos que hace para detenerse, agarrarse ó echarse á tierra.

Se acerca, abarcando con sus brazos el vacío y el cuerpo y la cabeza algo inclinados.

Ya está aquí.

No he vacilado, he soportado impasible el choque, y he impedido la caída.

Pálida y temblorosa está delante de mí parada, y cuando puede hablar oigo que murmura : « ¡ Os debo la vida ! ¡ Gracias ! ¡ Gracias ! »

No respondo. Ha pasado el peligro, y yo estoy tan pálido como ella ; mi corazón

late violentamente, y mi cuerpo tiembla.

Pasan algunos segundos, y añade :

— Me creí perdida... Os veía perfectamente entre el abismo y yo, pero no os creí con bastante fuerza para contenerme.

Estas palabras me mortifican, me hieren. Me parece que tienen algo de ironía, que hacen alusión al pasado, y encierran un reproche. La situación en que nos hallábamos y la victoria que acabo de alcanzar, me infunden valor para decirla cara á cara :

— ¿Porqué dudáis de mis fuerzas?

Al ver que se callaba y bajaba la vista, no temo ya el pronunciar con marcado acento estas palabras :

— Dudábais de mí, porque en otra circunstancia que no me atrevo á recordar todavía, la admiración, el asombro, vuestra resistencia y vuestra frialdad me dejaron yerto. Sabed que un caso no es una costumbre y que no tenéis razón suponiendo que todos los hombres se parecen.

Ella se estremeció, y de pálida que esta-

ba se puso encendida. Los guías llegaron en aquel momento, y emprendimos de nuevo nuestra marcha.

A poco llegamos al lago Gregonio, cubierto de nieves, para bajar en seguida al valle de Esséra.

Ni una palabra pronunciamos en todo nuestro largo camino.

XXX.

El tiempo está frío. La nieve cae durante una noche entera en la montaña, cubriendo la pradera, los matorrales, las rocas y las selvas de abetos que ya parecían inmensos montes de nieve. Las últimas nieves se confundían con las nieves eternas.

Había pasado la época de las ascensiones y sonado la hora de abandonar á Luchón. El conde de X... se ha marchado precipitadamente á Tolosa, llamado por negocios urgentes para venir dentro de dos días á

buscar á su mujer. Con él había marchado la mayor parte de su servidumbre para arreglar el castillo y ponerle en estado de recibir á sus dueños.

Después del medio día he visto hoy á la Condesa y me ha parecido que estaba preocupada como una mujer que está á punto de tomar una resolución grave en la cual duda. Recordando que se iba á marchar muy pronto, le dije lleno de tristeza: « ¡ Cuando pienso que dentro de muy poco no os volveré á ver! » ha levantado bruscamente la cabeza, y con voz segura me ha contestado esta vez:

— Hablaremos de eso esta noche, venid á verme después de comer.

Llegué á las nueve lleno de emoción.

Me parecía que iba á decidirse mi suerte, y no me engañaba. Se ha decidido, y desde este día le pertenezco en cuerpo y alma, lo mismo que ella me pertenece á mí.

La doncella de la señora X... me hizo entrar en el salón suplicándome esperar un

momento la llegada de su ama y se retiró.

Esperé.

En la casa reina tal silencio, que podía suponerse que estaba deshabitada.

Trascurren algunos minutos. Me pareció percibir el roce de un vestido en el cuarto inmediato, y di dos ó tres pasos hacia la puerta para recibir á la Condesa, que debía ser la que venía.

El ruido cesó, y me permití mirar por la puerta que estaba entreabierta.

Una mujer inmóvil, de pié delante de la chimenea, apoyado el brazo derecho sobre el marmol, y extendida la mano izquierda, caída á lo largo del cuerpo, y la cabeza un poco levantada, é inclinado el busto hacia atrás, fué lo que vieron mis deslumbrados ojos.

No es ilusión mía, no: yo había visto ya á aquella mujer en la misma postura y con el mismo traje. Envuelta por completo en un abrigo negro de satén, cubierta la cabeza, y el cabello por un capuchón, velada por

ricos encajes su frente, sus ojos y sus mejillas. Solamente puede verse la extremidad de la nariz y su boca... su boca, admirable por su forma y color.

¡Es ella! Es la mujer de entonces y la mujer de hoy.

No ha querido que me quedase ninguna duda. Su aspecto y su traje me dicen: « Sí, soy la que tú supones. Si crees poder amarme todavía, ámame y olvidemos el pasado. Nunca hemos hablado de él, ni jamás hablaremos; pero no quiero engañarte, no quiero que entre nosotros exista ni mentira ni hipocresía. »

Me acerqué y apoyé el codo sobre la chimenea, y me quedé contemplándola inmóvil, silencioso y estático.

Sus labios no tenían ya aquella expresión altiva y desdenosa que me desesperaba. Ya no dudaba. Húmedos, entreabiertos los labios, en lugar de rechazarme, parecía que me llamaban, y su sonrisa, más que voluptuosidad, expresaba la amorosa ternura.

Pasó un minuto... Me acerqué á ella, la cogí las manos, y la estreché contra mi corazón. Y por fin entonces sin rechazarme, sin defenderse, vencida por el amor, aceptó el ardiente beso con que sellé sus labios y me lo devolvió.

